LOS CONDENADOS
Guillem Esteban Durán
LETRAS

LOS CONDENADOS

COPYRIGHT ©2019 GUILLEM ESTEBAN DURÁN
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

AGRADECIMIENTOS E INFLUENCIAS:

Mi nombre es Guillem Esteban Durán, nacido en Barcelona y desde siempre he sentido una atracción irracional e irremediable por todo lo relacionado con el Terror y sus subgéneros, como si estuviera predestinado a ello. Echando la vista atrás, en Primaria ya hacía algunos escritos bastante poco comunes para la edad que tenia en aquel entonces, pero jamás se me pasó por la cabeza que me pondría a escribir relatos y en este caso, el primer episodio de una saga que llevaba en mi cabeza demasiado tiempo susurrándome. Pero antes que os hable de él, debería destacar que varias personas han tenido mucho que ver en la persona que soy hoy y que me animaron a hacer realidad mis sueños. Una, por supuesto, mi madre con la cual comparto gustos cinéfilos y que resulta ser la primera lectora que consume todos mis escritos por lo general. También resulta ser una gran crítica de la que siempre aprendo algo. Otra persona que tuvo una gran influencia en mí, fue un profesor que tuve en la E.S.O. que nos ponía como “deberes” una hora para redactar libremente lo que quisiéramos. Me acuerdo que pocas veces me sentí tan “yo mismo” como aquellas horas que se hacían minutos. Cuando terminé el primer borrador al día siguiente me encontré con que lo había suspendido… pero con una nota adherida al folio que me sorprendió sobremanera. En ella decía : “¡Falta el final…! ¡Prometía mucho!” Y para cuando terminó la clase, este profesor me explicó personalmente que me había suspendido para

retarme y así siguiera escribiendo como le había

demostrado. Jamás nadie me había hablado de aquella manera. Años más tarde, me lo encontré por casualidad y después de preguntarnos cómo nos iba la vida y demás, me comentó que cualquier cosa que me propusiera en el mundo, la alcanzaría. Aquellas palabras me llegaron al alma. Por cierto, aquella famosa redacción trató sobre una versión sangrienta de algunos de los cuentos más célebres que conocemos hoy en día. De alguna manera, ya apuntaba maneras. Y por último, quería confesaros de dónde salió o cómo se produjo la idea para que Los Condenados, mi primera saga compuesta por cinco partes muy diferenciadas las una de las otras pero con un hilo en común, tomara forma. Pues bien, se podría decir que no soy demasiado fan de las historias de terror que simplemente se limitan a narrar y mostrar vísceras cuyo único afán para continuar la historia, es adivinar el asesino de turno en un tour de sangre poco o nada imaginativo plagado de clichés. Dicho esto, lo mejor que me podría definir, es que nunca me han gustado los finales auto conclusivos ni los estereotipos tanto en cuanto a desarrollo de la trama como en cuanto a la personalidad de los personajes de la misma. Todas mis historias tienen un principio y un final, cierto, pero la ambigüedad de este me parece esencial para que el lector pueda interpretar a su manera si el auténtico desenlace es el suyo o, si es posible que hayan más… ocultos entre las mismas palabras. En el caso que nos ocupa, no podía concebir esta historia sin esa doble moral que acompañará a los protagonistas de cada una de sus historias y que nos hará partícipe de alguna forma u otra que no os voy a desvelar, pero… de la que deberéis tomar partido y juzgar por vosotros mismos quién merece ser salvado y quién no en esta

terrorífica y delirante por momentos, la que es mi ópera prima

. Y creo que ya es suficiente por ahora de hablar sobre mí. Ahora os toca a vosotros. Espero que disfrutéis de esta y otras obras mías tanto como yo he disfrutado creándolas. Ojalá este viaje no se termine nunca.

LOS CONDENADOS

EL LEGADO DE

ESTHER

“Dedicado a todos los amantes de este género, que creamos mundos hasta en los lugares más inhóspitos del alma”.

“Dedicado a Felicidad Durán Franco, madre y mentora, quien a partir de ahora ya podrá presumir de tener un escritor en casa cuyos finales no dejan indiferente a nadie, a diferencia del de otros”.

“Esther miró al abismo y este, le sonrió”.

EL LEGADO DE ESTHER

Los Condenados 1

INTRODUCCIÓN

En un lugar indeterminado donde las tinieblas han extinguido todo abismo de luz, un extraño personaje contempla el devenir de una niña y sus padres como si fuera testigo de sus vidas y de un acontecimiento que está a punto de suceder. Miles de voces susurrando al unísono parecen entremezclarse repitiendo una misma frase: “Ha llegado la hora”. Es entonces, cuando la inquietante figura empieza a emerger con paso firme hacia la morada en la que había visto crecer aquella familia y, habitáculo, donde compartía los mismos recuerdos que todos ellos. De repente, golpea la puerta del recibidor varias veces con un objeto metálico de impecable acabado que asoma de su ropaje y, una niña sale a recibirle inocentemente sin percatarse de que su vida está a punto de cambiar para siempre.

—¿Tú debes de ser Esther, me equivoco? —le dijo un hombre presumiblemente mayor, con una voz jovial que no encajaba, mientras sonreía y sus dientes al chocar producían un efecto ensordecedor e insoportable. Ya era demasiado tarde.

ESTHER

Esther miró al cielo por última vez antes de entrar al banco. Ya era mala suerte que el día de su aniversario se pusiera a llover. Entró sin más dilaciones antes de la hora de cierre, pues le agobiaban las aglomeraciones de gente. Se puso en la cola donde cinco o seis personas hacían fila y se dispuso a que le llegara el turno. "Hoy es el día en que empieza tu nueva vida", se dijo a sí misma, mientras repasaba los documentos que debía presentar. Los padres de Esther, en vida, depositaron un fondo fiduciario a su nombre que solo podría ejecutarse una vez cumplida la mayoría de edad. Y tal día, había llegado. Y aunque sus tíos le habían estado criando durante ocho años como a su propia hija, decidió que era el momento de evadirse de todo lo que le recordara a sus progenitores. Siempre prefiriendo evitar el "cómo" y el "porqué" de los hechos en sí. Como una huida hacia delante en la que sus piernas nunca habían cesado de correr.

El banco estaba desierto a excepción del personal de limpieza y la lista a la que había pasado a engrosar de clientes de última hora. Se notaba que el fin de semana estaba cerca y que la actividad, había disminuido considerablemente a la del resto de días laborables.

—¿Me resulta familiar tu cara… nos conocemos de algún otro banco, quizás? —preguntó entre risas el joven que tenía por delante de la cola, en un tono irónico que hasta cierto punto, la llegó a irritar.

—No que yo sepa, pero me acordaré la próxima vez —respondió jocosamente, para evitar dar pie a ningún malentendido. La cuestión es que algo extraño se apreciaba en la mirada de aquel muchacho de veintitantos, de estatura y complexión normal y risueño de naturaleza. Al principio hizo caso omiso a su instinto, pero en cuanto oyó su timbre de voz seguido de su expresión corporal, supo que no era la primera vez que coincidían. Quizás resultara descabellado, pero había algo en él que le rememoraba a cierta o ciertas personas, pero tan solo era un espejismo en mitad de un oasis, se dijo auto convenciéndose.

Algo más, no obstante le inquietó en el proceder de la manera de actuar de aquel chico que le estremeció hasta el punto de asustarse. No sabía el qué, solo que algo desencajaba en su personalidad. Esther, vio cómo su expresión la delataba y antes de que pudiera reaccionar… sucedió lo peor.

Varios hombres armados irrumpieron en la sucursal, de los cuales, uno de ellos acribilló al guarda de seguridad a bocajarro mientras el resto dispararon al aire. Los atracadores provistos de pasamontañas, se mostraron inusualmente violentos a la hora de dirigirse al personal del mostrador al golpearles con la culata del fusil mientras otro, mantenía a Esther y al resto boca abajo con las manos sobre la cabeza apuntándolos y golpeándolos salvajemente por simple diversión. Otros dos encapuchados más, custodiando la entrada más un hipotético conductor, elevaban la cuenta hasta al menos, cinco miembros.

Esther asistía a un espectáculo dantesco en el que aquellos malhechores maltrataban a los rehenes por puro entretenimiento, sin desatender rellenar las bolsas vacías de multitud de fajos que el director de la sucursal, les entregaba con la nariz rota y varias contusiones que facilitaron su inmediata cooperación.

—Esto es todo lo que tengo a mano… para abrir la caja fuerte necesitaría una autorización que requeriría…

El director del banco no pudo terminar su argumento por una sencilla razón. Y era debido a que una bala de gran calibre había atravesado su cráneo habiendo cercenado su cabeza por la mitad, imagen que provocó el pánico y la histeria colectiva entre los allá presentes.

—No me interesa tu dinero —sentenció brevemente el asesino, mientras encañonaba uno a uno a los rehenes y apretaba el gatillo de forma simulada.

—Y esto va por el resto también. Vuestro poder adquisitivo aquí no significa nada, ni tampoco os comprará el billete de vuelta a casa —añadió el que presumiblemente se erigía en el líder de la banda, con una falta de empatía total que, hizo que la mayoría de los allá presentes gritaran horrorizados por sus vidas. Esther sin embargo, continuó observando en su diminuto y abstracto mundo. No era la primera vez que era testigo de un acto de violencia tan abyecto e injustificable como aquel. Y puede, que tampoco fuese la última.

En efecto, nadie lo sabía, pero aquella era una banda de atracadores poco convencional. Esther los miró desde el suelo y supo que algo iba mal, terriblemente mal. Luego echó un vistazo al desconocido con el que entabló conversación antes de que les interrumpiera y,

sorprendentemente permanecía en silencio sin levantar la cabeza del suelo. Definitivamente no era la clase de persona que creyó por un instante. De repente, el susodicho ladeó su cabeza ligeramente hacia ella y reparó que sus ojos, eran diferentes de la vez anterior que los contempló. Un zumbido en sus oídos cual agujas clavándose en sus tímpanos, resonaron en su interior antes de desfallecer. Lo último que imaginó antes de sufrir el shock, fue a sus padres teniendo una conversación que nunca tuvo lugar… Parecían preocupados por algo, pero no les podía oír claramente, como si alguien les hubiera robado sus voces… Hasta que finalmente ese último mensaje, jamás le llegó. Se perdió en el más absoluto de los abismos.

THOMAS

Thomas había llegado a inspector de homicidios honradamente y sin saltarse ningún escalón, aunque su verdadera vocación siempre fue la de estudiar y comprender la mente humana. Lo supo enseguida nada más entrar.

—¿Cuántos tenemos? —dijo Thomas en su tono serio de costumbre, hábitat de todo detective atormentado.

—Dos cadáveres con signos de que fueron torturadas, y varias personas desaparecidas.

—¿Y hace cuánto que dieron el aviso?

—Aproximadamente hace una hora, alguien le dio a la alarma silenciosa…

—¿Y nadie vio dónde se los llevaban?

—No señor, no tenemos ningún testigo que los pueda situar.

Para Thomas aquel modus operandi no le era nuevo, ya habían actuado en otros estados pero nunca de forma tan atrevida. Se hacían pasar por atracadores de banco para seleccionar a sus víctimas, mientras enmascaraban sus crímenes con la coartada del robo, pero en realidad, ese jamás fue el motivo que los instó a actuar. Thomas lo sabía, pero su hipótesis jamás sería respaldada por ningún estamento Gubernamental.

—Hallareis dos cuerpos antes de que anochezca, probablemente el de una pareja degollada con un dólar en el interior de sus laringes… ¡Ah!, y una detalle importante… quiero revisar las cintas de grabación antes de que sean clasificadas como pruebas —dijo el detective, al mismo tiempo que una corazonada le sobrevino implacablemente.

La intuición de Thomas seguía intacta. Mientras las revisaba minuciosamente ante la atónita mirada del oficial que le acompañaba,

constató que su primera predicción se cumpliría a corto plazo. A los demás secuestrados, no obstante, les seguiría una suerte muy distinta. Thomas contabilizó hasta cuatro encapuchados, más un posible conductor, aunque sus rostros no le preocupaban ya que jamás los expondrían. Lo que realmente le importaba era la relación que los unía. Por un largo periodo de tiempo, pensó qué podían tener en común esta inusual banda para que pasaran desapercibidos sus actos antes que alguno de ellos decidiera delatar al resto... cuando la respuesta era mucho más simple... Se trataba de una familia criminal. Eso era. Había estado delante de sus narices, bastó un gesto de complicidad fraternal registrada en la cámara de vigilancia, para determinar el nexo de unión.

—Rebobina la cinta justo cuando hacen su aparición —le espetó Thomas a su acompañante, cuando sus latidos empezaron a dispararse súbitamente.

—¿Justo aquí? Ya lo comprobamos varias veces, pero no se les puede identificar con esos pasamo...

—No me refiero a eso, si no en el preciso instante que abren fuego para advertir de su presencia… ¡Ahí! ¡Justo ahí! —indicó Thomas, más cerca de la verdad de lo que nunca había llegado a estar.

Las corazonadas de Thomas no solían aparecer en vano, ni tampoco su instinto a la hora de reconocer a las personas que se camuflaban entre la multitud e imitaban conductas humanas. Thomas conocía la existencia de estas, pero sus apariciones en público rara vez se producían y si se daban, siempre se desvanecía su rastro por completo.

—No le entiendo señor, este tramo ya lo hemos revisados en varias ocasiones y no aporta nada a la investigación. Si me dijera qué estamos buscando, detective...

—Nada, imaginaciones mías. Tampoco lo entenderías. Suerte con la identificación de los sospechosos, mi trabajo aquí ha terminado —sentenció el investigador, al mismo tiempo que la imagen clavada en aquella figura hierática de la cinta de grabación, emitía un ruido blanco casi ensordecedor.

Thomas no tenía dudas al respecto, pero tampoco esperaba ningún apoyo que fuera a respaldar su teoría, pues sus métodos científicos, no eran admitidos como pruebas, pero por esta vez era mejor así. Porque las grabaciones no solo mostraban a una psicótica familia que simulaba sus atrocidades haciéndolas pasar por atracos, no… en realidad mostraron algo más, invisible a la vista e imperceptible para los sentidos. Para todos menos para uno. Los disparos en la entrada le delataron cuando todos los allá presentes se echaron al suelo asustados. Sin embargo, aquel individuo permanecía estático como si no hubiese ocurrido nada, alejando su rostro de las cámaras, impertérrito mientras observa la llegada de aquellos extraños, quién sabe si deleitándose por su presencia… porque en el fondo, no podía fingir algo que no había conocido jamás… El miedo.

EL REHÉN SIN NOMBRE

Esther oyó el rugir de los motores finalmente apagarse. Estaba atada y llevaba los ojos vendados, pero eso no le impidió darse cuenta que dos rehenes ya habían sido ejecutados, cuando en mitad de ninguna parte, el vehículo se detuvo y las puertas traseras de la furgoneta se abrieron con un impacto seco. El resto de detalles le eran más confusos, salvo la certeza de haber escuchado dos disparos ahogando los gritos de súplica y desesperación del grupo que viajaba junto a ella contra su propia voluntad. Curioso era también, que lejos de acordarse de lo sucedido desde su desmayo, los recuerdos de su infancia justo empezaran a florecer. Memorias teñidas de sangre que habían permanecido ocultas porque su mente se había encargado de esconderlas para su seguridad. “Aquella noche… me arrebataron mis padres y me dejaron muerta en vida vagando como alma en pena sin rumbo ni destino… aguardando a que alguien decidiera terminar con la agonía. Qué suerte la mía de que ese momento haya llegado…”, pensó al fin, sin saber que alguien podía escuchar sus pensamientos como si estos, le pertenecieran.

Uno a uno, los rehenes fueron sacados del furgón hasta lo que dedujo una cabaña en mitad del bosque, a juzgar por el pisar de sus andares y el olor a aire fresco sin contaminar que la rodeaba. El crujido de una puerta abriéndose chirrió, y al atravesarla ya una vez en el interior, unos tablones de madera se hundieron con el solo peso de la planta de los pies. No vio nada, al igual que el resto de otros pies que seguían la marcha. Nadie sabía a dónde los dirigían, solo unos susurros seguidos de unas perturbadoras risas acompañaban el hilo musical de la suela de sus calzados, antesala del horror que estaba por venir. Pero aquello a Esther, no le inquietaba pues supo que moriría desde el momento en que apretaron el gatillo a aquel hombre por simple divertimento. No, lo que a Esther le carcomía era el porqué no era suficiente haber muerto ya una vez con nueve años.

Algo la despertó. Ignoraba si habían transcurrido minutos o días desde su posterior desmayo, tan solo que una voz humana quebrándose en un cuarto adyacente en el que seguía maniatada con varios de los rehenes, la había devuelto a escena.

—Están torturándoles en otra habitación para que oigamos y veamos cómo sus voluntades se doblegan —dijo el enigmático chico al que conoció brevemente en la cola, visiblemente afectado y con un tono

de voz distinto del que cuando entabló conversación por vez primera.

—Allá en el banco me dio la impresión que me conocías de algo… ¿Se puede saber de qué?

—No te conozco personalmente, solo de los periódicos. Tu cara no ha cambiado mucho desde entonces, Esther.

—Ya supuse que sería por ese tema… no eres la primera persona que se adjudica el dudoso mérito. Pero tu reacción fue de satisfacción al verme allí, ¿me equivoco? —incidió Esther, extrañada por aquellas facciones que tenía delante de sí y a las que no podía poner nombre ni identidad.

—Bueno… Uno siempre sueña con estar al otro lado de la noticia y poder contemplar a "una" en vivo que, acaparó todas las portadas y que prácticamente, formó parte de la vida de muchas personas. Es un hecho que jamás imaginé que llegaría a compartir con la estrella principal.

—No soy la estrella de ningún show, solo soy la víctima de un crimen atroz que jamás ha buscado la fama ni lucrarse por la muerte de sus padres... además, hablas como si fueras mayor que yo y apenas aparentas mi edad...

—La edad solo es un número, totalmente relativo, puedes decir una cifra y te respondería sí o no, pero jamás acertarías. De todos modos, hay algo mucho más importante ocurriendo en estos instantes que nos atañe a ti y a mí, y es la ausencia de gritos. Eso significa que nosotros somos los siguientes en ocupar la plaza vacante… Pero tampoco me preocuparía por ello, al menos no a corto plazo... Yo lo haría más por el resto de seres que comparten este agujero, excluyéndonos a ambos —afirmó con severa rotundidad aquel joven, cuya entonación y expresión corporal, habían cambiado súbitamente.

Esther, sobrecogida por las palabras que salían de su cada vez más inclasificable compañero de celda provisional, volteó la cabeza y examinó los presentes con cierto grado de escepticismo y perplejidad. No habían movido un músculo desde que había despertado hasta ahora y aún así, no había sospechado nada en ningún momento. De

repente, unas zancadas de hombre se oyeron aproximarse hacia ellos junto a algo realmente pesado que arrastraba por los suelos. Esther agonizó durante aquellos segundos mientras su compañero, sentado a escasos metros en aquel cuarto oscuro, sonreía y sus ojos se tornaban en dos cuencas hirientes de odio que jamás habían conocido otro sentimiento que no fuera el rencor.

—Sabes, Esther… Los dos fuimos protagonistas de las mismas portadas, salvo el detalle que yo no aparecía en ellas cuando siempre especularon sobre mi descripción —le reveló a Esther aquel indescifrable individuo de aspecto normal y corriente, cuyo interior albergaba una oscuridad más negra que el color de la noche y, más profunda que el abismo donde residía aquel sentimiento de ira incontrolable que, proyectaba en unos ojos por momentos azules como la calma que precedía toda tempestad y por momentos negruzcos, como fosas sin fin.

La puerta se abrió violentamente, y uno de los secuestradores arrojó un cuerpo de mujer como si fuera un saco aterrizando a una distancia considerable pero suficientemente cercana como para evidenciar la mandíbula desencajada, dedos extirpados, moratones y demás signos de asfixia a los que la habían sometido, pero Esther estaba visualizando algo radicalmente distinto a aquello. En verdad, estaba contemplando a sus padres siendo apuñalados una vez detrás de otra delante suyo mientras sus rostros eran arrancados como si de una máscara de piel se tratara. “Es él”, aquellas fueron las palabras inaudibles que le hicieron llegar sus padres antes que la secuestraran junto a su verdugo o, antes que su verdugo los secuestrara a todos. Esther estaba conmocionada, totalmente en shock. Poco o nada importaba lo que le fueran a hacer aquellos desalmados mientras aquel demonio le mirara el alma a través de sus ojos, y se regocijara de su propia creación. Aquel… fue su propósito desde el principio, un “proyecto” a largo plazo, meditó para sus adentros una atónita Esther.

—Qué orgulloso estoy de ti, Esther. No puedes imaginar cuántas ganas tenía que llegara este preciado día —asintió efusivo el joven desconocido, mientras sus cuencas de ojos revelaban la naturaleza de un implacable cazador de seres humanos.

El secuestrador, un hombre de unos cuarenta, de gran estatura y fuerte de complexión, no daba crédito a la situación que estaba

viviendo, motivo que no le impidió coger a Esther sobre sus hombros, ante la inoperancia del resto de rehenes a los que había zarandeado para que se despertaran sin éxito.

—Vuestros trofeos de caza dejaron de dormir hace ya demasiado. Pensé en ahorraros tiempo y esfuerzo mientras matabais tan valientemente a aquella chica —entonó sarcásticamente el joven que hizo famosa a Esther desde bien niña. Aunque sus palabras no guardaran relación alguna con la edad que aparentaba.

El captor ni tan solo hizo el ademán de girarse, únicamente se limitó a soltar una carcajada, mientras se alejaba con el cuerpo inerte de Esther sin que a ella le pareciese importar mucho su destino.

—Tú debes de ser el cabeza de familia, eres quien toma las grandes decisiones y elige las presas. Te respetan o al menos eso te hacen creer, mientras los aleccionas como a chimpancés y les inculcas ese odio irracional a la vez culpas a las entidades financieras de tu tragedia personal, pero serán culpables de muchas cosas, pero no del gen con el que naciste. No obstante… nada de lo que eres o has sido tiene relevancia para mí, por que hoy es el día en que asesinaré a tus hijos después de contarles la verdad… el porqué su madre les "abandonó" repentinamente y lo haré de forma tan personal, que vuestros primitivos métodos parecerán meras caricaturas comparados con los míos.

Esther presenció toda la escena invertida mientras su cabeza pendía boca arriba del hombro de aquel animal y, supuso que el infierno debía ser así, todo invertido, el cielo abajo y los fuegos fatuos coronando lo alto de la cima. Quizás, ese era el enfoque adecuado y jamás se lo habían explicado correctamente, meditó casi sin importarle su propia existencia.

—Sí, así es —respondió lacónicamente aquel demonio a una pregunta que solo se formuló en la mente de Esther, mientras este se erguía sobre sí mismo y extendía sus brazos, uno de los cuales empuñaba un alargado cuchillo en espiral, y lentamente lo acercaba hacia ella seguido de unos pasos firmes y continuados como si el infierno le siguiera.

El secuestrador dejó caer el cuerpo de Esther y se giró toscamente hacia su adversario, sin dar rienda suelta a lo que estaba aconteciendo y de qué modo afrontar una situación inédita para él. A continuación, desenfundó una pistola de la pernera pero antes que pudiera apuntar siquiera, su mano derecha se despidió de su brazo en cuestión de segundos y a esto, le siguió un corte horizontal por toda su cintura hasta dibujar una sonrisa debajo de su ombligo que, lo postró sobre su rodillas inmóvil y a merced, de un irónico azar.

—Yo de ti no me movería demasiado, pues tus órganos internos podrían salirse de tu cuerpo y no queremos que eso ocurra… ¿No crees, grandullón? —afirmó con rotundidad aquel extraño pasajero, al tiempo que parecía mover las agujas de un inmenso reloj biológico en el cual todos, formaban parte de la misma historia. Su historia.

Esther observó dulcemente a aquel coloso agazapado, prácticamente pidiendo clemencia, un derecho que él jamás había concedido y que ahora, rogaba por ello patéticamente. Era extraño, pero resultaba reconfortante a su manera de ver el sufrimiento en otra persona y eso, la aterrorizó más que cualquier recuerdo o experiencia recientemente vivida.

—Lo ves… ¿Puedes distinguir el miedo en sus ojos? No es lo más maravilloso que has presenciado nunca por encima de cualquier otra cosa... ¿Hacerles creer que tienen poder sobre ti y luego doblegarles como láminas de papel? —le dijo el mismo asesino al que Esther una vez le abrió las puertas de su casa siendo pequeña, casi desafiándola y suscitándole un interés hasta ahora inaudito por un mundo al que de alguna forma, siempre quiso abrazar.

Quizás fuera cierto, pero para Esther era demasiado asimilar que en alguna ocasión había coqueteado con aquella forma de liberación aunque, siempre de un modo sin que traspasara los muros de su imaginación y encarcelando de por vida a su yo alternativo. Pero aquello estaba a punto de terminar. Esther había pulsado el botón de reinicio y su conexión con el mundo y cada elemento que lo conformaba, estaba a punto de extinguirse. De hecho, ya no podía diferenciar lo que otrora fueran las caras de sus padres entre la multitud borrosa. Todos sus recuerdos fueron desvaneciéndose hasta desaparecer ella misma de cada marco clavado en una pared, de cada pensamiento colectivo que lo asociara a su ser. Ese fue su último

pensar como la antigua Esther. Y su último acto, el de derramar una lágrima que olvidaría sin comprender qué motivo, le impulsó a sentir lástima por ello.

El MUELLE DE LOS SACRIFICIOS

Esther o la nueva Esther, despertó en un embarcadero, cerca de la cabaña donde en un tiempo indeterminado había estado cautiva, pero aquellas memorias ya no pertenecían a ella.

Hacía un día espléndido, totalmente despejado y con la luz del sol reflejándose en los ondulaciones de la mar. Diversas presas yacían a ambos lados del susodicho muelle que, permanecían suspendidas boca abajo por un sistema de poleas que facilitaba la muestra de las capturas. Esther admiró con cierto grado de asombro, cómo algunas de estas continuaban balanceando su cuerpo aún sin piel y, no pudo resistir la tentación de palparlos con sus propias manos mientras luchaban desesperadamente por sus vidas. De pronto, un escurridizo pez saltó fuera de su hábitat y cayó junto a sus pies retorciéndose y tratando de enmendar su fatal error. Esther comparó la tesitura del pez, incapaz de hacerse valer por sí mismo, con la de los cuerpos que giraban a su alrededor emitiendo sonidos semejantes a los de un animal herido. Finalmente, apenada por la compasiva mirada de aquel insignificante pero tierno ser, decidió devolverlo al agua cuidadosamente ante la atónita mirada de los presentes, que descubrieron que existía un infierno peor que el que ellos mismos, habían creado.

Esther avanzó unos pasos más. Una silueta negra reposaba más allá, varada como una antigua embarcación en mitad del océano. Esther se acercó a esa figura contemplativa que la había observado desde el comienzo, y esta le tendió la mano. Un cuchillo en forma de espiral reposaba en la palma de la misma y ella aceptó la ofrenda.

—Sé libre de crear tu propio destino —le dijo tan enigmático personaje, cual si estuviese ejerciendo un control total sobre ella.

—Eso justo es lo que estoy a punto de hacer —replicó Esther, mientras ensartó el arma en su vientre hasta abrirle el abdomen y arrebatarle la vida.

Nadie lo sabría a ciencia cierta, pero aquel pez que llegó hasta ella, no fue una casualidad del azar. Cuando tenía siete años, su padre le enseñó a pescar mientras su madre les analizaba desde la distancia y aguardaba a que les relataran sus andanzas. La cuestión es que aquel primer día no consiguió pescar nada, su cara de frustración lo decía todo mientras su padre, le daba ánimos y ambos emprendían el

camino de regreso. Entonces, ocurrió algo que la marcó para siempre. Un diminuto pez aterrizó cerca de sus pies, desamparado e indefenso. Esther, enrabietada, se dispuso aplastarlo como vía para canalizar su ira, pero su padre en última instancia la detuvo y sin saberlo, Esther aprendió mucho más que una lección de vida, aprendió que los actos de uno mismo determinan quiénes somos y en qué nos convertiremos. Y el acto de devolver aquel pez a su mundo, fue la manera de reparar el daño que albergaba dentro de sí. Pero ahora, había otro mal por enmendar. Se dirigió al único componente de la banda que aún preservaba su rostro e intuyó que el que otrora fuera su mentor en funciones, se lo había ofrecido en bandeja a modo de enseñanza, y no pensaba rehusar su buen gesto. Clavó y perfiló sus facciones como si marcara los bordes para una operación quirúrgica, y le extrajo la piel al igual que su mentor hizo con la de sus padres solo, que de forma infinitamente más dolorosa que como la padecieron ellos, al carecer completamente de total práctica. Bien pensado, tenía todo el tiempo por delante para ir perfeccionando su técnica y convertirla en su propio adalid, aunque no resultaría sencillo encontrar sujetos como los que un buen día en el banco, alguien

quiso reunir. Esther sonrió maliciosamente ante dicha idea y trazó un plan en el que nada ni nadie, interferiría en sus objetivos. Era una persona completamente renovada. Quién le iba decir que al final tendría que agradecerle al joven de la cola por haberle salvado la vida después de quitársela cuando era tan solo una niña. Lo único de lo que se arrepintió, fue de no haberle preguntado su nombre.

Thomas siempre supo de la existencia de esta clase de individuos, su padre le advirtió que no solían permanecer demasiado tiempo en un lugar y de hacerlo, las desgracias solían asomar. Y el caso que le ocupaba, no era una excepción. Cadáveres en fila y una joven desaparecida, era el bagaje que se habían cobrado entre todos los partícipes de este dantesco show. No obstante, algo le sobrecogió sobremanera cuando vio los cuerpos expuestos de los atracadores como mensaje de advertencia. No era nada común que un psicópata, si es que ese era el término adecuado para referirse a él, se involucrara en aspectos sobre la moralidad más, cuando él no había conocido jamás tal cosa. Y otra cuestión, y esta de índole personal que solo le atañía a él, fue encontrar el cuerpo del sospechoso que según su teoría, sería el responsable de todo este caos y el que planeó esta masacre incluso, con el beneplácito indirecto de los que colgó y que ahora exhibían como figuras de su particular museo del horror... Thomas dedujo que era el mismo tipo que visualizó en la cinta actuando fuera de lo normal, una vez identificados los cuerpos de la cabaña y al resto que lucían en el muelle ya sin piel alguna y con un ensañamiento digno de la tortura medieval. Lo que no dedujo, era quién le había provocado esa herida... o mejor dicho, "por qué". "No fue defensa propia… todos, o bien habían pasado a mejor vida o yacían colgados de las extremidades como animales de presa… Había alguien más con él cuando esto sucedió… pero su función únicamente se limitaba a mirar sin participar…". Para Thomas, aquello carecía de todo sentido, pues aquel joven que aún continuaba esbozando una sonrisa aún después de su terrible muerte, era un asesino solitario que jamás se arriesgaría a necesitar un cómplice que le supusiera una carga. "No, debía ser algo diferente...", se decía a sí mismo una y otra vez. Thomas miró y contempló a su alrededor aquella exposición de cuerpos danzar para él, o mejor dicho, para otra persona. No era casualidad que los secuestradores se hubieran llevado la peor parte y tampoco que uno de ellos, presentara diferentes heridas con el mismo arma homicida. "Una ofrenda". De eso se trataba desde el comienzo. Pero la muerte del instigador de toda esta ópera magna, en realidad fue un acto de amor hacia su mismo verdugo. Creía que solo ella tenía la potestad de terminar con su legado para que uno nuevo empezar a brotar, y Esther, era la elegida entre todos los candidatos. Thomas lo supo nada más acordarse de la historia de aquella niña. Qué mayor logro que utilizar la muerte de sus padres para despertar su crueldad, y unirla cada vez más al ser que por contrapartida, más odiaba. Fue un plan maestro sin lugar a dudas imposible de demostrar. Su mente, también lo era, pero limitada por los engranajes de un sistema que

rechazaría su descabellada teoría de lo que realmente, sucedió en aquel lugar y día. Thomas miró al cielo finalmente y por una extraña corazonada, tuvo la sensación de que Esther le estaba observando en aquel preciso instante. Quién sabe, a lo mejor hasta se había cruzado con ella hacía segundos. De así serlo, podría haberlo matado sin más mediación y, sin embargo, habría decidido indultarle. Thomas no se giró, podía sentir un halo muy cerca del suyo. Tan cerca como nunca lo había estado de atrapar aquellos personajes de cuento que su padre le relataba para dormirse y que décadas más tarde, descubrió que no pertenecían a ninguna invención, sino que eran monstruos peores que los de ficción. Eran de carne y hueso.

—Sé lo que eres —dijo Thomas, al tiempo que algo metálico acariciaba su vena aorta.

Thomas sintió aquella respiración en su nuca durante minutos que se alargaron como horas. Durante ese tiempo vio su vida pasar a toda velocidad, ante la duda si se encontraba en el punto exacto donde ella quería que estuviese desde el principio. El detective presintió lo peor, cuando una mano se posó justo en su hombro. Sabía que su padre estaría orgulloso de hasta dónde había llegado allá donde estuviera observándole. Nadie, incluido su propio progenitor, se había acercado tanto a la verdad como él lo había conseguido.

—Y bien… ¿Alguna idea de qué diablos ocurrió aquí? —le sorprendió el oficial de policía al mando, cuando creyó en la peor de las situaciones.

—El hombre al que buscáis yace con el tórax abierto, lo encontraréis fácilmente pues es el único que no está colgado —respondió finalmente Thomas, sorprendido por aquel inesperado desenlace.

—¿Y… la joven desaparecida? ¿Hay alguna posibilidad de encontrarla aún con vida?

—No, ninguna. Desgraciadamente ya ha muerto. Debemos comunicar a sus parientes más cercanos que dejen de buscarla con vida. Su cuerpo aparecerá más tarde o más temprano —apostilló el investigador, enterrando la verdad para siempre.

Thomas se giró al fin. Su corazón le decía que había hecho lo correcto, al contrario de lo que dictaba la razón en aquel momento. Qué más

daba, al final solo ellos dos conocerían la verdad y lo más importante, es que a ella no le preocupaba que él lo supiera. Thomas adivinó sus intenciones. Solo quería dejar de existir y por el bien de ambos, no iba a ser él quien le negara tal privilegio.

¿QUIÉN SOY?

Semanas más tarde de los sucesos ocurridos en el muelle, Esther no dejaba de preguntarse aquello que le había estado rondando en su cabeza desde que tomó la decisión más difícil de su vida. “Ningún adolescente que hubiera cumplido su edad, debería estar sometido a tanta presión”, se dijo a sí misma, enigmática por el nuevo yo que ocupaba todo su ser, mientras se contemplaba a sí misma en una fotografía donde se advertía a la población de su repentina y trágica desaparición. “¿No sabéis que pasadas las primeras 24h, es muy probable que no aparezca con vida, hipócritas?”, añadió furiosa, en un tono impropio de ella. Era una furia contenida, cual si se deleitara con el caos que reinaba en su cabeza. A continuación, arrancó el cartel con la misma delicadeza con la que sesgó su primera vida, y sus rasgos físicos sobre el papel quedaron divididos y totalmente fragmentados, como también le sucediera curiosamente en la realidad. Aquel pensamiento le sobrevino levemente sin que sus pasos se detuvieran de su objetivo principal. Contemplarse a sí misma, solo fue una parada más en su particular descenso a los infiernos antes que picara a la puerta que había estado vigilando durante horas, quién sabe si días. Siguió llamando insistentemente, sin mover un solo músculo de su cuerpo. Impertérrita. Sin expresión alguna que denotara cualquier cambio de expresión en su faz. Hasta que finalmente, sus plegarias fueron escuchadas.

—¿Quién es usted? —preguntó visiblemente molesta una mujer cercana a los cincuenta, a la par que entreabría la puerta principal de su casa y asomaba a duras penas una de sus mejillas. La vida la había tratado mal o eso dedujo Esther con tan solo una rápida ojeada. Pero no solo la observaba a ella.

—Soy la tutora de sus hijos Aileen e Isaac. Mi nombre es Esther, encantada. Tenía una cita concertada con sus padres —respondió Esther, sin pestañear lo más mínimo. Ni siquiera tuvo la necesidad de ensayar aquel discurso delante de un espejo.

—Ah… Nos ha pillado de improviso porque justo nos íbamos. Pero podremos hacerle un hueco ya que se ha tomado las molestias de venir hasta aquí. Mi nombre es Anna, encantada igualmente. Anda… pase, pase, no se quede ahí parada. Aunque sepa que mis hijos están ahora mismo visitando a sus abuelos y no los encontrará aquí al menos hasta la semana próxima. Por cierto… usted debe ser nueva en

el cargo, porque es la primera vez que oigo su nombre —añadió con cierto escepticismo aquella mujer, que sin embargo no dudó en confiar en su congénere lo más mínimo. Aunque Esther ya contaba con ello de antemano.

—Gracias, muy amable por dejarme pasar —agradeció la joven cuyo pasado, la había convertido no solo en el objetivo del diablo, sino en su propia herramienta.

Cuando Esther accedió al interior de la vivienda, una sinfonía dentro de sí, comenzó a reproducirse una y otra vez imitando una vieja canción de su infancia. No recordó de dónde procedía, pero siguió intentándolo vanamente en un ejercicio autodestructivo que a su vez, consideraba altamente terapéutico para los intereses de aquella visita. "Bastante contradictorio el uno del otro pero revelador, a fin de cuentas", se auto indujo, cuando de repente la mujer a la que había seguido el paso desde que puso un pie en su casa, se detuvo en seco sin avisar nada más que llegaron a la sala de invitados. Esther lo interpretó como la parada de fin de trayecto en su nuevo argot. Y no era para menos. Al fin había encontrado lo que tanto ansiaba.

—Querida, siento el paseo que te he obligado a dar, pero es que mi esposo a veces se pierde hasta en su propio hogar. Y eso que llevamos media vida construyendo nuestros recuerdos en ella y compartiendo las mismas habitaciones. Bueno, jovencita, no te entretendré más… Te presento a Jim, mi mari… —intentó decir aquella mujer, antes que fuera interrumpida abruptamente.

—¡Me da igual cómo os llaméis! ¡Lo que quiero es que me digáis dónde se encuentran! —exclamó Esther, en un tono claramente amenazador cual inducida por una fuerza mayor. En realidad, nadie más podía percibirlo aparte de ella, pero el sonido de los cuerpos colgando en aquel muelle, se podía percibir a lo lejos si uno prestaba la atención necesaria.

—¿¡De qué estás hablando, es que te has vuelto loca!? —espetó la mujer que le había permitido la entrada, cuyas facciones no mostraban señal alguna de alarma por la situación que se estaba produciendo, sino por algo más que había estado ocultando.

—Te lo dije, Anna… que era una mala idea dejarla entrar. ¡Te lo dije!

—alertó Jim a su esposa, en una total declaración de intenciones, que Esther interpretó como la nota ausente de la partitura que había estado sonando en su cabeza desde que cruzó aquella puerta.

—¡O me dices dónde están o ninguno de vosotros dos saldrá con vida de esta habitación! —replicó Esther, en un contexto que no dejaba lugar a dudas del motivo real de su visita. Lo supo cuando "aquello", se volvió a comunicar con su subconsciente de igual forma que, cuando anteriormente lo hizo para conducirla al lugar donde se hallaba.

Todo sucedió en instantes de segundos, que se alargaron como una eternidad en sus retinas. Esther había estado en el otro lado de la historia y había sufrido en sus mismas carnes el sabor de la tragedia. Sabía lo que tenía hacer a la perfección y lo que vendría a continuación. Y lo peor, es que no le desagradaba aquella idea. Casi idealizaba con ella. Lo sospechó, en cuanto aquel hombre de complexión media y reservado, se echó la mano hacia atrás para agarrar algo que portaba consigo tras recibir el consentimiento de su esposa Anna, que sutilmente, le advirtió con su mirada a su cónyuge de que "actuara". "No fue nada sutil", pensó Esther hacia sus adentros, que respondió tal y como su mentor le había enseñado. "***Abrazando la oscuridad***", dijo en voz alta sin querer, al tiempo que mostraba el cuchillo circular que le fue entregado como regalo de cumpleaños y que, había permanecido oculto debajo de la gabardina que llevaba puesta para resguardarse de la tormenta. La misma que no se había detenido desde la masacre en el muelle, y que paradójicamente continuaba clamando en el cielo una profecía condenada a repetirse. Pero regresando a su atuendo provisional, se podría entender de algún modo retorcido y sinuoso, que su función principal no solo consistía en protegerla del violento temporal que arreciaba incesantemente, sino que también la protegía de sus propios instintos homicidas al cobijar una parte de sí misma que nunca debía ser mostrada a la sociedad. Aunque para cuando aquel extraño llamado Jim, quiso apuntarla con su arma, Esther ya había hundido la punta de su cuchillo justo encima del corazón de su víctima. No fue casualidad. Podría haber matado a su enemigo de mil millones de maneras que, no implicaran aquel sadismo que estaba ejerciendo sobre el mismo. Pero aquello no la reconfortaba. Necesitaba "algo más" que nunca nadie le hubiese mostrado hasta ahora. Y al fin, lo había encontrado.

Una risas de origen diabólico, inundaron todas las estancias de la morada. Anna, estupefacta, se echó hacia atrás apartándose de aquel cuchillo que parecía tener vida y autonomía propia. Esther sabía de

quién eran aquellas carcajadas pero desconocía desde qué rincón del infierno, se comunicaba con ella. Tampoco le importaba. Acto y seguido, colocó su pie por encima del filo que no había llegado a penetrar en la carne de su adversario y, lo hundió completamente hasta que el mango de su singular puñal casi se partió en dos. Los alaridos que precedieron a aquel acto inhumano, jamás los olvidaría. Como tampoco al asesino de sus padres. Pero aquello era otra cuestión aparte. El presente sin embargo, era muy distinto ya que poco a poco, le mostraba el camino que había tomado sin que se arrepintiese un solo momento de la decisión que había tomado y que, cambiaría su vida. "Lástima no obstante, que aquella mujer no comprendiese la magnitud y el alcance de sus propósitos", meditó reflexiva a la vez que el color de la sangre se convertía en el tono predominante de la sala de invitados. "No le queda nada mal. Le da un toque de misticismo que cualquier interiorista habría pedido a gritos", bromeó para sí misma, sin entender si aquel sentido del humor provenía de sí misma.

—¡No sé quién eres ni cómo has llegado hasta aquí, pero te ruego que te apiades de mi alma! ¡Yo nunca he tocado a esos niños, jamás! ¡Yo también era una víctima suya sin saberlo! Tienes que comprenderme como mujer que eres… —suplicó incansable aquella ama de casa cuyo secreto, había salido a la luz de la peor de las formas posibles. Esther la observó impasible a la vez que exprimía los últimos segundos de vida de su cónyuge y los atesoraba para sí misma. O quizás, para una entidad mayor que aún no comprendía. Fuera como fuese, ya había decidido su siguiente movimiento.

—¿Entre mujeres? No mereces ni que te llamen ser humano, escoria inmunda —sentenció la que una vez fue una adorable criatura inocente incapaz de matar una sola mosca. Afortunadamente, aquella criatura yacía en el fondo del mar con los mismos atracadores que vio morir delante de sus ojos.

Quizás hubo un momento, en el que tuvo ciertas dudas sobre la persona que realmente empuñaba aquel arma forjada probablemente en los mismísimos confines de las tinieblas, pero nunca dudó de su determinación a la hora de llevar a cabo lo que estaba predestinada a acometer.

Esther extrajo el filo de su acero del ya cadáver del maltrecho hombre que nunca tuvo siquiera la oportunidad de presentarse ante ella, y giró la inclinación de la empuñadura ciento ochenta grados de modo que la punta de su daga circular, mirara hacia arriba. Ideal para que

enganchara a su presa por debajo de la mandíbula y la amarrara. Justo como recreó en su retorcida mente, ocurrió en la realidad. La expresión de aquella mujer reflejó el auténtico horror que nunca habían experimentado los de su especie, y eso la hizo terriblemente vulnerable a ojos de aquella joven psicópata que, se había presentado con una máscara que exhibía a plena luz del día y que la protegía de toda sospecha. Aquellos, fueron los pensamientos que recorrieron todo su ser mientras era arrastrada por todo el salón como si de un animal salvaje se tratara, humillada y derrotada vilmente para ser conducida finalmente a una estantería donde varios marcos familiares, reposaban y contaban una historia muy diferente a la que había vislumbrado Esther. Era una narración tan ficticia como un cuento de hadas. Y ella lo sabía. Lo supo incluso antes de sentir cómo el crujido de sus pies al contacto con el entarimado de madera de aquella casa, emitía un sonido idéntico que el de la cabaña donde quedó fragmentada su personalidad para siempre.

—¿¡***Dónde***!? —advirtió por última vez Esther a la vez que sostenía una foto donde se mostraban un niño y una niña, presumiblemente los hijos por los que había preguntado nada más entrar. Pero la respuesta a todas sus preguntas, no yacían en el cajón secreto de una cómoda ni tampoco escondidas entre las páginas de un libro. La respuesta, había permanecido oculta a simple vista.

Esther, lejos de apiadarse de aquel ser humano que solo pedía que le sacaran de su miseria de una vez por todas, observó con detenimiento el collar que pendía de aquella mujer tras haberla utilizado como su propio juguete de uso y disfrute personal. Sin remordimiento alguno, volvió a dejar el marco al lugar donde pertenecía y sin más preámbulos, le arrebató la cadena a su dueña, en un arranque de rabia incontenida que provocó el estallido de la joya en decenas de fragmentos que se esparcieron a su alrededor. Cual pedazos de su antiguo “yo”, Esther ya no sostenía ningún collar. Sino una llave que había pendido de la misma. Conocía los hechos, pero ignoraba cómo lograr alcanzar su destino. Era un juego al que estaba dispuesta a seguir participando con tal de encontrar aquellas respuestas que su pasado había enterrado en una fosa tan profunda como el odio que albergaba. Y el abominable propósito para el que estaba sirviendo, era el único método que conocía para empezar a trazar ese camino que se desdibuja desde su infancia.

—Al parecer, los niños ya no harán más visitas a los abuelos — afirmó Esther, al tiempo que no pudo resistirse en tirar hacia afuera de su cuchillo, hecho que ocasionó la agónica muerte de otro ser humano el cual había convertido en un cebo de pesca, mientras ahora se retorcía de un dolor inimaginable que solo su perpetrador, había experimentado en cuerpo y vida y que continuaba padeciéndolo en algún lugar donde su alma, se quebró indefinidamente. Sin embargo, el deleitarse hasta el último segundo de aquella muerte, le proporcionó una tranquilidad y un sosiego que calmó su espíritu por unos instantes. Incluso el sonido de la marea tragándose a sus captores, había desaparecido.

Esther, tras los violentos eventos que había desembocado su sola visita a aquella "idílica" familia, fijó su atención a una estancia en particular. Era la primera vez que ocupaba aquel espacio y eso no le impidió en absoluto el visualizar los planos de aquella casa del terror como si ella misma, los hubiera diseñado. No fue necesario, porque aquella voz que llevaba escuchando desde que le fue legado dicho instrumento circular, la acompañaba allá donde fuese. Y también le revelaba secretos inconfesables de aquellos cuya naturaleza se había extinguido en un abismo. Esther conocía ese abismo como la palma de su mano. Incluso antes de que girara la llave de la puerta del sótano donde habían permanecido encadenados Aileen e Isaac, los niños de las fotos que había sostenido durante unos instantes en una imagen congelada en la cual, le habían susurrado hechos imposibles de reproducir, incluso en esos precisos momentos donde puso a prueba el límite de su cordura, podía sentir esa oscuridad moverse en sus entrañas como si cobrara vida propia en su interior. Desgraciadamente, había llegado demasiado tarde para salvarlos a ambos. O quizás se habían salvado de repetir la fatídica historia donde la serpiente de su cuento, no podía evitar morderse su propia cola y de ser así, crecer manipulados por un sentimiento de odio que se alimentara cada día de todo cuanto absorbiera. Fuera como fuese, Esther cerró los ojos de ambos ángeles dándoles su merecido sepelio para que descansaran en paz y con ello, dar por finalizada su misión allá no sin antes advertir el espejo que alguien, había colgado enfrente de donde los niños estuvieron cautivos. Supuso que el verse reflejados en aquella lámina de cristal día tras día, fue la forma de tortura más cruel que sufrieron antes de desfallecer exhaustos. También supuso por su parte, que el llevar el mismo arma con la que fueron asesinados sus padres, y cumplir los sangrientos designios de una persona muerta por su propia mano, debía ser con toda seguridad, su propia cárcel donde aún permanecía cautiva. Ese y el que otra persona a la que desgraciadamente conocía, ocupara su reflejo en el espejo. Esther miró

desafiante aquel dantesco personaje y cruzó sus ojos con él. Fue entonces cuando advirtió que en lugar de cuencas, dos abismos insondables de pura maldad inherente, permanecían vigilantes sobre su figura. No solo le estaba mostrando su poder. También pudo ver el lugar donde permanecían atrapadas todas aquellas personas que sufrieran el infortunio de caer en sus garras. Era un lugar frío y lúgubre del que nadie podía escapar de sus propios demonios. Esther sonrió. Por alguna razón, no había terminado como el resto de ejemplares que trataban inútilmente de alcanzar la superficie de sus miedos. En su lugar, debería seguir ejerciendo el papel que se le había encomendado. Y ese no era otro, que el de desempeñar el oficio del diablo.

EPÍLOGO

A miles de kilómetros donde el detective Thomas halló el objeto de estudio que le costó la vida a su padre, y al que jamás pudo descifrar su significado al llevárselo consigo a la tumba; alguien ajeno a aquella toda locura de una naturaleza similar a la de Esther pero radicalmente opuesto en personalidad, permanece oculto al ojo humano en una de las infinitas habitaciones que, un peculiar y angosto hotel con una historia a sus espaldas, le proporciona de coartada. Ellos dos aún no lo saben, pero son más parecidos que el más común de los mortales. De repente, el inquilino se desdibuja de las sombras, su lugar favorito donde sus retinas mejor se adaptan, y se acerca a una de las ventanas, alzando su vista al cielo, curioso y al mismo tiempo, inquieto. Ya era mala suerte que comenzara a llover el mismo día en que iba a empezar su nueva vida. Aquello definitivamente, debía ser un presagio.

CONTINUARÁ EN EL HOTEL DE LA REDENCIÓN…

BIOGRAFÍA CIRCULAR

Guillem Esteban Durán, nacido en Barcelona, 1987. Recientemente ha autopublicado la Saga de terror Los Condenados dividida en cinco partes (El legado de Esther, El Hotel de la redención, El tiempo detenido, Dos mundos y El vals del infierno) y, ha empezado otra saga, La espiral del miedo (La mujer sin forma, El asesino de las mil caras, El funeral de los vivos, La casa de los recuerdos olvidados y una última parte aún no publicada que será el broche final a una historia que lleva en mí desde los dieciocho años, El fuego que consume). También ha escrito otras obras individuales que contienen constantes guiños a otros títulos. Uróboros, La escalera de corazones, J. Rider Detective Paranormal y su homónima La novela sin fin, El devorador de mundos, El mejor amigo del hombre, No se lo cuentes a tu vecino además de dos libros antología titulados Micro relatos de lo intangible y Los engranajes de la muerte, con más de una quincena de relatos de terror y ciencia ficción, son solo algunos de los ejemplos.

También a destacar mi participación en el libro "7 pecados. Antología de relatos" y en "Mitogénesis. Antología de relatos" donde participo en varios fragmentos de los libros del sello de LdSangre Books (@letrasde.sangre).

facebook.com/guillemesteb/ @historias_guillem

El legado de Esther
GUILLEM ESTEBAN DURAN
El Hotel de la redención
Guillem Esteban Durán
El tiempo detenido
GUILLEM ESTEBAN DURÁN
Dos mundos
Guillem Esteban Durán
El vals del infierno

El legado de Esther

Guillem Esteban Durán

SAGA

Los Condenados

El Hotel de la redención

“Dedicado a todos aquellos y aquellas, que nunca han podido resistirse a imaginar un hotel sin su pertinente historia de Terror que la acompañe”.

El Hotel de la redención

Los condenados 2

“La violencia siempre había estado presente en su vida de todas las formas posibles. Pero nunca supo el porqué aquel infierno, la perseguía”.

INTRODUCCIÓN

Joana estaba desesperada, se había mudado más veces que días tenía una semana en los últimos tiempos y aún así, darían con ella. Esta vez tocó en Canadá, un lugar apacible y alejado a diferencia de los anteriores. Pero no serviría de nada si la encontraban, incluso su nuevo empleo atendiendo a los huéspedes que se alojaban en el hotel más rústico y aislado que halló, no sería suficiente coartada para su pasado. Lo sabía de antemano, por eso llevaría a cabo el plan que había estado ocupando su yo por activa y por pasiva desde el mismo instante que decidió asesinarlo. Todo empezó hace 10 años, cuando a sus 17 conoció a su amor instituto aunque él, no perteneciera precisamente a su mismo mundo. La esperaba todas las mañanas al término de sus clases en el último escalón de la entrada, así hasta que un día eligió abandonarlo todo para irse a vivir junto a él. La convenció para casarse, tener un hijo y perder cualquier atisbo de su venidera existencia. No nos engañemos, a ella jamás le preocupo a qué se dedicaba su marido, y tampoco porqué el dinero entraba con tanta facilidad o por qué siempre solía ir a trabajar armado… o los motivos de tantos traslados seguidos. Él decía que era para seguridad de todos ellos… Pues esa seguridad se terminó, cuando un buen día el interior de su morada fue acribillado desde el porche por diversos hombres encapuchados. Fueron segundos que parecieron una eternidad mientras Joana protegía a su hijo con su cuerpo de los objetos que volaban en todas direcciones y reducían a escombros lo que otrora había sido un hogar familiar. Afortunadamente, ninguno de los dos salió herido, pero ella acababa de tomar la decisión que marcaría el resto de sus días en la tierra. Aunque no sería hasta la siguiente vivienda cuando la acometería.

Había transcurrido un periodo suficientemente largo desde la desgracia acaecida sin consecuencias para ambos, y era el momento de llevarla a buen término.

JOANA

Era una fría noche de invierno, cuando esperó a que su hijo se durmiera como siempre a la misma hora. Bajó los peldaños uno a uno cautelosamente y aguardó a que su cónyuge cayera en los brazos de Morfeo estirado en el sofá, costumbre que había adquirido con el paso de los años y que le hubiera importunado sobremanera en un tiempo lejano pero no precisamente en el actual. De hecho, era una bendición que se hallara en aquel estado atendiendo sus propósitos. Desenrolló el hilo de pescar de una antigua caña de sedal que almacenaban en el cuarto trastero junto a otras antiguallas, y lo enrolló alrededor de su cuello sin crear el más mínimo ruido. Fue sencillo, en realidad fue mucho más de lo esperado. Pues el hecho de que asomara la cabeza por uno de los cabezales del sofá facilitó inmensamente la tarea. Tan solo tuvo que tumbarse de espaldas al suelo y hacer fuerza contra él mientras su víctima trataba de zafarse inútilmente de su soga emitiendo gorgojos y demás sonidos imposibles de descifrar. No prolongó demasiado su agonía y lo mejor, es que no tendría que vivir con la carga de saber que ella lo mató. La sola idea la tranquilizó más que cualquier calmante, que por aquel entonces, solía frecuentar haciendo un uso excesivo de estos y de otros estupefacientes. Ya no los iba a necesitar a partir de ahora. Preparó varias maletas con todo lo imprescindible, mudas, recambios, pasaportes y todo el dinero manchado en sangre que poseía más bienes materiales, anillos y pulseras con los que la había estado obsequiando o mejor dicho, comprando su silencio. Despertó a su hijo en mitad de la madrugada, argumentándole que debían marcharse, porque los hombres encapuchados estaban a punto de regresar y se aseguró que no presenciara el cadáver de su padre mientras lo llevó largo y tendido a cuestas. Por supuesto, se cercioró de no dejar pruebas que le incriminaran, de eso estaba convencida, de eso y de a quién iban a culpar por el asesinato y el secuestro de ambos. Era como sumar 1 + 1. Y aquello es todo lo que se podía contar. El resto, una interminable travesía de una punta a otra, cambiando de apariencias, de nombres, de residencias y de empleos cada vez que tenía la sospecha de que estaban acercándose. Hasta el día que nos ocupa en la actualidad.

EL HUÉSPED SIN NOMBRE

Ya era tarde noche cuando se armó el valor para poner en marcha los engranajes de su plan. A esas horas nadie se alojaría ni remotamente para quedarse en una habitación y menos con el temporal que azotaba. Bastante era con que lograran dar con el paradero de aquel vasto "albergue". Muy pocos clientes se solían hospedar allá y la mayoría resultaban ser bastante estrambóticos, aunque para el caso era mejor. En realidad esperaba otro tipo de clientela, del tipo de las que a uno jamás se le olvidarían sus rostros y no precisamente para aposentarse en su parador.

Estaban por llegar, razón más que suficiente para que fuera desenfundando el revólver que en última instancia, extravió de su marido y que supuso, que ya no lo necesitaría en la morgue donde descansaría eternamente. Además, esta se presentaba como una magnífica ocasión para estrenarla. La ultima vez que oteó por el rabillo del ojo, la nieve cubría toda la calzada, hecho que los retrasaría pero no impediría que su ex familia, cumpliera su venganza.

Joana se resguardó tras el mostrador y tal era su estado de nervios, que al tratar de amartillar el seguro, el arma se le deslizó de las manos y cayó al suelo. Al agacharse y hacer el ademán de recogerlo, una corriente de aire le rozó y supuso que le había llegado la hora. Empuñó la pistola fuertemente y se alzó encañonando al objetivo que se escondía al otro lado de la repisa, cuando milagrosamente, se contuvo de apretar el gatillo.

—Pero… ¡¿Qué demonios hacías escurriéndote entre las sombras, no ves que como sigas apareciéndote así cualquier día te pegarán un tiro?! —replicó Joana, alarmada ante la presencia de un joven no mucho mayor que ella y de aspecto inofensivo e igual de asustado que ella.

—Espero que no recibas así a todo aquel que entre a hospedarse, porque lo de ir apuntando a todo el que venga a parar aquí de remota casualidad, dudo que sea beneficioso para el negocio… Aunque a tu favor, diré que no es la primera vez que ocurre en la que mi presencia es inadvertida —dijo el joven con desdén, mientras se reponía del infarto que casi había estado a punto de sufrir.

—Bueno, afortunadamente no habrá que vestir de luto. Cambiando de tema… ¿Vas a alquilar una habitación o, has venido solo para filtrear

conmigo? Porque, en ese caso, me replantearé lo de no pegarte un tiro —le respondió Joana, como si el frenesí de que su vida pendiese en un hilo, sacara la mejor versión de ella.

—Jaja… si lo planteas así prefiero un cuarto donde poder cobijarme del frío que hace fuera y, de ti también —contestó furtivamente el joven, guiñando a su vez un ojo a modo de complicidad.

—Me parece lo más inteligente que has dicho desde que llegaste… y dime… ¿A quién tiene que matar uno para terminar en un antro como este a estas horas de la noche… si me permites la curiosidad? —incidió Joana, tratando de averiguar si ese huésped había sido enviado como respuesta a sus pecados del pasado.

—Pues haría mal mi trabajo si te revelara en qué consiste. Solo te puedo adelantar que capto clientes para mi empresa, es todo lo que te puedo decir —añadió tajantemente el desconocido, perfilando una gran sonrisa de oreja a oreja que hasta ahora, había permanecido oculta bajo una máscara de cinismo.

—Entiendo… pues la verdad no sé qué tipo de clientela estarás buscando en esta zona, pero dudo que sean de la clase que se adapten a tus criterios… a no ser, que yo reúna las condiciones necesarias para ese perfil… ¿Es así? —entonó Joana, preparada para lo peor.

—¡Pero qué lista eres! Dime… ¿Cómo supiste que era a ti a quien buscaba, si ni tan siquiera mencioné nada al respecto de mis "criterios"? —preguntó el misterioso visitante, con una media sonrisa que dejó escapar una leve carcajada que Joana interpretó como una señal inequívoca de lo que había estado esperando, finalmente se había presentado. Aunque una corazonada suya, le decía que había algo más en aquel individuo que no alcanzaba a ver o que ocultaba al resto.

—No hizo falta, sinceramente. Tu aspecto me dice que no eres de aquí y, que tampoco existe esa tal "empresa" a la que te referiste. Además, para venir de la calle observé que tu indumentaria no lleva rastro alguno de copos de nieve… ¿Es que acaso pudiste esquivarlos todos de camino aquí saltando de baldosa en baldosa como Dorothy?

Probablemente, el juicio que emitiera Joana a primera vista tras analizarlo al detalle, no fuera el que más se ajustaba a la realidad. Sí estaba en lo cierto en cuanto a que no había sido enviado por su ex familia ni que perteneciera a la misma. Sin embargo, en cuanto a lo de inofensivo, jamás anduvo tan al borde del precipicio. Joana, consciente de que la noche solo acababa de empezar, miró fijamente a los ojos de aquel extraño pasajero y reconoció en él, la misma mirada de la persona de la que ella se enamoró perdidamente y, la misma expresión de la persona que lo echó todo a perder.

—¿Por qué llevas ocultando tu mano derecha desde el comienzo de la conversación? —exclamó Joana, dispuesta esta vez sí, a abrir fuego contra aquel intruso.

—¿Sabes algo? En todo el tiempo que he estado vigilándote, horas antes de que te percataras de mi sola existencia, he aprendido varias cosas sobre ti, y una de ellas es que te desenvuelves bien con un arma en tu poder. Pero no conozco de ninguna que funcione con el percutor puesto.

Joana desplazó rápidamente sus pupilas hacia el seguro de su revólver, solo para ratificar que efectivamente lo liberó antes que resbalara de sus manos. Únicamente fue necesario un fragmento de segundo, para adivinar y sentir en sus propias carnes, qué había estado escondiendo de su vista todo aquel rato. Un inmenso filamento semejante a una cuchilla que emergió bajo la manga de aquel huésped, se hundió en su clavícula hasta casi perforarla a lo que ella malherida, respondió con un disparo que rozó el hombro izquierdo de su agresor. Ambos salieron despedidos a tierra en sentidos opuestos del mostrador con la salvedad, que su oponente volvía a erguirse sobre sus pies sin mostrar dolor alguno. Joana retrocedió arrastrando su cuerpo lo máximo que pudo hasta las escaleras que la conducirían a la primera planta, pero el paso de su perseguidor era mucho más acelerado que el suyo y su arma, había salido despedida hecho que prácticamente, la dejaba sin opciones.

—¡Maldita seas! Unos milímetros más abajo y te habría ensartado el corazón… Y sin embargo, mira qué desperdicio propiciaste en mi ropa… Me obligarás a emplearme a fondo por segunda vez consecutiva —gritó exasperado el huésped que había intentado ensartarla cual animal salvaje, mientras sus carcajadas resonaban por todo el vestidor como un eco de origen diabólico que reclamaba su

alma.

Joana desechó cualquier posibilidad que alimentara las esperanzas de salir de aquel lugar con vida. Lo supo mientras veía cómo la distancia entre los dos, se reducía a un simple estrecho y su ventaja disminuía considerablemente. Solo un milagro la podía salvar de aquel destino tan cruel que le habían reservado, aunque ella nunca creyó que tales sucesos existieran y menos aún, que se presentarán llamando a la puerta. Lo que ella ignoraba es que no hacía falta creer en ellos para que ocurriesen. A veces, simplemente ocurrían.

Cinco individuos tiraron abajo la entrada principal del hotel, entre la expectante mirada del que iba a ser su verdugo pero no tan inesperada para ella, pues supuso que más tarde o más temprano, su pasado se cobraría la deuda que contrajo al casarse. La situación sin embargo, había dado un giro de 180°. Distracción que aprovechó para zafarse de aquel psicópata y subir los peldaños que la llevarían hasta el siguiente nivel, mientras la sala de recepción era masacrada salvajemente por una ráfaga de balas y su inusitado compañero de fatigas, no tenía más remedio que protegerse tras la mesa del mostrador para mayor desgracia suya.

Cuando al fin pisó suelo firme en la primera planta, pensó lo afortunada que fue en que su herida no revistiera daños en ningún órgano vital ni tampoco en que fracturara ninguno de sus huesos. Aunque si no detenía la hemorragia, acabaría igualmente muerta, pensó. Y todo sucedía mientras unas voces demasiado familiares interrumpían la tranquilidad de la que gozaba. Fue breve pero suficiente para planear el modo de sobrevivir a la matanza que estaba por llegar.

—Vosotros dos acompañadme para matar a esa arpía, tú encárgate del insignificante inquilino que había con ella. Y el novato, que vigile afuera por si llegan más molestias en forma de curiosos. ¿Queda claro? —ordenó en tono exasperante el líder de los cinco individuos que acababan de irrumpir en el hotel sin ser invitados. En realidad, nunca precisaron de ninguna invitación.

Una voz autoritaria dictó sentencia, y todos se dividieron siguiendo las órdenes del que parecía ser el cabecilla de la operación. El hombre encargado de eliminar al “testigo”, se aproximó a este y, adivinando lo hundido y acobardado de su condición, mientras no cesaba de llorar y gimotear para que le fuera a ser perdonada su vida en un último acto

de misericordia… casi hizo emerger en el sicario un sentimiento de culpabilidad al no poder apiadarse de él.

—Tranquilo, han habido decenas como tú en la misma situación y siempre seguirán existiendo. La buena noticia, es que pasará tan rápido que apenas notarás el dolor —le confesó el hombre armado a su víctima, en un discurso claramente ensayado que le hacía expiar todos los males de su alma.

El inusual huésped que vio frustrados sus planes por aquella banda de forajidos, comprobó sutilmente que ambos se hallaran a solas en aquel preciso instante antes de emprender ninguna acción. Y así era. Su faz, inexplicablemente cambió repentinamente de visiblemente consternado a la de un niño entrando en una tienda de golosinas. Su verdadera naturaleza, había regresado para quedarse.

—Desgraciadamente para tus intereses, no podré devolverte tu gesto de buena voluntad, pues tengo que informarte que sufrirás una muerte horriblemente espantosa y nada efímera —dijo de forma enigmática el huésped que atacó a Joana, sin que mirara a su captor a los ojos a pesar de que un arma le apuntaba directamente a su cara.

Fue terminar de pronunciar aquellas palabras, cuando un sonido metálico resonó debajo de una de sus mangas y un cuchillo retráctil de gran envergadura, surgió de allá ensartándolo por debajo de la mandíbula y atravesando su boca hasta clavarse en su masa cerebral, hecho que provocó que el cuerpo en su totalidad comenzará a convulsionar de forma espasmódica, mientras aquel extraño se deleitaba de su nueva presa ya despojada de la mayoría de sus funciones neuronales. Ni siquiera tenía la capacidad de apretar el gatillo a pesar de que en ningún momento dejara de encañonarle.

—Te voy a contar algo ya que no hay riesgo de que lo vayas a revelar a nadie, aunque es posible que tu capacidad motora esté en estos instantes sea la equivalente a la de un feto… Y resulta, que en las más de 100 muertes que he provocado, jamás he presenciado dos iguales… ¿No es maravilloso el ser humano como especie? —le reveló orgulloso aquel psicópata, a la vez que sostenía el arma de fuego del sicario e imitaba sarcásticamente el sonido de su pistola disparándose entre ceja y ceja, humillando a su adversario hasta que exhalara su último aliento.

Acto y seguido, el arma blanca regresó a su mecanismo de origen debajo de la manga con una cadencia imperceptible para los sentidos, liberando la presión que había estado ejerciendo en el tronco de su oponente de tal forma, que este y el resto del tronco encefálico permanecieron rígidos antes de desplomarse. El siniestro personaje se relamía los labios esbozando una sonrisa maquiavélica, pues todavía faltaba por poner la guinda a su pastel y esa guinda, tenía nombre propio. *"¿Qué has hecho para que toda esta gente te quiera matar?",* interiorizó para sus adentros, mientras experimentaba una sensación completamente nueva para él que, por primera vez, no incluía la necesidad de arrebatar vidas. Excepto la del novato que cometió la imprudencia de desobedecer las instrucciones que se le habían encomendado.

—Si te dijeron que te quedaras fuera… sería por algo… ¿No? El problema es que no tengo por costumbre matar niños, ya sabes… por el tema ético de si está bien o no moralmente… pero tampoco puedo dejarte en una guardería, así que comprenderás en el dilema en el que estoy sumergido, supongo —entonó a modo de disculpa fingida dirigida a su nueva víctima. Ni siquiera supo a qué se enfrentaba.

Lo siguiente que precedió a su discurso, fue la mente más brillante obrando perversamente para fines que jamás deberían ser concebidos, y buena prueba de ello fueron los gritos que inundaron la planta inferior, alaridos que apenas reflejaban el infierno que se había desatado en aquel rincón olvidado de la Tierra.

Joana entró en una de las habitaciones vacantes de la primera planta, no en vano poseía la llave maestra del edificio y, se encerró en su interior con las luces apagadas hasta que los sonidos de pisadas se perdieron en un eco infinito. El dormitorio desprendía un olor a hermetismo obviamente, pero también despedía otra hedor que le era imposible identificar con nada que estuviera relacionado… así que no le quedó otra que ir avanzando a tientas hasta el punto de origen del mismo, todo en la más absoluta penumbra para no revelar su paradero. Joana se encontraba a sí misma dando palos de ciego en un rectángulo de apenas varios metros cuadrados, con la incertidumbre de no conocer si era la única ocupante de la estancia o por el contrario, estaba inoportunamente acompañada. Repasó mentalmente el cuarto hasta palpar la mesita de noche y sobre esta, una lamparilla que podría prender sin temor a ser descubierta. El olor nauseabundo

era cada vez más insoportable y se preparó para lo peor. Y así fue, salvo por el hecho, de que se contuvo para evitar terminar como la pareja que yacía sentada en la cama con una bolsa de plástico atada en sus cabezas. La expresión de ambos con las órbitas de los ojos a punto de salirse y las mandíbulas desencajadas, no se le olvidarían jamás si es que lograba sobrevivir de la particular casa del terror que, aquel inquilino había hecho del hotel. Que ya era demasiado suponer. Joana los reconoció de inmediato. Se alojaron haría un par de días pero no en aquella habitación precisamente... se les veía tan felices...

Quien fuera el culpable, había trasladado sus cuerpos hasta esa habitación para escenificar aquel montaje. “Quien fuera el culpable... quién sino iba a ser… Ese malnacido lleva días acechándome y no se ha mostrado hasta hoy…”, se dijo Joana mientras apenas podía reprimir las lágrimas por aquellos dos jóvenes y por la gente que se había hospedado recientemente, cuyas presencias no había visto asomar por un tiempo en el recinto. “Dios mío los ha matado a todos y a cada uno de ellos”. Aunque su pesar no provenía por la fatalidad de esa gente, sino porque a su hijo le pudiera ocurrir antes de lo esperado.

—Hay que ver lo fácil que es abrir las puertas de este hotel… casi tanto como matar a los ocupantes que lo integran. No sé por qué razón no cierran con llave más a menudo… yo lo haría. Jaja…

Joana se giró instintivamente, creía que ya no volvería a oír aquella melodía diabólica nunca más, y sin embargo allá lo tenía de vuelta, esgrimiendo aquella pérfida sonrisa como de costumbre y empapado de sangre que obviamente, no le pertenecía. Joana rebuscó endiabladamente entre los cajones del tocador algo con lo que defenderse. Entre útiles inservibles, obtuvo una aguja que la hizo parecer ridícula en comparación con los estiletes que había visto manejar a aquel demonio, pero que a duras penas le tembló el pulso para situársela debajo de la carótida y parecer igual de amenazante.

—¡Tranquila, tranquila! No vine a apuñalarte de nuevo, al menos no por ahora... ¿Sabes que el rastro falso de sangre que dejaste no los va alejar para toda la eternidad, no? —respondió el psicótico inquilino, en un tono calmado y sosegado que le irritó de igual manera.

—¡Me importan una mierda los consejos de un psicópata que ha estado acechándome y planeando mi propio asesinato! ¡Debería clavarte este alfiler ahora mismo! —exclamó enfurecida, sin que su

reacción provocara la más mínima alteración en su compañero de habitación provisional.

—Pero no lo harás y te diré el porqué. Me necesitas vivo para salir de aquí y algo más importante todavía... Despertaste algo totalmente nuevo en mí... como una curiosidad que debo alimentar y que nunca antes, había experimentado con nadie —confesó con semblante serio y por vez primera, a una incrédula Joana.

—Te necesito a ti tanto como a un cáncer de páncreas, así que mueve uno solo de tus músculos y te hago más amplia esa sonrisa que despides —atajó implacablemente Joana, haciendo gala de un humor más propio de su huésped que del suyo propio. Aunque lo que de verdad le preocupó, es que el humor sangrante de este, pudiera llegar a ser peligrosamente contagioso y perjudicial para su salud mental.

—Veo que nuestra relación es irreconducible... así que tendré que poner algo de buena voluntad para reconducirla. “Toma”, esto es tuyo —añadió el huésped sin nombre, mientras le ofrecía algo parecido a una ofrenda de paz en el mismísimo infierno.

Sorprendentemente, una estupefacta Joana contempló cómo le era devuelta el arma por las mismas manos de quien supuestamente, debía protegerse.

—Y… ¿Ahora me dirás por qué te persigue esa gente tan insistentemente o, me volarás la tapa de los sesos sin más? Lo menciono porque si vamos a matar a esta gente juntos, me gustaría conocer todos los detalles morbosos. —Fue pronunciar aquella frase, y la cara de aquel demonio empezó a rebosar de una extraña y malsana felicidad.

—No vamos hacer nada juntos, solamente quiero que te apartes de mi camino, porque no mereces ni que desperdicie una sola bala contigo... Es más, si te quisiera muerto ya lo estarías… pero como adivinarás, hay más admiradores aparte de ti que me quieren muerta —declaró Joana abiertamente, sin percatarse que estaba ofreciendo algo parecido a empatía a un psicópata que solo minutos antes, quiso rebanarla en dos.

—… no voy a apartarme por la sencilla razón de que me apuntes con eso… Al menos hasta que sepa de dónde proviene ese odio que te ha mantenido con vida… Así que dime... ¿Quién o qué te hizo así? Porque, está claro que no naciste así… —le susurró el inquilino estrella, curioso por conocer la historia que la había traído al lugar más peligroso del mundo.

Joana se planteó dos opciones. En la primera, eran tantas las ganas de descerrajarle varios tiros seguidos para borrarle aquella molesta sonrisa que exhibía, que hubiera pagado solo ver cómo se realizaba aquel sueño y de paso, librar al mundo de la amenaza que suponía para este. Y la otra, más factible y acorde a la nueva situación, era satisfacer la mórbida mente de aquel ser monstruoso para manipularlo a su favor.

—Asesiné a mi marido. No busques motivos porque no los hubo, simplemente lo hice porque me apetecía y... lo disfruté... Y ahora su familia quiere mi cabeza en un pedestal. Es lógico, la venganza forma parte del ciclo humano —confesó Joana, casi arrepintiéndose de aquello al momento.

—Y esa es la razón por la cual estoy hablándote en vez de descuartizarte… Curioso, eres la persona más fascinante con la que me he topado jamás… Quizás porque creía que estaba solo en este mundo y ahora, tengo alguien con quien compartirlo. Pero no te hagas ilusiones, la palabra confianza siempre tiene fecha de caducidad conmigo. Recuérdalo —replicó por vez primera con semblante serio aquel desalmado asesino con alma de humorista fracasado.

—Que matara a una persona en el pasado no me une nada a ti, de hecho lo más sensato sería volarte la cabeza en este momento lo que conllevaría a salvar la vida de las futuras personas que acabaran hipotéticamente a tu merced, pero en contrapartida, me la estaría volando yo misma también, así que esa es la máxima confianza que puedo ofrecerte por mi parte. Entiendo que para ti debe ser tan difícil como para mí, sobre todo para alguien que acostumbra a quemar puentes antes que a tenderlos, si entendemos por quemar a “asfixiar parejas en su luna de miel” —aseveró Joana, tratando de empatizar con aquella bestia al tiempo que lograba convencerla para una misión suicida. Supuso, que aquello sería la guinda definitiva.

Joana bajó el arma convencida de que hacía lo correcto. Sonaba descabellado, pero aquello podía ser el último viaje que le llevara de regreso hasta su hijo. Su ahora cómplice le observaba con una mirada radicalmente distinta de cuando se presentó en la recepción. No la mataría por el momento, no al menos hasta que terminara juego. Porque en el fondo, de eso se trataba y así continuaría siendo para él. Joana, consciente de todo ello, hizo una última parada antes de emprender rumbo hacia el infierno que ella misma había creado. Se desinfectó la herida y se puso una venda alrededor que detuviera el sangrado, en un kit de auxilio que todos los aseos de los que disponía aquel hotel, llevaba incorporado. “Era como poner un parche a una herida de bala, pero bastaría para mantenerla despierta”, pensó vacilante, mientras no le quitaba un ojo de encima a su mortal compañero. Lo importante ahora, era cortar la raíces que se extendían de su pasado para que no volvieran a crecer jamás, aunque para ello una nueva tuviera que brotar desde los abismos de la oscuridad.

El pasillo estaba despejado, pero los ecos de muerte se podían intuir procedentes del interior del edificio. Se adivinó para el peor de los escenarios alzando el cañón de la pistola por encima de sus hombros acompañada, de aquel siniestro personaje surgido de la mente literaria más retorcida, a la vez que le seguía con recelo a tan solo a unos pocos metros suyos. Aunque la sensación real fuera que un millón de años de distancia, les separaban el uno del otro.

—Espero que tu plan funcione. No me complacería ser acribillada a campo abierto simplemente por los delirios de un enfermo mental que le dio por seguir una corazonada —soltó Joana, aún sin fiarse de aquel inquilino cuyo nombre, desconocía, así como de sus verdaderas intenciones.

—No son fantasías… Es mi gran obra maestra exceptuando el hecho de que, fue concebida para un público distinto del que tengo ahora. Pero eso no interferirá en el resultado final. Y para muestra, la joven pareja con la que te topaste escasos minutos. Querían morir juntos y yo solo les concedí tal deseo. Jaja… —aleccionó de nuevo a Joana, intentando crear un clima de confraternidad imposible con un asesino en serie más trastornado que, como habitualmente los pintaban en las películas de Hollywood.

—Sí, muy romántico lo de las bolsas de plástico… Seguro que te lo agradecieron mientras se asfixiaban maniatados de pies a la cabeza.

Afortunadamente para ti, no tengo tiempo para tus devaneos ni tus quebraderos de cabeza, así que por el bien de ambos, deja de hablarme como si fuera tu amiga y acabemos nuestra colaboración en breve a más no poder ser —sentenció Joana, dejando claro su postura.

—Relájate… Nuestro vínculo actual está supeditado a fuerzas que escapan de nuestro control, pero todo va según lo previsto, así que no debería demorarse más de lo necesario este pre acuerdo. Y antes que lo preguntes, el rastro de sangre que estamos siguiendo, no pertenece a la maniobra de distracción que tan astutamente eludió a tus perseguidores, si no a alguien más que he involucrado… Igualmente, espero que sepas disparar eso que llevas… porque no les va gustar nada el desorden que he organizado —rió a carcajadas aquel demoníaco invitado, sin que Joana supiera el motivo de tal histerismo. Supuso, que debería acostumbrarse a sus molestas interrupciones.

Acto y seguido, su inseparable amigo se detuvo en seco y antes de que pudiera vacilar siquiera, le susurró unas palabras al oído. Joana pensó por un instante que su garganta iba a ser seccionada, no fue así, quién sabe si no hubiese sido preferible.

—¿Tengo razón? —le preguntó inquisitivamente a Joana, mientras rebosaba la felicidad de un niño a punto de abrir su regalo de Navidad.

—Cuando me digas tu verdadero nombre, te lo diré, ya todos los huéspedes tienen que estar registrados. De lo contrario, estaría haciendo mal mi trabajo —replicó enigmática a la vez que le guiñaba un ojo. El infierno, nunca había sido tan divertido.

JASPER

—La pista de sangre termina aquí señor, no hay duda de que esa malnacida ha estado riéndose de nosotros forzándonos a caminar en círculos. No obstante, permítame divertirme con ella antes de desfigurarla para cuando la atrapemos, señor —incidió uno de los asaltantes que, subieron a la primera planta con el único fin de terminar el legado de Joana.

—No estamos aquí para satisfacer tus obscenas fantasías y, eso va por ti también, ¿De acuerdo? Dicho lo cual… limitaros a cumplir mis órdenes y en vuestro tiempo libre ya os saciaréis de todas las fantasías que se os pasen por vuestras jodidas cabezas, malditos enfermos… —espetó Jasper, acostumbrado a lidiar con niños en todos y cada uno de los encargos que le eran asignados.

Los hombres que le habían sido encomendados para acompañarle, harían todo el trabajo sucio. Él como de costumbre, se llevaría el mérito por todo ello, aunque por vez primera, el asunto le concernía personal e intransferiblemente y eso, lo dejaba en una situación muy delicada respecto a sus subordinados, que si se descuidaba podrían volverse en su contra.

Uno de sus secuaces, el más astuto y aleccionado en cómo sacaría provecho de la situación, se ubicó enfrente de la puerta y la derribó al suelo de un violento puntapié que por poco hizo temblar la estructura del edificio entero; irrumpiendo en el interior de la habitación. Lo que encontró sin embargo, no podía estar más alejado del arquetipo ideal de escena que hubiera imaginado. Consternado, retrocedió sobre sus pies hasta caer de rodillas abrumado. Su expresión, no daba crédito, al igual que la de sus compañeros, cuyas retinas estaban siendo testigos de algo imposible de procesar en aquel preciso instante. Hizo amago de devolver, pero se reprimió y en su lugar, empezaron a cruzarse miradas acusatorias los unos a los otros intentando comprender qué demonios había sucedido allá.

Dos cuerpos en posición vertical, amarrados con unas cuerdas que iban desde sus muñecas hasta una araña que colgaba del techo, los recibían sin las cuencas de sus ojos y con una sonrisa a medida practicada por un carnicero en artes quirúrgicas. Las paredes, auténticos vodeviles del horror, eran lienzos bañados con la sangre de aquellos dos inocentes que ahora, esculpían sus cuerpos como dos títeres sujetos por hilos invisibles que les daban la bienvenida. Pero aquello no era todo. Tras echar la comida que tan placenteramente

había degustado horas antes, el avezado y sorprendido lacayo, sintió que aquellos dos cuerpos amarrados y el suyo, no eran los únicos que habitaban en aquel aposento.

—Jefe… está aquí, lo presiento —exclamó el susodicho, mientras se desenfundaba una de las tantas armas no registradas que les eran proporcionadas, y apuntaba a todos los ángulos posibles como un poseso.

—¿Qué estás haciendo? ¡Deja de avergonzarnos y cálmate! ¿No ves que eso es lo que quiere? Es solo un truco para asustarnos. Ni siquiera son de verdad, son reproducciones a escala —vociferó Jasper, sin que nadie, incluido sí mismo, llegara a creerse semejante cuento de hadas.

Había visto tantas veces brotar aquel color de cuerpos inertes sin vida, que reconocería un cadáver auténtico delante de sus narices dónde y cuando fuera. “Gajes del oficio”, pensó para sí mismo. En aquella ocasión no era uno, sino dos, y a juzgar por el ensañamiento no era ningún ajuste de cuentas, más bien el comité de bienvenida.

—Está bien chicos, al parecer nuestra amiguita acaba de invitarnos oficialmente a su fiesta privada, así que… No seamos maleducados declinando su gesto de amabilidad, ¿De acuerdo? —parafraseó Jasper, en tono de discurso motivacional para levantar la moral a sus dos subordinados, mientras se preguntaba qué había sido de los otros dos restantes que permanecieron en el nivel inferior. Su pregunta, pronto obtendría la anhelada contestación en forma de hilo musical que resonó a lo largo y ancho de toda la planta. Era una melodía perturbadora y repetitiva que se expandía a través de los tímpanos cual afiladas agujas clavándose en el cerebro. Sin embargo, su finalidad original no era la de destrozar los oídos como bien hubiera cabido suponer, sino algo radicalmente distinto.

—Donde quiera que estés zorra, te aseguro que tendrás una muerte lenta y agónica, recuerda este momento especialmente! —amenazó impotente, sin saber adónde y a quién dirigirse, cuando inesperadamente estalló la voz de Joana, omnipresente ante la incredulidad de los allá presentes, que no daban rienda suelta a lo que estaba sucediendo.

—“Sean bienvenidos a nuestras nuevas instalaciones. Desde aquí,

queremos agradecerles a nuestros visitantes que tengan una feliz y cómoda estancia en El hotel de la redención y para su información, deben saber que están pisando las ahora reedificadas estructuras de lo que antiguamente, fue uno de los más controvertidos hospitales para tratar enfermos mentales con terapias que iban contra la propia condición humana. Y para honrarles con vuestra presencia, contamos con un invitado estrella de excepción, nada menos que uno de los pacientes más prometedores de su promoción que, no ha querido perderse la oportunidad de conoceros en persona y nosotros, no hemos sido capaces de resistirnos a su encanto. Aunque queremos transmitirles que no nos hacemos responsables de cualquier daño o futura lesión provocada por la inestabilidad del sujeto en cuestión. Por lo demás, disfruten de su compañía y les recomendamos encarecidamente que se despidan de sus seres más queridos lo antes posible".

Las luces de todas las plantas se apagaron y a continuación, una luz de emergencia roja intermitente, similar a la de una sirena, se activó repentinamente. Ninguno lo sabía realmente, pero aquello no era un sistema de energía alternativa para cuando se produjera un apagón, sino la alarma que se activaba cuando algún preso había escapado de su celda.

Lo que debería haber sido un paseo por las nubes, se estaba convirtiendo en un descenso a los mismísimos infiernos, y esto solo era la pendiente.

—¡Jefe! ¿Qué demonios es este lugar?¿No se suponía que sería algo sencillo, sin complicaciones? —le increpó alterado, y por vez primera realmente asustado, el otro integrante del grupo que aún no había dicho nada hasta ese momento, cuando sin mediación alguna, la habitación con los dos cuerpos sin vida, se cerró de golpe aislando su otro compañero en su interior que, todavía permanecía en estado catatónico.

—¡¡Nos están separando!! —advirtió Jasper, en un tono de preocupación fuera de lo común al que jamás había recurrido un pez gordo como él, más acostumbrado a dictar sentencias que otros cumplirían en su lugar. En esta ocasión, no podía quedarse cruzado de brazos ante la inexplicable muerte de su hermano, cuyo cuerpo fue encontrado sin vida reposando en su sofá y con la expresión desencajada del miedo. Y qué mejor manera de mostrarle respeto, que ensuciarse las manos con la sangre de su asesina. "Como en los viejos

tiempos", pensó nostálgico.

Paradójicamente, apenas fueron necesarios unos instantes, para darse cuenta que su época de gánster intimidador y sin escrúpulos, se había oxidado en tanto o más de lo que había imaginado. O quizás era aquel lugar que trataba a los de su calaña de igual forma que ellos hacían con la gente corriente. Eso le hizo temblar de pánico. Sentirse vulnerable era una sensación desconocida e incómoda para él y, a partir de ahora, iba a tener que acostumbrarse a ella.

—***¡¡Sorpresa!!***—exclamó sarcásticamente la omnipresente voz de Joana por megafonía, a lo que seguidamente le acompañó el crujir de un mecanismo próximo a ellos. Tan cercano, que pudieron intuir cómo unos pasos se dirigían directamente hacia su posición sin detenerse. La puerta de la habitación que tenían justo enfrente se abrió bruscamente… y, una figura de ultratumba con el rostro completamente vendado a excepción de sus ojos, surgió de las profundidades del abismo abalanzándose violentamente contra ellos.

EL ARTISTA DE LOS HORRORES

Jasper siempre había presumido de ser el más listo dentro y fuera de los negocios. Por eso, cuando se enteró de la extraña muerte de su hermano, no vaciló a quién responsabilizar y en catalogarlos a los demás como “riesgos potenciales” que podrían hacer tambalear la organización. Por esa misma razón, tampoco dudó en su situación actual, en agarrar a su joven e inexperto secuaz y utilizarlo de escudo humano. La contramedida dio sus frutos, pero solo actuaría de parche para su actual condición. Una delgada y sorprendentemente larga cuchilla, se deslizó por el interior del pecho de su compañero hasta atravesarlo y casi alcanzar el suyo propio por apenas unos centímetros. La escena era inverosímil y surrealista a partes iguales. La embestida de aquel asaltante desconocido, salido de la mente más retorcida de cualquier escritor, fue tal, que solo la presión que ejercía sobre el cuerpo de su malogrado socio, impedía que fuera ensartado en la pared cual un marco de proporciones gigantescas.

—¿Por qué yo…? —gorgoteó su particular chivo expiatorio para la causa en tono acusatorio, mientras la sangre que brotaba por su boca, dificultaba que se expresara correctamente sin que se ahogara en ella.

—¿Quién diablos eres tú… el nuevo amiguito de nuestro interés en común…? Es gracioso… ¿Ya te ha contado lo que le sucedió al último que ocupó tu lugar? —preguntó Jasper, sin esperanza de que obtuviera una respuesta por ninguna de las dos partes.

Jasper trató de ganar tiempo a toda costa. Ni siquiera le importaba la respuesta a la pregunta que había formulado, si es que existía. Pero en su afán por poner en práctica sus talentosas dotes de oratoria, ignoró de dónde provenía la amenaza real ignorando las súplicas desesperadas de su acompañante. Jasper sopesó las posibilidades de alcanzar el arma del cinturón sin que el percance fuera mayor que el riesgo. “Demasiado tarde“, le recriminó una voz tenue y sosegada con las escasas energías que le restaban. Nunca hubiera imaginado que la contestación a todas sus plegarias, se hallara tan próxima. El joven al que acababa de convertir en mártir, se aferraba a su pistola a pesar, de que varios de sus órganos habían sufrido daños irreversibles. Prueba de ello, era el único y último objetivo que se había marcado su joven secuaz. Matar al traidor. Juntó los dos brazos en posición de rezo y descargó de espaldas el arma tantas veces como fuerzas dispuso. Jasper esquivó los envites pero no la sordera temporal en su oído

derecho que le provocaron los disparos.

—¡Maldita sea estúpido, apunta al enemigo, no a mí! —le reprendió, sin que sus palabras causaran el menor efecto en el susodicho. De hecho, parecía enfurecerlo aún más, instante de incertidumbre que aprovechó Jasper para sujetar sus manos y, encañonarle en la sien con la misma arma que estaba empuñando.

—Lo siento, esto no lo había planeado así, espero que lo entiendas —finalizó Jasper, habiendo tomado la decisión más dura de su vida.

Dicho y hecho. Jasper le descerrajó un tiro en una maniobra bastante arcaica que antaño, solía emplear para fingir suicidios de la gente que no podía devolverle el interés de sus préstamos para que los hijos de estos o sus padres, continuaran pagando la deuda contraída. Claro que, la familia del chico sería bien remunerada en esta ocasión, porque las penas con dinero ayudarían a sobrellevarlas mejor y además, le expiarían de cualquier cargo de culpabilidad. Esa era la buena noticia, la mala, que la pistola había descargado su último casquillo y solo un cadáver, le separaba del mismo destino del que había sido causante en segundo grado.

—No sabía que hubieran redes sociales especializadas en concertar citas a enfermos mentales que, compartieran el mismo desprecio por la vida humana… ¿Al menos te alojará gratis esa zorra? —incidió Jasper irónicamente, tratando de zafarse de aquella situación sin terminar ensartado también.

—No, yo ya venía incluido en el edificio —dijo el sádico inquilino, mientras recreaba uno de sus pasatiempos favoritos.

Jasper escuchó por vez primera la voz de aquel individuo que parecía erigirse como el mal personificado con su permiso, claro está. Su tono de voz era el de una persona joven… Pero infinitamente mayor a él… Como si su edad no se midiera en años sino en siglos… Algo que ni él mismo alcanzaba a comprender y que le hizo experimentar algo parecido al miedo irracional. El extraño, se percató de su momento de debilidad, e hizo hincapié en él imprimiendo más presión a su afilada hoja para poder perforar el tórax de Jasper… a lo que este respondió inmediatamente con su fuerza bruta agarrando el borde del arma con ambas manos y empujando con el último hálito de vida que le restaba.

Y así fue cómo Jasper, se desinhibió de aquel mortal artilugio impulsando hacia atrás al agresor, y librándose del peso muerto de su ex socio, al que de una bala de su propia arma, le había volado medio rostro… hecho difícil de argumentar, pero que no le preocupaba actualmente en la escala de prioridades. Aprovechó el efecto sorpresa para desenfundar el arma de su cinturón, pero antes que el cañón de su pistola llegará a apuntar su objetivo, un clic por debajo de la manga izquierda de su adversario, resonó levemente seguido de la aparición de una segunda cuchilla que cruzó en diagonal su faz, provocándole una herida más visual que efectiva, a la que Jasper respondió como si nada hubiera sucedido, agarrando al susodicho y zarandeándole de un lado de la pared a otro con brutales embestidas hasta que las fuerzas, le remitieron. “Lo más extraño de todo, es que ni tan siquiera emitió grito alguno de dolor cuando cualquiera a estas alturas, hubiera suplicado por su clemencia… es más, ni siquiera hizo ademán de defenderse…”, meditó un Jasper todavía convaleciente, mientras observaba el cuerpo inerte de aquel demente yaciendo en el suelo y al que de ningún modo, iba aproximarse más de lo estipulado. De hecho su primera intención no podía estar más alejada, y llegó a la conclusión de que era preferible salir malherido, que no despedazado por un psicópata que conocía cada entramado de aquel lugar que poco o nada, se parecía ya al de un hotel. De esta forma, se apresuró en dejar atrás aquel angosto y lúgubre pasadizo que interconectaba cada una de las estancias, o lo que quisiera que fuesen originariamente en su día entre ellas, bajo el latente estruendo que emitía aquel incesante parpadeo rojo de una sirena que aún, permanecía activa. Jasper deslumbró entre el conjunto de sombras danzando alrededor suyo, lo que parecía ser el pie de una escalera que debía conducirle al exterior de aquel edificio trampa… Claro que lo de “debía”, fue antes de que reparase en que los engranajes del pasadizo, volvían a chirriar cual una voz metálica que suplicaba desde las entrañas de una bestia. En efecto, unos barrotes de metal emergieron de la absoluta nada entre la salida y él, obstaculizando su huida. Trató de abrirse paso a través de ellos, pero el espacio era demasiado estrecho incluso hasta para un niño. Unos pasos provenientes de su retaguardia, no obstante, le remitieron en su empeño por librarse de aquella jaula de acero dirigida exclusivamente a un solo destinatario. Se giró, y contempló paulatinamente cómo una silueta se hacía cada vez más y más grande con cada destello, dotándolo de un aspecto inhumano cual ser de otro planeta. Sabía de sobras de quién se trataba, por ello esta vez se aseguraría de terminar el trabajo sin dejar cabos sueltos, aunque aquel cabo suelto no se asemejara a ningún otro hasta la fecha… sino más bien a una especie de karma sanguinario.

Jasper siquiera tuvo tiempo de preparar su estrategia de ataque,

cuando el sonido de un percutor tensándose, recorrió sus tímpanos hasta doblegar la poca voluntad que restaba en él.

—¡Maldito hijo de puta, por fin te tengo donde quería! —exclamó una Joana enrabiada, mientras le encañonaba con el frío metal de su pistola en la sien, y con otra mano le rodeaba el cuello aprisionándolo contra los barrotes.

—¿Dónde nos has traído, arpía? ¿Cómo puedes haber preparado todo sin saber que llegaríamos hasta aquí? —se lamentaba Jasper, tratando de escabullirse inútilmente.

—Querido… cuando una ha convivido con un monstruo tanto tiempo, aprendes su oficio, aunque no formes parte de él. Pero para serte honesta, jamás había creído en las casualidades… hasta que alguien se adelantó a vosotros. Y esa casualidad es la que me ha llevado justo donde estoy… como una segunda oportunidad de enmendar lo que hice… ¿Quieres que te presente a ese "alguien" debidamente? —preguntó sin miramientos a su pasado, confrontándolo por primera vez.

Joana liberó a Jasper de la fuerte presión que ejercía sobre él, para sorpresa del mismo, pues la alargada silueta que había estado cercándolo esgrimiendo aquel sonido chirriante tan característico al rozar el metal que blandía con la pared, tan solo se encontraba a unos centímetros suyos. Jasper obvió algo que de haberse percatado, habría alterado drásticamente los hechos acontecidos a posteriori, pero que a la suma, formaban parte del cúmulo de disparates que se sucedían en aquel hotel, donde no solo se alojaban huéspedes, también la muerte y el infortunio tenían cabida.

Jasper recurrió a los instintos más primarios del hombre por naturaleza y a los que jamás, había renunciado cuando de negocios se trataba. Pero esta vez debía acudir al él con suma delicadeza pues su vida, pendía de un hilo que estaba apunto de romperse y ni todo el dinero del mundo que había obtenido manchado de sangre, compensaría su nombre en una lápida. Así pues, haciendo gala de una fuerza bruta inaudita, embistió aquel turbador personaje hasta hacerle caer y aplastarle el cráneo con una sucesión de golpes de puño que hubieran doblegado hasta la más férrea de las voluntades. "Ahora solo me restará un cabo suelto", hilvanó, mientras sus nudillos emitían un sonido semejante al de un crujir de nueces partiéndose al impactar violentamente una y otra vez con lo que otrora fue la cabeza de un ser

humano. Extrañado ante la ausencia total de resistencia en el susodicho, Jasper dirigió su mirada a Joana y languideció al contemplar en ella una expresión de deleite que en nada, se correspondía a los hechos que acababan de suceder. En efecto, había vuelto a ocurrir, y lo estaba convirtiendo más en un mal hábito que en un desgraciado accidente. Había matado a sangre fría a su segundo lacayo.

Avergonzado por sus acciones, meditó sobre la existencia de un purgatorio para la gente que como él, traicionaba hasta sus más allegados con el miserable propósito de persistir y, tal fue su desazón, que sintió cómo un pinchazo le carcomía por dentro cual un veneno que ennegrecía su ya de por sí demacrada alma y, la transformaba en vaho. Por supuesto que ninguna de estas plegarias le devolverían la vida al desafortunado matón con aspiraciones de cabecilla que, quedó atrapado en aquella habitación con aquel psicópata y que ahora, hacía juego junto al resto de huéspedes que al igual que él, ya se alojarían eternamente en aquel infausto hotel donde el bien y el mal, no existían.

—No te imaginas lo que daría por presenciar la cara de los padres cuyos hijos, les has arrebatado sin pestañear dos veces… cuando se enteren que tienes las manos manchadas de su sangre. ¿En tu oficio existe un código de honor parecido al de la ejecución en cuanto a traición se refiere, no es así, grandullón? —le susurró Joana en tono jocoso, acercando su rostro a los barrotes que le separaban de su verdugo venido a menos y, regocijándose de su desgraciada situación como si de una gran victoria, se tratara.

—¡¡Tú mejor que nadie deberías saberlo!! Y creías que cortando la cabeza de la serpiente se terminaría todo y dejarían de crecer otras en su lugar… pobre ilusa —profirió un alteradísimo Jasper, abalanzándose y luego golpeando las barras de pura impotencia sin provocar el menor estímulo en una agigantada Joana.

—¿Sabes que llegué a conocer a los padres de los muchachos que has enviado a la tumba? De hecho, me acuerdo de todas las caras de familiares y cónyuges que se presentaban para mostrarles sus respetos a tu hermano y a cambio, recibían las bendiciones necesarias para entrar a formar parte en el oscuro redil que suponían sus negocios, y los sacrificios que ello conllevaba. Aunque siendo honesta, no siento ni una pizca de lástima por esa escoria que aspiraba a ser el reducto que representas tú en la sociedad. Y si ingenuo de ti, albergabas la

esperanza de que me conformaría con que se te aplicará el tiro de gracia pertinente que, figura en vuestras leyes no escritas destinado a los apóstatas como tú, entonces es que al igual que tu hermano, me has subestimado —esgrimió Joana a su gran adversario, calmada a diferencia de este y marcando el ritmo de la conversación.

Jasper entendió a la perfección a lo que hacían referencia aquellas amenazas veladas. Era su singular forma de hacerle entender, que no se resignaría a una ejecución rápida y placentera por su parte, sino más bien a su antítesis personificada. Aquella sonrisa perniciosa que exhibía delante de él, la delató. Jasper esquivó el primer envite agazapándose antes que aquella cuchilla retráctil, le cercenara en dos mitades mientras una impasible Joana, presenciaba el espectáculo como una espectadora sentada en primera fila. Ni tan siquiera le había oído aproximársele, solo el fugaz murmullo que susurró la afilada hoja al desplegarse, le previno de un destino aún peor que el que su propia "familia" le habría preparado para él. A continuación, se abalanzó de manera implacable contra aquella figura que pernoctaba en la oscuridad y que parecía flotar sobre sí misma, y lo hizo de tal modo que le amarró de las muñecas oprimiendo la salida de aquel par de filas de acero que, ya habían regresado a su posición original. Y aún así, le fue imposible eludir la pérfida mirada en aquel rostro vendado cuyos ojos, parecían conocer una maldad de la que el mundo, todavía no había testigo.

—Cuando apenas era un niño, mi madre susurró a mi oído la verdad sobre nuestra tradición familiar. Al día siguiente, unos hombres malos se la llevaron a la fuerza, enviándola a este lugar mucho antes de que lo reformaran en lo que hoy conocemos. Un humilde "hotelucho" que a pesar de todo, conserva la esencia para lo que fue construido. La cuestión es que… la acusaron de varios asesinatos, todos ellos alumnos de la misma escuela donde yo cursaba y que supuestamente, habían tenido contacto con ella. Mi madre aceptó encantada declararse culpable de los cargos con el propósito de que prevaleciera nuestra estirpe, aunque no contaba con la posibilidad de que la declararan no apta mentalmente, y la ingresaron en una institución médica para que sirviera de cobaya humana hasta su último aliento. ¿Sabías que las bolsas de plástico en la cabeza era una contramedida para pacientes que no cooperaban… de seguro que tienes muy reciente esa imagen en la retina, no? ¿O fue el de la pareja sin cuencas el que os encontrasteis? Ese método por cierto, lo aplicaban con una cuchara de metal sin anestesia y era para que los internos dejarán de ver la luz de sol y se acostumbraran a la oscuridad eterna —susurró

aquel personaje, como si su voz proviniera de un abismo insondable.

Jasper asistió entre la incredulidad y el resquemor, al discurso de un charlatán narcisista o en el peor de los escenarios, ante la confesión de un verdadero psicópata. En ninguno de los dos casos, iba a ser partícipe de seguirle alimentando un juego que ya había alcanzado el punto de no retorno y del que, estaba dispuesto a ponerle el deseado punto y final. Pero una vez más, inadvirtió en la importancia de prestar atención a los pequeños detalles, aquellos que según su difunto hermano, marcaban la diferencia entre estar vivo o muerto. Aunque quizás, no fuera el más ejemplarizante para dar dicho consejo, viendo los resultados.

—¿Te veo algo desentrenado en el proceder de tus quehaceres… o es que mi trágica historia te ha conmovido? Indiferentemente a la conclusión que obtengas… ¿Ya estás seguro que son mis muñecas lo que estás sosteniendo con tanto ímpetu? —murmuró el inquilino sin nombre, desafiando a su adversario con la arrogancia y sarcasmo que le caracterizaba. Aunque este, fuera el capo de una familia criminal con un historial de sangre a sus espaldas como ninguna otra de sus víctimas, había tenido. Tampoco pareció importarle.

Jasper reaccionó muy tarde cuando reparó en que sus puños se cerraban alrededor de un artilugio mecánico, probablemente los que impulsaban aquellos mortíferos proyectiles. Los brazos del susodicho se liberaron de la presión que había estado ejerciendo y con ella, la figura que se cernía sobre él, se evaporó delante de sus narices desprendiéndose de sus ropajes y de la venda que le cubría el rostro. El menor de los males radicaba en que, con aquel movimiento, acababa de dejar estériles sus primitivas amenazas. Grave error. Dos tremendos pinchazos a la altura de sus hombros, le hicieron estremecer en un grito áspero y prolongado cual lamento de un animal herido de muerte. Jasper habría sido ensartado enteramente por aquellos pinchos una vez desprendidos los artilugios que las impulsaban que, ahora lucían en las diestras manos de aquel matarife como guadañas, de no haber sido porque sus palmas obstaculizaron el daño real del impacto. Poco a poco, Jasper fue desencajándose aquellos alfileres de su carne a la vez que un reguero de sangre explicaba su historia. Jamás había visto salir tanta sangre de su organismo, acostumbrada a verla brotar de otros cuerpos que no fueran el suyo, motivo de más para demostrar que estaba hecho de una pasta diferente a la del resto.

El sonido de aquel engranaje diabólico, volvió a resonar en las entrañas de aquella edificación como ecos lejanos de lo que un día llegó a representar y con ello, las verjas que antes bloqueaban el acceso a otras estancias y habitaciones, ahora lucían al descubierto. Parecía una invitación en toda regla a una trampa guiada… Aunque, no contaban con que Jasper caería en su propia trampa deliberadamente como todo animal acorralado se presupone que haría. No lo sabían.

REVELACIONES

No era una casualidad que Joana acabara en aquel lugar. Durante su huida por asesinato, tejió un sofisticado entramado cuyo cometido debía ser el de atraer a sus presas, para ser devoradas en su propio festín con la connivencia explícita de las mismas. Estudió miles de formas a llevarlo acabo, mientras se aseguraba dejar un mínimo rastro que, les condujera a su paradero pero nunca, lo suficientemente cerca. Su peligroso periplo de constantes idas y venidas, cambios de aspecto y de empleo, resultaron del todo infructuosos en sus comienzos, hasta que dio con el lugar adecuado o mejor dicho, el lugar dio con la persona apropiada. Le hablaron de una vacante de un hotel en las afueras que, estaba apunto de cerrar las puertas definitivamente. Los motivos: Ningún empleado permanecía más de una semana antes de advertir una presencia que merodeaba por las habitaciones observando fijamente a sus huéspedes, amparado en la penumbra, inmóvil y con ojos que se asemejaban más a cuencas vacías que a globos oculares. Despavoridos, muchos lograron huir con lo puesto habiendo pagado su estancia varios días por adelantado, mientras los trabajadores renunciaban a sus puestos alegando que eran objeto de agresiones durante sus rondas o en el peor de los posibles, despertaban con heridas punzantes o abrasiones en todo su cuerpo. Joana vio en aquel lugar, el perfecto complemento para cometer su plan y convertirlo en una jaula humana para sus perseguidores, aunque ignoraba cuánta veracidad conformaban aquellas historias que la habían hecho justa merecedora de su reputación. Hasta hoy.

Muchos interrogantes asaltaban la mente de Joana, pero ninguno le inquietaba tanto, como la extraña revelación que momentos previos a emprender aquella matanza, le había sido manifestada al oído por aquel ambiguo personaje que se erigía tanto en salvador como en su verdugo, sin que por ello fuera a tener la más mínima repercusión en el sentido de la moralidad de alguien indiferente a cualquier emoción humana. Aunque tampoco las necesitaba, afortunadamente para ella.

—Pase lo que pase, quiero a ese malnacido doblegado ante mí suplicándome que le dispare un tiro en la cabeza. Así que no interfieras… o lo próximo que haré será quemar tu patio de recreo con todos tus juguetitos dentro y según tengo entendido, a los narcisistas patológicos os gusta que se os recuerde por vuestras hazañas. ¿No es así? —amenazó despiadadamente Joana al inquilino al cual jamás vio hospedarse. Por fortuna para ella.

Joana sabía exactamente cómo manejar las situaciones difíciles, pero su extraña asociación con tan inestable individuo, era el equiparable a jugar a la ruleta rusa ella sola con el añadido de que ambos, estaban sirviendo a los intereses del otro, porque a su manera de entender ella estaba proporcionándole más víctimas y cuando estas se acabaran, todo le explotaría en la cara. La colaboración, tenía fecha de caducidad.

Jasper se adentró en las mismísimas fauces del dragón, o eso le pareció estar presenciando, cuando un vendaval de imágenes sobrecogedoras, inundaron su cabeza de ideas jamás concebidas. En efecto, no era la estancia, sino los cuadros que colgaban de sus paredes los que parecían exhalar el mismo aire que él inhalaba, mientras contaban una historia sin palabras. Exactamente la de una madre que era obligada a abandonar a su hijo y la ira de este, hacia el mundo que se la quitó. Jasper se imaginó por un momento a sí mismo, protagonista de esa trágica historia para justificar el porqué de su violenta naturaleza, como si todo pudiera reducirse a un momento concreto de su infancia para obtener su tan merecida redención. Pero no, en lugar de ello, comprendió que existían diferentes tipos de maldad y la suya, no era sino una más de las muchas, que había albergado aquel lugar originariamente destinado a tratar al mismo tipo de sujetos que paradójicamente, ahora le perseguían… a lo que no pudo reprimir una mueca de resignación seguida de un estallido de risa, cuando sopesó la idea de que quizás, los responsables que llevaron aquel hospital en el pasado, no desempeñaron una gran labor al permitir que las generaciones venideras de internos otrora allá confinados, se pasearan libremente por aquel lugar como un parque de atracciones destinado a familias criminales. Aquella delirante idea, producto quizás de la masiva hemorragia o de la malsana fascinación por aquellos lienzos, le distrajo de su principal obligación en aquellos momentos, que era la de mantenerse con vida.

—Es la segunda vez que una viuda encañona por la espalda a uno de los mayores sanguinarios en activo. Cualquiera diría que tus días de gloria, llegaron a su merecido y justo final —espetó Joana, mientras sorprendía por la espalda a su mayor amenaza.

—Puede… En cualquier caso debería agradecerle personalmente al artífice de esta obra y no a ti, por hacerme rememorar esa emoción de cuando uno está apunto de morir… ¡¡Jamás me he sentido tan vivo como lo estoy ahora!! Y todo, gracias a ti, en cierta manera —exclamó

Jasper, a la vez que la adrenalina corría por sus venas.

—Siento interrumpir este clima de éxtasis… pero quien va a redecorar esta habitación con tus sesos, voy a ser yo para decepción tuya. No obstante, a nadie le importará una mierda quién haya apretado el gatillo, cuando exhiban una réplica tuya en el museo de los horrores junto a otras celebridades de tu profesión —respondió Joana jocosamente, contagiándose del macabro sentido del humor de su compañero.

—Ahora entiendo qué virtudes pudo ver mi hermano cuando se casó contigo. Las mismas, que le han llevado compartir el sepulcro familiar a la edad, en que debería estar criando su hijo junto a una esposa que le adorase. Ni siquiera te preguntaré los motivos que te impulsaron a tomar tan drástica decisión, ni me importan, solo vine hasta aquí con una sola meta y la pienso hacer realidad. ¿De verdad creías que no tendría un plan alternativo por si todo lo demás fallaba? —sentenció Jasper, más seguro de sí mismo como nunca antes lo había estado.

Joana oyó unos pasos firmes acercarse detrás suyo. Por un momento creyó leer en ellos la figura que hasta ahora le había acompañado en su particular descenso a los infiernos, y que a juzgar por lo visto, no le había ido tan mal como hubiera pronosticado. Pero no, no era él. Las palabras de Jasper tomaron forma en la presencia mastodóntica de un hombre cuya envergadura, alcanzaría los 2 m casi de estatura y unidas a su musculosa complexión, le hizo temer el peor de los presagios. El carnicero existía.

Joana, trató de erradicar al mayor de sus problemas, con una ráfaga disparos que fueron desviados con suma facilidad cuando el gigante le sujetó el arma, una miniatura en sus manos, y acto y seguido la agarraba con su otra palma cerrándola alrededor de su garganta, mientras hacía que sus 55 kilos de peso, flotaran en el aire durante unos instantes antes que dicha bestia, la arrojara contra una falsa pared que la enviaría a la estancia contigua en la que se hallaban. Al parecer, las historias sobre el torturador predilecto de su difunto esposo, no solo eran ciertas, sino que se le antojaban ridículas en comparación a la veracidad de los hechos.

—¡Vaya! La noche está llena de sorpresas… ¿Qué más nos deparará “esta”? —vociferó un Jasper eufórico, olvidándose de la gravedad que revestían sus heridas.

—Fue un error tuyo el permitir que tu amigo el rarito se marchara sin terminar el trabajo… probablemente tu vanidad hizo el resto… Aunque por otra parte, quizás haya optado por la opción más inteligente y sensata al dejarte. Porque seamos sinceros… ¿Quién en su sano juicio permanecería en la misma estancia con este monstruo de carne y hueso? Sin ofender —alegó Jasper, jactándose de su primera victoria.

Jasper no pudo eludir una grotesca carcajada al final de su intervención, pero su tono preponderante de superioridad y de pleitesía, pronto cambiaría a otro de estupefacción y catarsis, que en nada se asemejaba a lo que estaba acostumbrado a experimentar.

—Jefe… Usted no dijo nada acerca de otros cuerpos… Si quiere a un equipo de limpieza, el precio ya no será el mismo que antes —dijo aquella bestia imponente que para para mayor sorpresa de Jasper, había sido testigo de un hallazgo impactante ante sus propios ojos.

El regocijo de Joana fue tal, que su risas pudieron oírse en el exterior del edificio aunque nadie, hubiera adivinado el origen de los mismos. Tampoco necesitó una imagen gráfica de lo que el carnicero, sí fue testigo. Se imaginó a otro par de parejas esculpidas en cera u a otra banda mafiosa colgada en ganchos y debidamente catalogadas para exhibir al público. Esta ultima idea, le hizo reír aún más.

—¡¿Pero adónde nos trajiste, zorra?! —clamaba un Jasper exasperado e ido de sí mismo, entretanto el contorno de una figura retorcidamente familiar, se dibujaba a sus espaldas atrapada por el magnetismo que desprendían aquellas pinturas anónimas.

—¿Sabías que todos y cada uno de los cuadros tienen una historia que contarnos? Son como una ventana a otro mundo, tal como diría mi madre —intervino el misterioso inquilino que había formado pareja con Joana, hipnotizado por todas aquellas pinturas.

Los peores temores de Jasper se habían vuelto a confirmar. La presencia allá varada en tierra de nadie irrumpiendo en lo que él denominaría amablemente “saldo de una deuda personal”, se estaba convirtiendo en el hobby favorito de aquel personaje, surgido más

bien de la mejor hornada de películas de psicópatas que llenaron los cines de los 70 y 80. Y lo que aún le resultaba más petulante, era aquel extraño vínculo que había forjado con su ex cuñada y actual objetivo a erradicar.

—¡Además de enfermo de remate y asesino sin escrúpulos, eres un artista! Vaya… haber empezado mostrándonos tu colección, si lo que querías era cerrar una venta en vez de eliminar a todos sus posibles ¡COMPRADORES! —explotó Jasper, al límite de sus posibilidades.

La nueva cita de Jasper le sorprendió a sí mismo. Quizás debería haber seguido los consejos de sus más allegados que descubrieron en él, una vena cómica sin igual. Pero pronto ese potencial para hacer estallar en carcajadas a los demás, fue engullido por un personaje oscuro cuya única ambición, era continuar el legado familiar. “Menos divertido pero más fructífero”, pensó, antes de hacer una señal al carnicero, que captó de inmediato su significado. Su blanco había cambiado, ya no era Joana. Sino el humorista frustrado.

—¡Te dije que te mantuvieras al margen, este asunto no te concierne a ti! —le recriminó airadamente Joana, que se reincorporaba de la aparatosa caída sufrida mientras regresaba a la estancia principal donde su peor enemigo, aguardaba expectante su llegada.

—Y así ha sido… Me dijiste que el amargado con cara inexpresiva, era tuyo, pero no me especificaste nada acerca del resto de payasos de su compañía que le acompañaban para dar más vida a su espectáculo… Además, no me gustan las peleas desiguales… ¿Dos hombres para matar a una pobre viuda? Podría haberlo hecho yo solo… de no haber sido, por el ruido de vuestras armas rompiendo la armonía y el clímax de ese momento tan mágico que ninguno de vosotros, jamás llegará a comprender porque sois unos iconoclastas del arte. Y ahora… solo me resarce limpiar todo vuestro desastre exhibiendo una nueva y, revolucionaria técnica para plasmar todos mis demonios interiores. ¿Sabéis cómo supero el famoso bloqueo de artista? —preguntó de forma retórica el compañero de ballet de Joana, sin que nadie de los allá presentes, albergara dudas de a qué se estará refiriendo.

El carnicero fue directo como un obús hacia su nuevo objetivo ante la impasividad de aquellas palabras a las que Jasper sin embargo, no podía dar crédito alguno. El titán lo agarró como hiciera con Joana, y

lo proyectó por los aires contra uno de las muros de la habitación justo debajo del lienzo más perturbador de los allí expuestos.

—De haber sabido que vendrías a recibirme, no te hubiera hecho subir tantos escalones. Supongo que para una persona de tus dimensiones, supondrá un tremendo esfuerzo físico el llegar hasta esta planta… Y solo hay que ver lo que has tardado en entrar en escena desde que entraron tus compañeros a balazos. Por cierto, siempre me imaginé de pequeño cómo pasaría por una puerta estrecha un gigante como tú, es algo que uno necesita ver por más que se lo expliquen —incidió sarcásticamente aquel oscuro personaje, cuyo afán por burlarse del prójimo, solo era equiparable a su inigualable talento para extirpar vidas.

El coloso impactó un fuerte derechazo en la cara del siniestro, y ahora charlatán, cómplice de Joana sin que por ello, le borrara la sonrisa de la que hacía gala.

—Supongo que por el camino, te habrás topado con un cuerpo sin cabeza y también con un joven con el rostro irreconocible… Espero que tengáis alguna foto de ellos para que la gente tenga bien claro al entierro de quién de los dos ha asistido. Además, alguien tendría que encargarse de cerrar sus cuentas en la redes sociales antes que sus miles de amigos, se percaten de que ya no cuelgan estúpidas fotos que a nadie le importan. Yo sin embargo, me permití el lujo de etiquetarlos a ambos en mi última publicación. ¿Sabéis lo difícil que es promover el turismo en un hotel con tan mala reputación? —incidió nuevamente, como si disfrutara de todo aquel espectáculo dantesco que había creado a su alrededor.

El carnicero, encadenó una sucesión de múltiples golpes que hubieran aterrorizado al púgil más osado que hubiera atrevido a medirse con el susodicho. No obstante, no era este el caso de su particular oponente, pues en su semblante, parecía disfrutar él más de la brutal paliza que estaba recibiendo, que quien se la estaba propinando.

—Parece que a tu amiguito le quedan pocos segundos de vida antes que, lo termine despedazando como a un muñeco de trapo. Es su sello personal. Ahora comprobarás el porqué de su apodo, es un privilegio que te concedo. Y luego, será tu turno. Pero no tendrás tanta suerte como él. En su lugar te espera una agonía inimaginable que habrá

valido la pena toda esta espera. Créeme que tengo un lugar reservado para que pases el resto de tus días aislada y sin poder moverte. Lo vamos a disfrutar juntos pero de distinta manera, querida —amenazó Jasper, que se preparaba para su última función en aquel espectáculo de variedades en el que se había convertido aquel hotel.

Joana, lejos de palidecer ante sus amenazas, volvió a explotar de risa ante la enésima muestra de irreverencia hacia el que debía ser su verdugo. Y no era para menos, pues la satisfacción iba a ser esta vez, doble. Había observado aquella mirada implacable en su particular compañero, posarse sobre ella en una ocasión anterior y esta vez, el destinatario iba a sufrir un destino para el que ningún ser humano, estaba preparado.

Cuando al fin el carnicero se hartó de masacrar con sus puños a su sparring ocasional, lo aupó como si sostuviera a una diminuta bailarina, y lo obligó a tenerse en pie a duras penas mientras este, lograba mantenerse derecho conscientemente sobre sí mismo.

—¿Ya no hablas tanto como al principio, eh? Supongo que escupes tanta sangre, que ni siquiera puedes articular el sonido apropiado sin atragantarte antes de que tus carcajadas, te ahoguen. De todos modos, ya me he cansado de jugar con un saco de boxeo que no devuelve ningún golpe, así que daré por terminado el recreo. Porque eso es lo que era. Ahora verás lo que es emplearse a fondo y con dedicación —dijo el carnicero a su supuesta víctima, antes de rematarla.

—¿Te… te has fijado en el pequeño detalle del cuadro que tienes delante? —le interrumpió sin apenas fuerza el inquilino, cuya sonrisa nunca había dejado de mostrar a su público.

—¿Por qué me iba a fijar en el delirio de un estúpido que, muestra la cabeza de una mujer tragándose a un niño asustado o… lo que quiera que represente eso? No trates de ganar tiempo, no te servirá… —respondió tajantemente el carnicero.

—Esa mujer es mi madre. ¿Sabes lo que es una metáfora? Entonces debería advertirte que en toda esta partida, has representado al niño asustado. ¿Adivinas quién te va a devorar? —De nuevo aquella mirada implacable hizo un guiño cómplice a Joana. En efecto, iba a volver a matar.

—¿Pero qué diablos me estás…?

Aquel titán de enorme envergadura, sintió un escalofrío indescriptible cuando aquel extraño que hasta el momento daba síntomas de flaqueza física y mental, levantó su cabeza y reparó en que los ojos de la mujer del óleo y los del desconocido al que había sometido a una brutal paliza, eran idénticos. Dos abismos insondables donde la barbarie y la sinrazón, habían hallado el coto de caza ideal para habitar entre nosotros. El carnicero trató de desviar sus pensamientos atajando el asunto con un golpe de gracia que, pondría punto y final a sus terrores. Craso error. Cuando impulsó su brazo derecho para coger fuerza, un sonido metálico casi inaudible, chirrió durante unas milésimas de segundo. Las suficientes para que un halo blanco, atravesara su extremidad con un destello.

— Aún no eres consciente, pero acabo de amputarte un miembro por la mitad. Perecerás un dolor inmenso en pocos segundos eso si no te desmayas primero, aunque espero que me ahorres ese trámite. ¿Ya sabes que estas hojas, son un legado que han ido pasando de generación en generación hasta llegar hasta mí? Este acero no es un metal cualquiera, puede perforar cualquier cosa que se proponga, pero admito que estoy sorprendido de los resultados cuando se trata de desmenuzar carne humana. ¿Estarás de acuerdo conmigo, supongo? — añadió “tajantemente” aquel ser sin empatía, cuyas facciones no representaban la edad real que tenía.

La escena era singularmente dantesca con algún tinte vodevil, que le recordó alguna que otra muerte pasada especialmente violenta, pero ninguna tan placentera como aquella particularmente. Memorizaba todos y cada unos de los morbosos detalles que componían sus ejecuciones, y se encargaba de no repetirlos mientras se cuestionaba si alguien sería capaz de comprender lo que significaban para él aquellos escasos, pero precisos momentos en los que se apagaba una vida para dar sentido a otra, la suya. “¿Existía respuesta a tamaña pregunta?”. Aquella cuestión era algo que rondaría eternamente en su cabeza sin que nadie, le diera una repuesta para ello. O puede que alguien sí pudiera dársela y simplemente, no había hecho la pregunta correcta. Quién sabía.

—Quizás este sea el momento en que pusiera en práctica algunas habilidades que he ido perfeccionando y que, serían de incalculable valor para avanzar en mi estudio sobre el límite de la extenuación

humana o dicho en otras palabras, “hasta cuánto sufrimiento es capaz de soportar un cuerpo antes de desfallecer”, ¿Te animas? —se jactó por enésima vez aquel narcisista patológico, mientras sus carcajadas inundaron toda la estancia y los personajes de los cuadros, le acompañaron en la ovación. Aunque esto último, solo sucedió en su desdichada imaginación.

El otro carnicero, el que no respondía por nada ni ante nadie, se paseó apaciblemente por la habitación, entretanto intercambiaba desafiantes miradas con los allá presentes que todavía persistían en pie, aunque a tenor de los acontecimientos no era muy probable que esa condición de inmunidad, fuera a prolongarse demasiado más. Así lo quiso entender Joana, antes de jactarse en que el ritual de su camarada y aliado incondicional, estaba por concluir tras horadar innumerable cantidad de veces el cuerpo del gigante. Tantas, que pareció estar presenciando el mismo fragmento de cinta una y otra vez. La misma cantidad de veces en las que se veía a sí misma asesinando a su marido con un hilo de pesca.

—Por imposible que parezca, no le he rozado ni un órgano suyo durante la intervención así que… Podríamos deducir que el sujeto en cuestión, se encontraba en perfecto estado… y sí, digo encontraba, porque por razones obvias, este grandullón ha sufrido un importante descenso en su calidad de vida. Sin embargo tú… ¿Qué voy hacer contigo? Hice una promesa y muy a mi pesar… he de cumplirla, aunque hay un último detalle que me gustaría aclararte —añadió el maquiavélico huésped, enigmático.

Aquel mensaje que hasta ahora solo había sido dirigido a un solo receptor, cambió súbitamente de destinatario y encontró en la mirada de Joana al remitente adecuado.

—¡¡Sé libre de tu propio destino!! —le gritó el sádico inquilino que habitaba en cada habitación no solo ya del hotel, sin de su propia mente y que de alguna extraña y enfermiza manera a la que no podía crédito, había cambiado el curso de su vida radicalmente.

Aquella última frase liberó algo que hasta entonces, había permanecido en un sempiterno letargo dentro de su inconsciente. Algo despertó en el interior de Joana, que le permitió enterrar sus dedos cual dagas en las heridas de su enemigo con una furia inusitada. En

efecto, Jasper no la vio venir, pero resistió el primer envite con un inapelable cabezazo que le dejó medio aturdida y en el suelo. Jasper puso sus manos sobre su cuello y apretó con toda la fuerza que pudo mientras que Joana, seguía agrandando aún más los orificios de sus heridas. Pero la presión que ejercía en su tráquea ya fue demasiado para ella, así que cambió de estrategia y trató de hundirle los ojos, acción que tuvo una respuesta inmediata en forma de varios puñetazos repartidos entre el esternón y su rostro, quebrándola aún más si cabía, con el lado positivo de que por unos instantes podría exhalar aire e inhalarlo, aunque no resistiría mucho más cuando volvió a la carga empecinado en dejarla sin respiración. Joana atisbó su fin y con él, rompería la promesa de volver a reunirse con la persona más preciada que existía en su vida. Su hijo.

—Cuanto antes aceptes lo que eres, antes abrazarás tu propia naturaleza, ¡ellos no pueden entender lo que somos! —gritó aquel psicópata de las cuchillas, como si supiera algo que ella misma desconocía de su persona.

Cuando aquel personaje sin nombre y sin pasado se agachó y puso su cara sobre la suya para esgrimirle aquel grito de furia, el mismo que estuvo a punto de partirla en dos en un mostrador; y citó aquellas palabras arengándola, el semblante de Joana adoptó la forma del monstruo que había estado ocultando al mundo exterior y, también de sí misma. De pronto su miedo se convirtió en adrenalina, y sus dientes en cuchillos que trocearían la carne humana sin aprehensión alguna. Así lo llevo a la práctica, cuando hundió los susodichos en la yugular del no ya su enemigo, sino su presa. La sangre salía a presión por una de las arterias y Jasper ya a las acaballas de su muerte, golpeó aún con más ahínco el rostro de Joana contra el suelo hasta que, lograra desencajar la dentadura de su pescuezo, pero ya era demasiado tarde. Joana utilizó su propio peso para colocarse justo encima de un Jasper moribundo y temeroso por vez primera, y su instinto animal hizo el resto. Introdujo su brazo por el orificio que había ensanchado hasta palpitar su corazón y arrancárselo. No sin ciertas dificultades. No como sucedía en las películas.

—Al sitio al que vas a ir, no te hará falta —apostilló Joana, mientras aplastaba el órgano que había extraído de una pisada mientras el cuerpo sin corazón de Jasper, aún seguía moviéndose sin comprender qué había ocurrido. Como el de un pez fuera del agua.

—Impresionante, aunque no sorprendido debo añadir —le replicó irónicamente el que había sido su sanguinario acompañante durante toda la intensa velada.

—¿Cómo supiste lo que era? —contestó Joana, que a duras penas podía ponerse en pie sin que le crujiera todo el cuerpo en el intento.

—Mis primeras impresiones jamás fallan. Aunque ensuciarte la ropa con sangre de otros, nunca ha sido tu estilo, supongo. Todo es acostumbrarse —añadió medio sonrojado aquel asesino sin emociones.

—¿Viste la cara de expresión de Jasper cuando te acercaste a mí? Creyó que lo ibas a ensartar de nuevo. Pobre desgraciado. Más le hubiera valido de esa forma. - Aseveró Joana, sin que nada de lo sucedido, pareciera preocuparla lo más mínimo.

—Momentos como ese, hacen que todo lo demás merezca la pena. Pero volviendo al tema principal… ¿Sabes que no existe un “nosotros“ después de esto, no? —ratificó aquel psicópata, borrando su sonrisa de un esbozo.

—Lo sé, créeme. Y puedo entender que no podamos tener relaciones afectivas con nadie, por miedo a que nos expongan más de lo que lo hacemos nosotros —confesó Joana, mostrando una verdad implacable que había mantenido oculta en su subconsciente.

—Casi toda mi existencia en busca de alguien como yo y, cuando aparece, tengo que matar a esa persona. Parece una broma de mal gusto. A mi favor, diré que jugaré limpio y no guardaré ningún “as” bajo mi manga. – Afirmó aquel siniestro personaje, asomando la punta de sus cuchillas.

—No te hará falta —le espetó Joana a su diabólico socio, a la par que desenfundaba una segunda pistola de su tobillo.

—Siempre la tuviste y no recurriste a ella. Chica lista, al menos moriré

con todas las respuestas a las que ni siquiera, era capaz de encontrar la debida pregunta —replicó curioso, a la par que extrañado quien debiera haberla matado nada más verla entrar por la puerta principal de aquel hotel.

—Esta pistola no es para ti. Hace una semanas saltó la noticia de unos atracadores que tomaron de rehenes a todo un banco. Y un día más tarde, aparecieron en las inmediaciones de un lago junto a una cabaña, los cadáveres de las víctimas y también los de sus respectivos captores. Todos, menos el de una joven que también fue capturada y nunca ha sido encontrada. Mi punto, es que existen más personas como nosotros de las que en realidad creemos. Quizás, tu destino sea encontrar a esa joven —reveló Joana, haciendo participe a su compañero de un secreto abominable.

—Creo que es una historia muy bonita la que has relatado, pero sigo sin entender para qué llevas un arma si no vas a dispararme.

—En uno de mis bolsillos, hallarás la dirección de una conocida mía que está cuidando a mi hijo. La familia de Jasper querrá llevárselo, pero mi gran preocupación es que lo protejas de gente como nosotros. En la que me incluyo yo, por eso no puedo ser una madre para él sin representar una amenaza al mismo tiempo. Y por favor, contente en matar a mi amiga, estoy segura que podrás hacerlo —bromeó Joana, sin que su inseparable amigo, mostrara intención alguna de que aquello le hiciera gracia alguna.

—¡Nada de lo que dices tiene sentido! ¿Quieres calmarte y explicármelo todo sin alterarte? Si esta es una de tus bromas, he de reconocer que es hasta de mal gusto incluso para alguien con mi paladar… —exclamó contrariado, sin que Joana cambiara su percepción de las cosas.

—Ojalá lo fuera, pero este es el mejor final de todos los posibles. ¡Prométeme que yo seré tu última víctima! —le dijo Joana por vez primera, no sin lágrimas en los ojos.

—¿Cómo última? —respondió exasperante aquel asesino de sangre fría, sin comprender el alcance de las palabras de su socia. O quizás muy en fondo, sí lo conocía.

—¡Prométemelo maldita sea! —dijo Joana en un mar de lágrimas, rogándole por algo que estaba más allá de la propia comprensión humana.

—Lo prometo —respondió tajantemente, desconcertado ante la histeria que parecía haberse apoderado de su compañera provisional, quién sabe si por el cúmulo de sensaciones juntas que había vivido aquella noche.

—Sé que lo harás. Además, te estaré vigilando. Que lo sepas, ¿Eh? Cambiando de tema… ¿Crees que nuestro amigo el gigante aún seguirá con vida?

Solo fue una distracción para que no se le quedará marcado en la retina el instante, en que Joana decidió poner fin a su historia. Sintió lástima por ella y también por la razón por la que lo había llevado a cabo. De repente, una extraña sensación le fue invadiendo poco a poco. Desconocía de qué se trataba, aunque recordaba haber visto esa emoción reflejada en otros, sin llegar jamás a entender la magnitud de su significado. Estaba llorando. Inexplicablemente, Joana había humanizado a un monstruo y, lo que era más incomprensible, es que había descubierto su naturaleza asesinando a la única persona que había amado, simplemente porque no soportó verse reflejada así misma en aquel hombre con el que se había casado. Y su estancia en el hotel, le confirmó sus peores temores.

Abatido, el huésped de aquel hotel cuyo nombre permanecía en el anonimato, cayó de rodillas y escuchó cómo una voz femenina, le hacía una última pregunta acercando sus labios a los suyos y sintiendo su tacto en la cara, a lo que respondió sin atreverse a mirar el rostro fantasmal de quien lo había convertido en una nueva persona.

—Mi nombre es Alex, pero puedes llamarme como quieras, Joana — respondió temeroso el único inquilino de aquel lugar que permanecía con vida, cuyo nombre jamás había revelado a nadie. A nadie, excepto a un fantasma.

—ENCANTADA AL FIN DE CONOCERTE, ALEX. YA PUEDES ABRIR LOS OJOS, NO VOY A COMERTE.

Cuando Alex sintió aquel rumor posarse sobre sus hombros, y oyó su nombre en voz alta por vez primera desde que habitaba en aquel lugar dejado del infierno, donde sus propios demonios recorrerían cada uno de los pasillos que lo conformaban hasta el final de sus días; el misterioso inquilino cuya identidad había sido desvelada, recordó algo que había olvidado por completo desde pequeño. No solo era la promesa que le hizo a Joana antes que apretara el gatillo contra sí misma. Era algo mucho más profundo que eso. Alex sintió la necesidad de abandonar su hotel y emprender aquel viaje hacia lo desconocido. No sabía qué nombre poner a la sensación que le invadía en todo su cuerpo ni cómo afrontarla, pero estaba a punto de comprobar qué le deparaba el mundo exterior. El mismo que odiaba desde pequeño. Se preguntó si aquel odio sería mutuo y a continuación, se secó las lágrimas que sus ojos habían vertido sobre aquel suelo en el que tanta sangre, había derramado. No había rastro de Joana, muy a su pesar, pero aquello no lo desanimó en absoluto.

Sabía que lo estaba observando.

—Es hora de que renuncie a este lugar y descubra quién soy. No solo soy un asesino. Soy alguien a quien le ha sido encomendado una misión. Y créeme, madre. No te voy a decepcionar —clamó Alex, mirando fijamente a aquel retrato diabólico de su progenitora, mientras desplegaba por última vez sus dos cuchillas de acero ante ella y, le rendía todos sus honores. No se le daban bien las despedidas, pero cuando todos los inquilinos que perecieron en su hotel, le ovacionaron unánimemente en su propia fiesta de partida, no pudo contener que las lágrimas, se le volvieran a saltar nuevamente de sus ojos.

EPÍLOGO

Un crimen atroz y sin justificación posible, sacude los cimientos y la buena reputación de una población tranquila y sin historial de violencia, interrumpiendo décadas de armonía a causa de un acto de una maldad sin fin. El responsable o los responsables de dicho atentado, no conocen ni tienen ninguna conexión alguna con El hotel donde Joana, ha sacrificado su vida por una causa aún mayor que esta. Sin embargo, las casualidades harán que un extraño personaje, se sienta irremediablemente atraído por todos estos grotescos acontecimientos, cual imán atraído por un magnetismo diabólico. Uno, donde la muerte, será la menor de las preocupaciones.

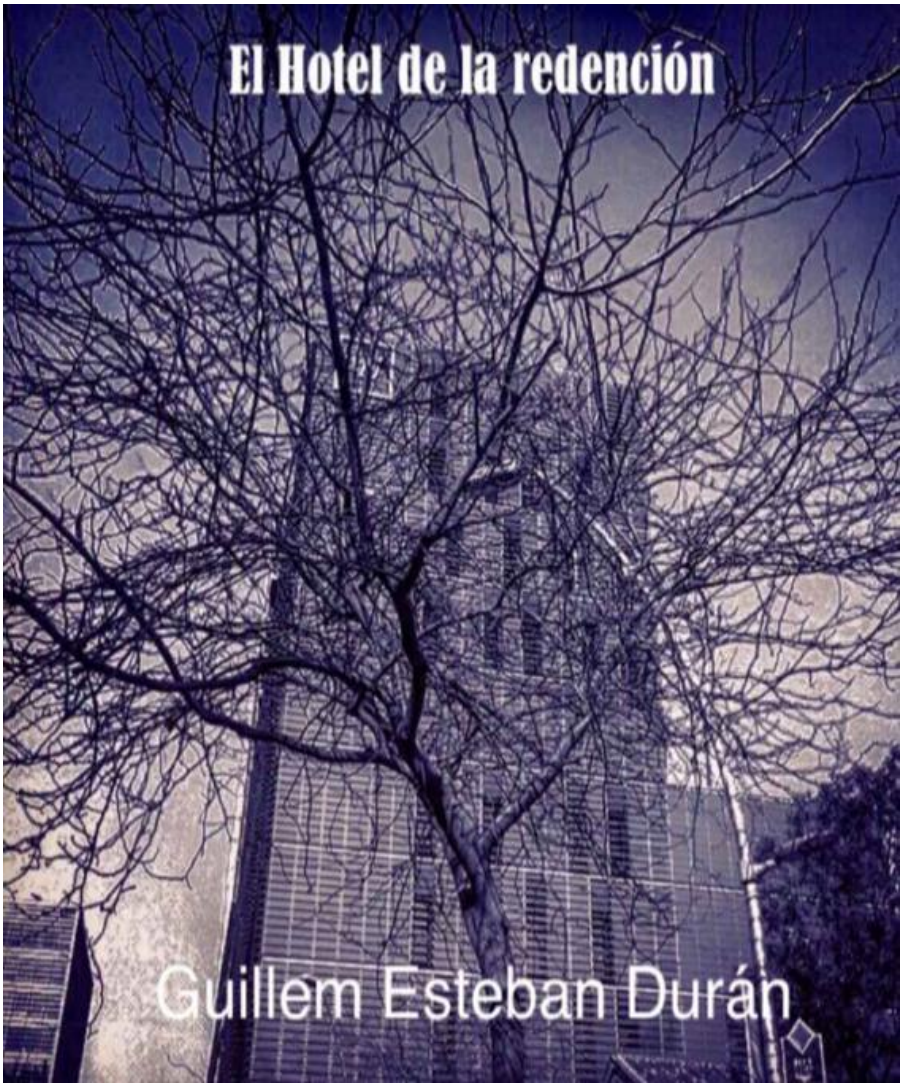
CONTINUARÁ EN EL TIEMPO DETENIDO…

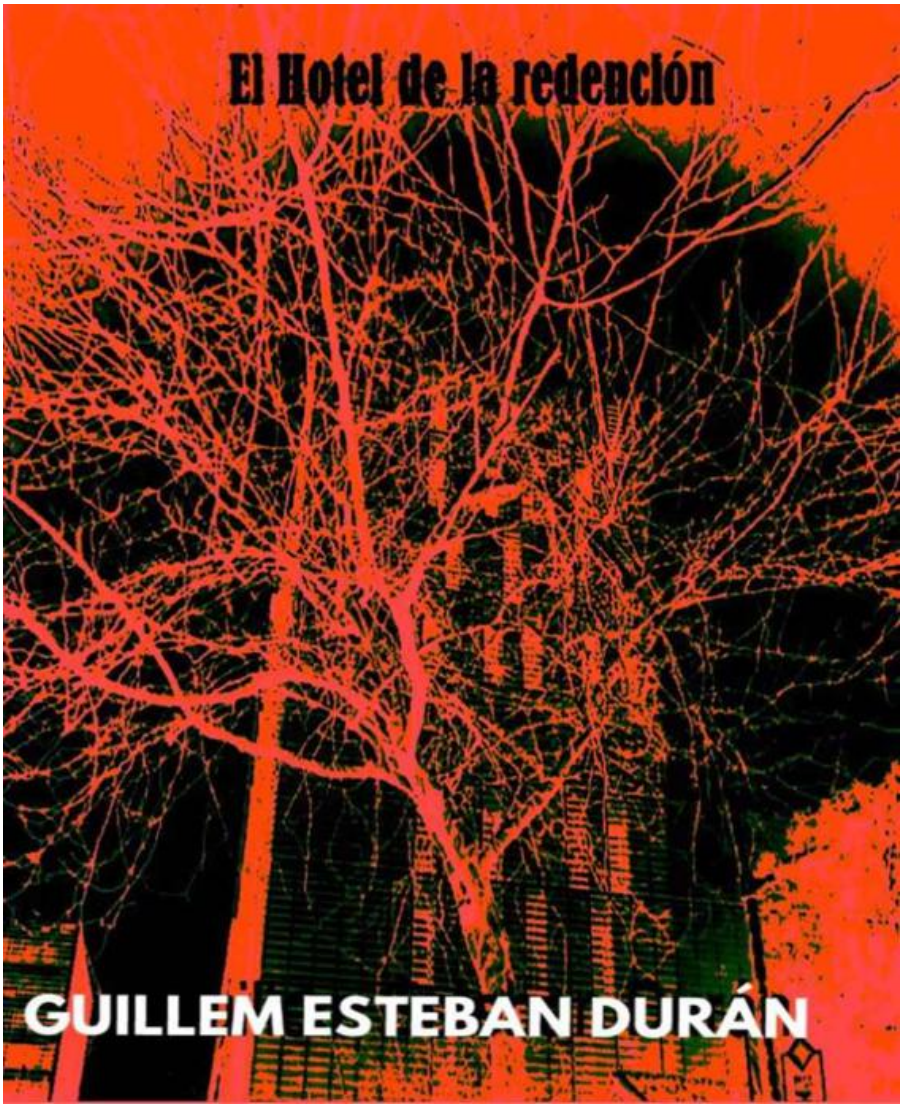
BIOGRAFÍA DE UN ALMA ATORMENTADA

Guillem Esteban Durán, nacido en Barcelona, 1987. Recientemente ha autopublicado la Saga de terror Los Condenados dividida en cinco partes (El legado de Esther, El Hotel de la redención, El tiempo detenido, Dos mundos y El vals del infierno) y, ha empezado otra saga, La espiral del miedo (La mujer sin forma, El asesino de las mil caras, El funeral de los vivos, La casa de los recuerdos olvidados y una última parte aún no publicada que será el broche final a una historia que lleva en mí desde los dieciocho años, El fuego que consume). También ha escrito otras obras individuales que contienen constantes guiños a otros títulos. Uróboros, La escalera de corazones, J. Rider Detective Paranormal y su homónima La novela sin fin, El devorador de mundos, El mejor amigo del hombre, No se lo cuentes a tu vecino además de dos libros antología titulados Micro relatos de lo intangible y Los engranajes de la muerte, con más de una quincena de relatos de terror y ciencia ficción, son solo algunos de los ejemplos.

También a destacar mi participación en el libro "7 pecados. Antología de relatos" y en "Mitogénesis. Antología de relatos" donde participo en varios fragmentos de los libros del sello de LdSangre Books (@letrasde.sangre).

facebook.com/guillemesteb/ @historias_guillem


El Hotel de la redención
Guillem Esteban Durán


El Hotel de la redención
GUILLEM ESTEBAN DURÁN

El Hotel de la redención
Guillem Esteban Durán
El legado de Esther
Guillem Esteban Durán
El tiempo detenido
GUILLEM ESTEBAN DURAN
Dos mundos
Guillem Esteban Durán
El vals del infierno

SAGA

Los Condenados

EL TIEMPO DETENIDO

EL TIEMPO DETENIDO

Los Condenados Número 3

“Margaret encontró aliados disfrazados para su causa”.

INTRODUCCIÓN

Se suponía que los hijos debían enterrar a sus padres y no al contrario. Aquella fue una de las máximas de Margaret durante el funeral de su hija Linda, que no solo le había costado la separación, sino el sentido a su propia existencia. ¿De qué servirían todas aquellas condolencias y expresiones de falso victimismo… acaso la traerían de vuelta?

MARGARET

Primero fue frustración e impotencia, luego resignación y humillación. Pero encontró la manera de aliviar ese dolor con una nueva emoción, ira. Todavía recordaba las palabras del agente Brad, encargado de llevar el caso, mientras le tomaba declaración.

—Señora, entiendo su consternación, pero no puede acusar a una panda de menores simplemente por unas sospechas infundadas… hemos revisado sus coartadas, y todo parece indicar que no estuvieron en el lugar de los hechos cuando sucedió —dijo el agente Brad, sin siquiera mirar a los ojos de quien tenía sentado enfrente. Ya lo había convertido en una malsana costumbre.

—¿Sus coartadas? ¡Querrá decir la que les han proporcionado sus padres! ¿De verdad se cree toda esa mierda? No es la primera vez que hacen una cosa así… pero sí la primera en la que llegan tan lejos —le gritó alterada Margaret al agente en cuestión, mientras este permanecía impasible a sus quejas sin llegarle nunca a mirar a la cara.

—Debo pedirle que se tranquilice... estamos investigando e interrogando a todas las personas implicadas, tan solo déjenos hacer nuestro trabajo. Además, no puede estigmatizar de por vida a esos críos por pasarse de la raya una vez… Todos hemos sido jóvenes y hemos cometido errores de los que luego nos hemos arrepentido... ellos ya aprendieron la lección con el juicio mediático a los que se les ha sometido —añadió Brad, deseando que aquella mujer afligida volviera a casa y, se cansara de regresar cada semana por una investigación en curso a la que pronto, se le daría carpetazo extraoficialmente.

—¿Error? ¿Usted le llama error abusar de una chica de 15 años y darle una paliza de muerte? —contextualizó Margaret, recordando los hechos tal y como habían sucedido.

—Bueno, la víctima dijo no reconocer el rostro de sus agresores tras retractarse de su primera declaración… ¿Quiere mi opinión? Seguro que salió de fiesta, bebió demasiado y luego se arrepintió de lo que hizo. Aquí suelen llegarnos muchas denuncias de ese tipo. Además los golpes que recibió... quién sabe qué lugares

frecuentaría... No le gustaría saberlo, créame —alegó Brad, en un discurso radical que no pudo contenerse.

—¿Usted se considera a sí mismo policía? ¡Usted es un chiste, todo este departamento lo es! —exclamó Margaret, atrayendo la mirada de todos los policías allá presentes.

—… señora, cálmense o tendré que arrestarla por alteración del orden... entiendo por lo que está pasando pero… —amenazó Brad, antes que pudiera terminar su alegato.

—¿TÚ lo entiendes? ¿Sabe qué…? me voy a tomar la libertad de tutearle. ¡Espero y deseo "agente" Brad, que el próximo dónut que injiera, se le atragante para deducir de nuestros impuestos a un incompetente como tú! —interrumpió Margaret, levantándose violentamente y lanzando la silla donde escuchó aquella sentencia en vida en la que sin duda sería, su última visita.

En efecto, las fuerzas del orden y ella nunca habían congeniado demasiado bien debido a su conflictiva adolescencia, pero aquello supuso la ruptura definitiva. Ni tan siquiera podía esperar algo de respeto no digamos ya, algo de justicia. Una palabra que le hacía gracia cuando la escuchaba en boca de todos, pero que estaba lejos de cumplirse en su caso, hasta el día que nos ocupa en la actualidad.

Margaret se había pasado desveladas las últimas noches hablándole a Linda a través de fotos antiguas que, desempolvó del álbum familiar y en ellas, descubrió mientras la veía crecer sonriente en sus diferentes etapas de vida, página a página como si fuera un desglose de su efímero paso por la tierra, que en realidad, su hija era feliz en el lugar donde se hallaba. Que se había mudado por temas personales y que había formado su propia familia, aunque la distancia que las separaba a ambas, era todavía un impedimento para que sus nietos la pudieran ir a visitar más a menudo. También le recordó haberle dicho que no llevara a cabo lo que estaba planeando. Pero ya era demasiado tarde para atender aquella petición. Pues en aquella realidad que había creado donde podía interactuar con su hija, Linda entre lágrimas le rogó que desistiera en su empeño, que los perdonara por lo que le habían hecho. A lo que Margaret le replicó:

—Hay ciertas responsabilidades que una madre debería tener hacia su hijos, y matar a los malnacidos que te arrebataron de mí, es una de ellas —autoproclamó Margaret, hablándole al fantasma de su hija.

Cerró el cuaderno abruptamente y la voz de Linda cesó de inmediato. Era lo mejor.

Su plan empezaría a tomar forma una vez terminada la ceremonia de despedida. Durante la misma, se mostró distante pero no en el sentido lógico que cabría esperar, sino en un terreno que los allí presentes, no podrían entender ni tampoco esperaba que lo hicieran.

Pero el ritual ya había comenzado. Regresó a su hogar tras un extenso y laborioso recital de pésames y demás parafernalias habituales que ella detestaba, pero de las que no podría escapar. Aunque esta vez, no abriría el álbum de fotos para auto compadecerse acompañada de una botella de vino que, la hiciera sentirse aún más miserable. No lo iba a permitir. Tenia un largo viaje por delante. Empacó lo necesario y se dirigió a la casa de sus abuelos, una cabaña en mitad del bosque donde veraneaba con su familia pero que en esta ocasión, la tradición no se repetiría por motivos lógicos. En su lugar, tendría cabida un encuentro de lo más inesperado.

EXTRAÑOS ALIADOS

Todo comenzó la madrugada anterior a emprender dicho viaje. Harta de ver cómo se especulaba en los medios sobre el anzuelo que habían mordido, y que no soltarían hasta que otra tragedia idéntica o de mayor calado ocurriera; Margaret decidió aislarse por completo del ruido exterior, y eso también incluía el dejar de responder a centenares de mensajes entrantes, muchos de los cuales ni siquiera habían visto a Linda desde que era una recién nacida. Entró en el dormitorio de su hija, y el tiempo se había detenido en aquella habitación como si todo siguiera igual. Se sentó en su escritorio, y encendió el ordenador para entrar en una de tantas páginas donde solía registrarse para chatear con gente desconocida, a la que supuso que les contaría sus problemas. Encontró fácilmente el nombre de usuaria en una nota pegada adjunta a la mesa, hecho que no le pareció del todo ético pero que le restó importancia ya nadie la podría juzgar. Al acceder al sitio no obstante, fue como un flujo de información masiva en la que gente anónima, intercambiaba sus pareceres sobre cuestiones diversas, y otras, simplemente decían obscenidades o hablaban de lo que habían comido ese mismo día. Entre la disparidad de temas que se trataban, uno le llamó especialmente la atención.

—¿Habéis visto lo de la pobre chica que han matado y…? Se dice que los responsables fueron los mismos menores que apalearon y abusaron supuestamente de aquella pareja… ¿Qué os parece?

—¿En serio vais a sacar ese tema otra vez? No os creíais nada de lo que digan, yo he conocido muchas chicas así que solo buscan problemas y van acusando a sus ex... está claro que no apoyo lo que les hicieron a ellas, pero…

—Qué falta de sensibilidad por tu parte el decir eso, está claro que aquí puede entrar cualquiera y decir las chorradas que crea oportuno sin que le expulsen de este chat. Pero lo que me parece una vergüenza, es que por ser menores no se les pueda tratar como adultos.

—¿Pero qué clase de ley es esa? Porque está claro que pensaban como adultos cuando lo llevaron a cabo, pero sin embargo, los pobrecitos aún eran menores y necesitan psicólogos para resolver su conflicto interno…

¿Sabes lo que les daría yo a esos…?

—Oh, por favor que alguien cambie este tema, que me estoy muriendo de aburrimiento... entré para pasar un buen rato… no para debatir con una feminista amargada que representa la voz de todas las víctimas de abuso, mientras se hace selfies y se considera la abanderada de una causa que no le pertenece. ¿Es que acaso solo hay víctimas del mismo género, o solo os interesan las mismas?

—Deberían reportarte por esa clase de comentarios, porque estoy seguro que fuera de aquí, no mantienes ese discurso de machito y retrógrado. De todas formas ya me iba, estoy malgastando tiempo de mi vida que jamás podré volver a recuperar. Es una lástima que nadie más se uniera al debate para exponer su punto de vista, sobre todo en lo que concierne a que dos miembros de esa pandilla fueran chicas y que sorprendentemente, eran las que se encargaban de grabarlo todo. De hecho, la policía las considera como las ideólogas de este crimen… ¿Qué opináis todos?

Margaret observó cómo aquellos dos usuarios continuaban su particular disputa a costa de un sufrimiento ajeno del que no podían ser partícipes. Los leyó hasta que las fuerzas le remitieron y cayó rendida sobre la mesa, mientras multitud de conversaciones banales inundaban la pantalla con superfluas propuestas indecentes.

Eran las 2 am, cuando un extraño ruido pareció reflotarla a la actual pesadilla de la que había naufragado. Creyó por un momento, que quizás todo había sido parte del mismo, pero cuando se giró para corroborar quién dormía en el hueco de la litera que tantas veces, había ocupado la misma niña rubia inmaculada y radiante; comprobó apesadumbrada cómo la dura realidad le propinaba un puñetazo en toda la cara. El cuarto, a duras penas una estancia detenida en el tiempo, hubiera permanecido a oscuras de no ser, por la tenue luz que desprendía aquella “caja” del dolor o, como a ella le gustaba referirse a la susodicha, un instrumento donde cada uno podía acusar sin ser acusado por quien quisiera y por lo que quisiera para acto y seguido, ponerse a reanudar una partida de videojuego sin el más mínimo remordimiento. Margaret decidió que ya había tenido suficiente de aquella mierda, y se dispuso a salir de aquel cuarto donde los malos y los buenos recuerdos se entremezclaban en tortuosa sintonía, cuando algo súbitamente le llamó poderosamente la atención.

Había recibido numerosos mensajes privados de distintos usuarios, la mayoría degenerados y degeneradas que solo buscaban lo mismo en un cuerpo y pensó para sus adentros, si eso realmente les funcionaría para obtener lo que tanto ansiaban en la vida real. Pero había uno especialmente, que no se atrevió a abrir. Un escalofrío le sobrevino de inmediato y no era por ninguno de los motivos citados previamente. El nombre de usuario **"_Linda_",** se reflejaba en su monitor. Transcurrieron varios minutos pegada al mismo, sin que ninguno de sus músculos reaccionara, mientras aquellas letras se hacían cada vez más y más grandes y ocupaban todo el espacio de la pantalla. Y también el de su raciocinio. Solo veía un fondo blanco con las palabras de su hija grababas en azul celeste, el color favorito de ella…

"¿Y si es mi Linda?", se preguntó a sí misma incrédula, en lo referente a semejante entelequia que se le presentaba. Dudó de lo que era correcto y de lo que no. Abrir aquel chat, definitivamente no podía serlo. Pero su situación no iba a empeorar, había tocado fondo y estaba dispuesta a dejarse arrastrar en aquel lodazal como castigo. Dicho y hecho, dirigió el puntero del ratón sobre el nombre y lo clicó. Solo dos palabras componían aquel mensaje, suficientes para hacerla gritar de pavor.

- **"Hola madre"**

Margaret nunca se caracterizó por tomar decisiones irracionales ni tampoco por actuar de forma imprudente. Quizás después de todo, aquel no era el punto y final tan temido, sino una forma de prolongar un pesar que nadie había experimentado.

—Hola cariño, ¿cómo te encuentras? —replicó una Margaret con lágrimas en sus ojos, sabedora de que quien fuera que fuese, estaba lejos de reencontrarse con su añorada hija.

—Tengo frío, por favor sácame de aquí Margie… Unos hombres malos me raptaron y me hicieron cosas horribles, mamá….

—No te preocupes cielo, ya pasó todo. Mamá está contigo ahora y dentro de poco, nos reuniremos juntas. Pero no en este chat, cariño mío… —sollozó Margaret, mientras tocaba la pantalla con sus dedos y sentía que casi podía palpar a su hija.

Pasaron minutos, quizás horas… quién sabe… sin obtener respuesta alguna de la otra parte. Margaret era plenamente consciente del la gravedad del contenido que desprendía su último mensaje, más dirigido hacia ella misma que a ninguna otra persona más. Y así lo quiso hacer patente. Abrió un frasco de pastillas para dormir y decidida, lo vertió sobre la palma de su mano y se las metió de un puñado en la boca. Antes de acompañarlas con un vaso de agua, proyectó la imagen de Linda en su cerebro por vez final, y se aseguró que ese sería su último pensamiento. Seguramente no era la manera en la que había soñado estar a su lado, pero sí la única en la que pagaría por no haberla protegido en vida. "Protegerla"… aquella palabra resonó como una condena para sus adentros… pero también hizo despertar un sentimiento nuevo en ella. Quizás no había podido salvar a su "Linda", pero había muchas otras Lindas desamparadas en el mundo. Acto seguido, escupió todas las pastillas y resarcida, se dispuso a representarlas a todas ellas, las habidas y por haber.

—Hoy es tu día de suerte. En vez de seguirte este juego retorcido donde disfrutas del dolor ajeno y que casi me cuesta la vida, te voy a encargar un cometido nada habitual que sacie tu verdadero apetito de auténtico depredador. Te reto a que salgas del anonimato y mates a los responsables del asesinato de mi hija. Matarlos no, quiero que les hagas sufrir todo el dolor que tu mente repugnante pueda albergar. Y quiero pruebas de ello. Si necesitas incentivos económicos, no será problema, pero ambos sabemos que la gente como tú no se mueve por esas motivaciones —desafío Margaret a aquel usuario, obligándolo a que hiciera un último y retorcido movimiento.

Margaret no solo había sido un ama de casa y madre de una hija ejemplar, también era muchas cosas más. Si su instinto no le fallaba, había pescado el pez más gordo en el océano más salvaje. Paradójicamente, la misma persona que había estado comunicándose con su hija con inimaginables propósitos, la iba a utilizar para eliminar a los captores de la misma. "¿Era el destino o una especie de karma cruel?", pensó para sí misma, a la espera de la respuesta más importante que pudiera cambiar el guión de su vida.

—Me gustan los juegos. ¿Me estás invitando a tu fiesta particular? —respondió finalmente aquel enigmático usuario, aceptando las

condiciones de tal macabro juego.

—¿Eso es un sí, o debería buscarme a otro que no se escondiera detrás de un perfil y que solo se comunicara mediante caritas sonrientes? amenazó de nuevo Margaret, tensando las cuerdas del infierno.

No solo mordió el señuelo, sino que tiró del sedal y casi se lo arranca de sus manos. Un audio de cinco segundos le fue entregado en su bandeja de entrada sin connotación alguna. Margaret lo abrió y en él, multitud de voces tanto de hombre como de mujer, se superponían las unas a las otras entre llantos y alaridos que repetían unánimemente una palabra que podría haber sido perfectamente la misma que, articuló su hija en sus últimas exhalaciones de vida: "¡¡**Ayuda**!!". También apreció un repetitivo golpeo a lo que parecían ser unas verjas... como barrotes… "Son jaulas", se dijo a sí misma con el corazón en un puño.

—No me impresionan tus habilidades de hacker o tu capacidad para manipular a la gente, quiero hechos que lo corroboren, de lo contrario, esta conversación no tiene más sentido que se alargue — dictaminó Margaret, dando un ultimátum final a aquel verdugo al que le aterrorizaba el solo imaginarse su aspecto.

—Se alargará tanto como lo decida yo. Dime un nombre o sino, lo elegiré al azar, y ambos sabemos que tú no querrías aún más peso sobre tu "afligida alma…".

Margaret había interpretado el papel de víctima a la perfección, pero solo con ello no le bastaría. Sabía qué nombres eran los responsables de haber arruinado su vida y dónde encontrarlos... pero no era el momento de actuar... todavía. "Aunque podría empezar construyendo los cimientos de algo aún más importante", se interiorizó para sí misma, como tratando de auto convencerse antes de desencadenar un infierno a su medida. Si los medios querían carnaza, ella estaba dispuesta a ofrecerles una pieza de primer nivel.

—Tengo uno, pero no es ninguno de los que tú imaginas. Tan solo son nombres aleatorios para ti. ¿Qué más te da uno que otro, **_Linda_**? —frivolizó Margarita, mientras empezaba a escribir uno por uno sus nombres en el teclado. El infierno, estaba a punto de

irrumpir en la vida de todos aquellos que habían sido marcados por el diablo.

BRAD

Habían sido unas jornadas especialmente complicadas desde que le había sido asignado el caso de aquella joven brutalmente abusada, y apalizada hasta su muerte. La madre de la chica parecía tener un micrófono allá por donde pasara más poderoso, que los detalles que filtraba cuidadosamente la policía a la prensa para apaciguar la sed de información. No obstante, a Brad todo aquello le resultaba pura y vana especulación en contemplar quién de los oponentes devolvería antes el golpe del otro. Y la solución que había propuesto, incluso podría satisfacer a ambas partes. Todo pasaba por encontrar un chivo expiatorio a los hechos y dado que todos los implicados eran menores y reincidentes, había dejado caer la posibilidad a la Fiscalía, de reformar el sistema penal y así poder acusar al mayor de todos ellos, con 15 apenas cumplidos, como adulto en plenas facultades mentales y único orquestador de tal barbarie. Aunque hacerlo, supondría revisar miles y miles de casos en los que la Justicia nunca podría llegar ni mucho menos a actuar de oficio. En realidad lo que pedía era una quimera que jamás saldría adelante o, lo que es lo mismo, tan solo estaba posando de cara a la galería.

Existía un abismo entre lo que él consideraba su "juicio particular" y lo que el sumario decretaba sobre los hechos acontecidos, pero esa opinión debía quedar en el anonimato para siempre. Nadie, incluidas su hija y su esposa, debían enterarse del verdadero concepto que tenía sobre una mujer, algo que había "heredado" de un padre al que censuraba en público pero que idolatraba en silencio. Tragedias familiares que habían conformado su infancia y todo su ser.

Cerró la puerta de su casa con un golpe seco, y colgó toda la parafernalia correspondiente en el perchero y lo demás restante, en una mesa de recibidor donde reposaría su pistola reglamentaria acompañada posteriormente de su placa. Saludó a su esposa como de costumbre pero no obtuvo respuesta alguna, y supuso que estarían durmiendo. Aunque le extrañó sobremanera. Le había dejado la cena preparada como era habitual en ella, pero allá reinaba un silencio inaudito que le incomodaba hasta el extremo de sentirse observado. Volvió a gritar el nombre de su esposa y nuevamente tuvo el mismo resultado. También probó con el de su hija con el mismo resultado.

Algo preocupado pero sin alarmarse, subió las escaleras sin hacer ruido y se dirigió al cuarto de ellas. La sorpresa aún fue mayor, cuando la puerta de su dormitorio se encontraba entreabierta, y sentada en la cama, reposaba su hija de 9 años en un aparente estado de catarsis nerviosa, que bien hubiera podido tener su origen en la ausencia de más voces que acompañaran a la suya en su ímpetu por

hallar un sonido que le resultara familiar. Inquietado por el extraño comportamiento de su hija, se acercó hasta la puerta para tratar de comprender qué le sucedía, hasta que un crujido procedente de su retaguardia, le detuvo en seco. Miró a su hija una última vez antes de girarse y esta, rompió a llorar mientras le gritaba algo incomprensible que le hizo temer que aquella sería la última vez que la contemplaría con vida.

—¡Lo siento papá! Me dijo el hombre malo que si me quedaba aquí no nos haría daño a mamá ni a mí… —le confesó absolutamente desolada su niña, mientras le señalaba hacia un punto ciego que quedaba justo a su espalda.

—*Saludos de Margaret* —le amenazó una voz modulada, a la vez que notaba cómo una presencia que no era bienvenida, se aproximaba justo hacia ellos.

Brad sintió cómo un collar metálico se cerraba en torno a su cuello, y tiraba de él con una fuerza inhumana hasta obligarlo a doblegarse. Desde su ángulo no podía apreciarlo, pero su hija pudo observar horrorizada in situ cómo dos ojos rojos, arrastraban a su padre mediante una cadena a lo que parecía ser su particular descenso a los infiernos. Jamás se había sentido tan impotente y vejado como hasta el momento en que uno a uno, se le clavaron los escalones mientras era conducido a un destino más incierto que la propia muerte. Lo supo en cuanto aquella fuerza que había estado tirando de él, cual si de un saco vacío se tratara, cesó de amarrarle y por consiguiente quedara liberado de aquella presión justo en el punto de partida, al lado de donde descansaba la pistola que jamás debía haberse desenfundado. Parecía una provocación o una muestra del poder que ejercía sobre él en aquellos momentos, el otorgarle una segunda oportunidad para poder defenderse. Merecida o no, Brad no rehusó la oferta y se incorporó tan pronto como su cuerpo volvió a recuperar la sensibilidad en sus piernas, algo maltrechas por el aparatoso accidente que había sufrido. Cuando lo consiguió y pudo ponerse frente a frente con el agresor, volvió a tener esa sensación de sentirse observado, pero no por quien tenía delante, sino por alguien más. Era algo imposible de explicar que, sin embargo, pronto encontraría la respuesta en una voz familiar.

—Perdóname por lo que te voy a hacer, pero espero que comprendas que he elegido la vida de nuestra hija a la tuya —susurró a Brad la

misma voz con la que había compartido media vida.

Aquellas enigmáticas palabras de no tan misteriosa persona, fueron acompañadas de un pinchazo gélido que se hundió en uno de sus costados irremediablemente. El dolor físico no era sino más que una prolongación del sufrimiento real que, le supuso el haber sido apuñalado por su propia esposa. Su odio hacia las mujeres se acrecentó aún más, cuando alcanzó a comprender que había sido traicionado por todas ellas, comenzando por la madre autoritaria que tuvo, y acabando por otra madre. Una que ordenó su ejecución. Pero lo que jamás habría esperado, es que su familia fuera capaz de venderlo como a un trozo de carne.

Era un acto imperdonable y juró antes de desfallecer, que pagarían por ello. Todas ellas.

—***Ahora ya tengo a la parejita*** —dijo el responsable de la barbarie, mientras los encadenaba uno junto al otro por el cuello, y ambos pasaban a formar parte del muestrario de seres humanos que conformaban su particular galería dedicada al género humano. O lo que él entendía, como arte.

Y, en mitad de la noche, dos cuerpos eran arrastrados silenciosamente hasta lo que parecía una furgoneta apostada enfrente de la vivienda de los Brad, sin que nada ni nadie, se percatara lo más mínimo que el horror estuvo mucho más cerca de lo que jamás hubieran imaginado. Bueno, en realidad sí que hubo testigos. Dos, exactamente. Un niño que se despertó de una pesadilla para entrar en otra peor. Así lo justificaron sus padres, cuando este les explicó que un demonio de ojos rojos y amarillos se había llevado a 2 personas encadenadas al inframundo y que dos perros, custodiaban la entrada al mismo. En realidad, no inventó nada pues es el sentido mas racional que su mente infantil pudo otorgar a lo que vio tomar forma, cuando asomó su curiosidad por la ventana. Y ya sabemos lo que dicen de ella.

El otro testigo, bien podría haber dado una explicación más detallada de lo sucedido, si no fuera por el hecho, que se quedó permanentemente sin habla cuando su padre fue víctima de una fuerza que, escapaba a su comprensión. Era el precio que debía pagar por seguir en este mundo respirando el mismo aire que los demás.

Horas más tarde de esa misma noche, cuatro individuos entraban a un chat con nombres en clave. La conversación no sería de relevancia si no fuera por ser de quiénes se trataban. Pero esta vez, no iban a ir de cacería, no. Esta vez los focos estarían situados sobre sus cabezas y apuntándoles directamente a sus ojos. Y no era para menos. La risa de una persona muerta resonaba en sus móviles y en ella, una Linda resucitada y erguida sobre sus pies en la misma zanja donde la abandonaron, les indicaba que pronto acabarían en el mismo lugar donde ellos la habían dejado, si no atendían la extraña demanda que les ordenaba.

—*¿Creéis que esa zorra sabe algo?* – Dijo el primer usuario que entró en el chat anónimo.

—*¿Quién más sino iba a ser? Los cuatro hemos recibido el mismo video en nuestros móviles, y ha "secuestrado" todo nuestro trabajo bajo un encriptado imposible de hackear. Estamos jodidos si lo difunde, no quiero pasar las vacaciones haciendo evaluaciones psicológicas y que me traten como a un niño* —atestiguó el segundo usuario.

—*El video es tan perturbador que ni he podido acabar de visionarlo sin gritar del miedo... ¡Dios! ¿Por qué no puede quedarse en su casa y rezar por su hija muerta mientras se corta las venas?* —añadió el siguiente usuario en entrar al chat.

—*Esa madre nos va dar problemas, te digo que tiene que ser ella… a nadie más le podría importar lo que hicimos. Ahora solo podemos acceder a su petición para descubrir qué quiere de nosotros. Sea lo que sea, solo hay una forma de callarla. Pero esta vez nos enfrentamos a un adulto, no será tan sencillo como las anteriores veces. Preparaos* —zanjó el último usuario en incorporarse al chat, mientras daba por concluida la conversación con un emoji de una cara sonriente.

Cuando Margaret desempacó el escaso equipaje que había llevado consigo, sintió que una nueva persona habitaba en ella, a la vez que la atormentada y frágil versión de ella, había muerto el mismo día que su hija la abandonó. No era casualidad pues, que aquella mujer devota y fiel a sus principios, empezara a cuestionar a qué Dios había servido hasta ahora. Y lo más importante, a cuál serviría ahora.

Mientras se acercaba el momento de la verdad, Margaret repasó todos los buenos momentos que había pasado en aquel lugar junto a su familia, y se cuestionó si el hecho de traer a un monstruo allá profanaría todos y cada uno de sus recuerdos vividos o por el contrario, honraría por última vez la memoria de Linda en su lugar. Nunca lo sabría. O quizás sí y, antes de lo esperado. Unos focos provenientes del exterior iluminaron el interior de la cabaña, y dos siluetas emergieron de la misma. Margaret interpretó de quién podría ser la segunda figura y de pronto una mano se apoyó sobre su hombro plácidamente. Pero afortunadamente para sus intereses, no se giró para corroborar de quién era el tacto de aquella palma que reposaba sobre ella. Estaba demasiado ocupada cargando un rifle de caza. Cuando por fin lo hizo, salió al porche y se sentó pacientemente en el respaldo de un sillón, esperando su momento. Esperando su ansiada venganza.

Mientras tanto, a escasos metros de su paradero, una conversación ajena a su conocimiento, decidiría su destino si es que este, no tenía ya dueño.

—*¿Y ahora qué se supone que hacemos? ¿Esperamos a que la vieja afligida se acerque a nosotros y la atropellamos?* —propuso uno de los integrantes de aquel cuarteto del chat, mientras vigilaban a Margaret desde una distancia prudencial en el interior de un vehículo.

—*Un momento… ¿Eso que sostiene sobre sus manos es un rifle…? Dios… creo que deberíamos largarnos de aquí antes que… creo que si tuviera pruebas contra nosotros ya las habría llevado a la policía… ¿No creéis? Y la estancia en un reformatorio no me parece una mala idea. Podríamos escribir un libro y vender los derechos cuando salgamos y todo esto se haya calmado. A la gente le gustan las historias sobre redención, y nosotros les podríamos dar la mejor. Culparemos a nuestros padres sobre lo que nos obligaron a hacer, y venderíamos a los medios que somos personas cambiadas y reinsertadas en la sociedad. ¿Qué os parece chicos?*

—sugirió otro de los miembros del cuarteto integrante, sin que ninguno de los allá presentes, dieran crédito a sus palabras.

—Todo eso suena muy bonito… pero ahora mismo tenemos un problema y no va a desaparecer por sí solo. Así que, opto a que alguien coja la pistola que hemos traído, y le vuele la cabeza a esa madre o le estrellemos el coche directamente a ella. Pero hay que desprenderse de este marrón ahora mismo… o jamás nos liberaremos de su presencia — apostilló el siguiente miembro.

—Opto por la defensa propia, no sé vosotros pero no pienso admitir nada. Este es nuestro billete de salida. Solo tenemos que convencer al mundo que queríamos disculparnos por lo que le pasó a su hija, y que nosotros no estuvimos involucrados en lo que le sucedió. Entonces nos cita en este lugar tan apartado… y el resto de la historia ya la conocemos. Les haremos creer lo que quieren oír. Somos menores y no pueden tocarnos, recordadlo —finalizó el cuarto integrante, descubriendo sus maquiavélicas intenciones.

Todos y cada uno de los individuos que conformaron aquel plan, asintieron al unísono y tomaron una decisión irrevocable. Solo faltaba decidir quién se encargaría del trabajo sucio y de coincidir en las versiones que darían… pero en ninguna de ellas, un dóberman imponente con ojos encolerizados que se asemejaban a los del mismísimo cancerbero de las puertas del infierno, había asaltado el capó y permanecía vigía con la mirada latente en cada uno de ellos, cual incriminándolos por lo que en realidad eran.

—¡Esa zorra ha cometido un error si creía que con un perro podría intimidarnos! ¡Sacad la maldita pistola y perforadle el cráneo, pero a poder ser que no manche el coche o tendremos que limpiar sus sesos aparte de los de su dueña también! —verbalizó aterrado el miembro que solía tener la voz en todas las decisiones conjuntas.

En el lapso de tiempo en que uno de los miembros de la banda abrió la guantera y pudo sostener el arma, algo ocurrió. Ninguno de ellos pudo procesar exactamente el qué, ni el cómo de los acontecimientos que procedieron a posteriori, salvo que una fuerza descomunal expulsó por la ventanilla al supuesto líder del grupo. Su acompañante salió a socorrerle de inmediato, pero un segundo dóberman se interpuso en su camino y le cazó por el tobillo con una

fiereza desmedida que, casi le arranca los pies de cuajo. Y por último, solo restaban las dos chicas del asiento trasero, la histeria colectiva de las cuales, se había apoderado de la situación y básicamente, esta hizo el resto del trabajo antes que se desmayaran. En definitiva, fue más sencillo de lo esperado.

Margaret se acercó a paso lento. Los cuatro responsables de la muerte de su hija yacían en fila uno al lado del otro, en posición de ejecución con severas heridas en todo el cuerpo, entre las que destacaban las mordeduras en los genitales que habían sufrido los dos componentes masculino del cuarteto, impotentes y sin el amparo de la ley . Y las atrocidades que habían causado los colmillos de aquellas bestias a las dos adolescentes integrantes del grupo en sus ya completamente desfiguradas, facciones. Revelando los verdaderos monstruos que portaban tras esa cascara de piel que los hacía parecer a todos humanos. Es entonces, cuando empezó la ronda de ruegos y lamentos para salvar el pellejo propio que tanto, se había temido. Más o menos como se había imaginado pero más humillante por la parte que no correspondía. Eso no cambió el guión. Impasible, colocó el rifle de caza sobre la frente del primer integrante y le descerrajó un tiro que lo impulsó contra el lateral del vehículo que les había traído a aquella trampa. Un golpe seco que se volvió a repetir cuando apretó el gatillo contra el segundo miembro. Esta vez fue más intenso y el cuerpo en sí, atravesó una de las ventanillas que habían quedado intactas hasta el momento. Otro disparo más y otro cuerpo que rebotó sobre el bólido con más violencia aún que las anteriores veces. Solo quedaba la última sinfonía para completar la partitura de su hija Linda.

—¡Yo no hice nada, ni siquiera intervine… me obligaron a mirar y...!

—Pues con más razón todavía si no hiciste nada —dijo Margaret, amartillando el arma por última vez con escalofriante frialdad, mientras sentía que algo dentro suyo se perdía para siempre.

El último fogonazo propulsó el cuerpo de su víctima hasta suspenderlo por encima del maletero, casi de forma poética.

Margaret había cumplido su mayor propósito no sin antes escupir sobre sus cuerpos ya sin vida, profanando el recuerdo de lo que una vez fueron. Pero aún le quedaba una parte por cumplir del acuerdo. Su propia vida. No iba a poder eliminar a todos los monstruos de este mundo, pero sí a una buena parte de ellos.

Una tenue luz iluminó la estancia donde había permanecido hasta medianoche ejecutando el plan y, sabía que la estaba esperando. El encuentro no podía demorarse más. Cargó el rifle y se percató que estaba dirigiéndose al borde de un precipicio. No le importó, de hecho, le encantaba estar caminando sobre uno.

Abrió la puerta principal, la que daba al porche subiendo unos pequeños escalones en la entrada, y adivinó que los destellos que había presenciado, tenían su origen en un canal de televisión. Lejos de ahuyentarla, le animaron a proseguir con el último cometido que se había propuesto como objetivo. Avanzó a tientas solo guiada por el fulgor de una pantalla, y por su recién estrenado instinto de supervivencia. Ambos les decían que un extraño ruido como de arrastre, procedía de la planta de arriba, así que cuando se aseguró que en el comedor y en la cocina no habitaba aquella presencia que había suplantado la identidad de su hija en las redes, entonces sí, se dispondría a subir las escaleras. Aquel sonido se acrecentó en la medida de lo posible mientras subía los escalones uno a uno, emitiendo un crujido a su paso que parecía similar al de las propias entrañas de la misma casa, revelándole secretos inconfesables que se escondían tras sus muros. Aquello no la distrajo de inspeccionar las habitaciones del nivel superior. En todas y cada una de ellas, las ventanas golpeaban suavemente contra sí mismas, movidas por la brizna del viento, cual mecidas por una fuerza que se contenía y que se ocultaba a la vez. Margaret observó posarse en el interior de las cortinas de una de las ventanas, el contorno de una silueta que le resultó familiar. Sonrió y esbozó una mueca de alivio, hasta que un fuerte estruendo en la planta inferior, hizo desaparecer aquella silueta femenina en el mismo rincón donde su hija en vida, se solía esconder de pequeña. De repente y sin previo aviso, varias personas empezaron a hablar en el salón todas a la vez. Y se imaginó a aquel cuarteto elucubrando su venganza una vez después de muertos. En una sala de chat de donde jamás saldrían. Aquella idea la asustó más de lo inimaginable. Quién sabía si realmente aquel purgatorio, existía para tal clase de personas. Pero sus miedos atávicos, pronto se disolvieron al comprobar que aquellas voces acusatorias, no eran personas propiamente dichas. Alguien había puesto el volumen del televisor al máximo como distracción o como efecto intimidatorio. Margaret volvió sobre sus pasos sin descuidar su retaguardia en todo momento. Tampoco le hizo falta, pues cuando llegó al punto de partida de donde teóricamente se originaban todas aquellas conversaciones irrelevantes e igualmente molestas para sus oídos, una gigantesca figura de ojos rojos se erigió delante de la pantalla del televisor acechando su llegada. Los ojos rojos no eran tales, sino unos

visores infrarrojos de visión nocturna, que le otorgaban una gran ventaja sobre el terreno. Aunque quizás su mayor baza residía en un físico descomunal que bien podría hacerle justo merecedor de hombre del saco. Aunque a Margaret todo aquello no la asustó. De hecho, consiguió el efecto contrario. Por suerte suya, disponía de algo más eficaz que una honda para derribar a aquel gigante.

—¿De verdad creías que iba a salir huyendo a través del bosque despavorida interpretando el papel de víctima? —dijo Margaret, mientras reía histéricamente. Era su forma de expresar el miedo que sentía en aquellos momentos.

Margaret sujetó con ambas manos el rifle y colocó la mira en la cabeza de aquel monstruo, pasando por alto que en una de sus manos, sujetaba una cadena de la que tiró de inmediato. “Debajo de las escaleras”, pensó en última instancia, antes de sentir hundirse un filo en su costado, que atravesó su pulmón derecho y varias arterias más. Antes de caer al suelo y no regresar más, pudo reconocer el aliento del detective Brad junto a su cogote mientras se le aceleraba la respiración en una toma de decisiones drásticas, que lo habían convertido en un miserable siervo. También pudo girarse lo suficiente y descerrajar el quinto y último disparo que en principio tenía otro destinatario y que terminó empleándolo para acabar con un asesino en potencia que tarde o temprano, saldría de su cascarón. Entre risas y demás sonidos ininteligibles, Brad perjuró algo contra ella, y lentamente el boquete que le había dejado sin la mitad de su rostro, le costó la vida y una promesa incumplida. Al igual que Margaret, que ya contaba los segundos para reunirse con su hija allá donde ningún monstruo pudiera alcanzarlas. Aunque antes de que todo aquello tomara forma, algo murmuró Margaret mientras observaba cómo aquel depredador se paraba delante de una puerta que le traía viejos recuerdos de infancia. Por alguna razón, siempre pensó de pequeña que sus padres ocultaban algún secreto, o que era el lugar donde escondían los cuerpos de los turistas que malogradamente, acababan tropezándose en la casa de verano de la pequeña Margaret. Pero nada de todo eso, llegó a ser verdad en desinhibida imaginación. Era simplemente una puerta que se trababa al abrirse a causa del desgaste de la cerradura. Y no lo había olvidado cuando desembarcó la noche anterior en lo que otrora fue, su segunda resistencia. De hecho, lo primero que hizo fue conseguir abrirla. Solo era un cuarto trastero. Pero se había asegurado de añadir un extra por si la situación se complicaba hasta los extremos. Y aquella ocasión parecía una de esas situaciones indicadas.

—Vamos hijo de puta, sacia esa curiosidad tuya y abre la puerta… —gorgoteó Margaret, intuyendo que aquella bestia no desistiría en conocer qué ocultaba aquel cuarto imposible de abrir.

EPÍLOGO

Se resistió al principio, pero cuando logró girar el pomo y hacer clic, la cerradura no fue la única cosa que hizo aquel sonido chirriante. Un mecanismo de detrás de la puerta obligó a que una cuerda se tensara al abrirse por fuera, y que esta tirara del gatillo de un segundo rifle perfectamente orientado para derribar a quien osara entrar en la habitación. Margaret ya no pudo verlo, pero el disparo impactó de pleno en su objetivo y lo tumbó en la lona. Durante unos segundos parecía que había conseguido exterminar a todos los monstruos del cuento. Pero aquel no era uno normal. Se levantó sobre sus pies y se incorporó con una seria herida en su cuerpo. Se deshizo del chaleco antibalas, ya no lo necesitaría más. Nunca le habían sorprendido de aquella manera. Era la primera ocasión en la que le habían infligido daño real y no había sido capaz de anticiparse. Se trató las heridas con un botiquín de la cabaña, y se aseguró de aliviar la quemazón que el impacto de bala le produjo. Era momento de retirarse, pero antes de hacerlo, algo captó su atención poderosamente. Era extraño, porque nada solía atraerla. Echó un vistazo a lo que decían en aquel momento en la televisión, como si alguien le hubiera dejado un mensaje que solo él sabría interpretarlo.

—"…La policía halla múltiples cuerpos sin vida en un hotel, entre los que se han podido identificar, a varios miembros de una peligrosa red mafiosa y también, a numerosos civiles que se hospedaban en ese mismo momento en los que según la policía con la colaboración de otros departamentos del Estado, sospecha firmemente que podría haber tenido cuartel una guerra o un ajuste de cuentas entre varias bandas por tener el control…".

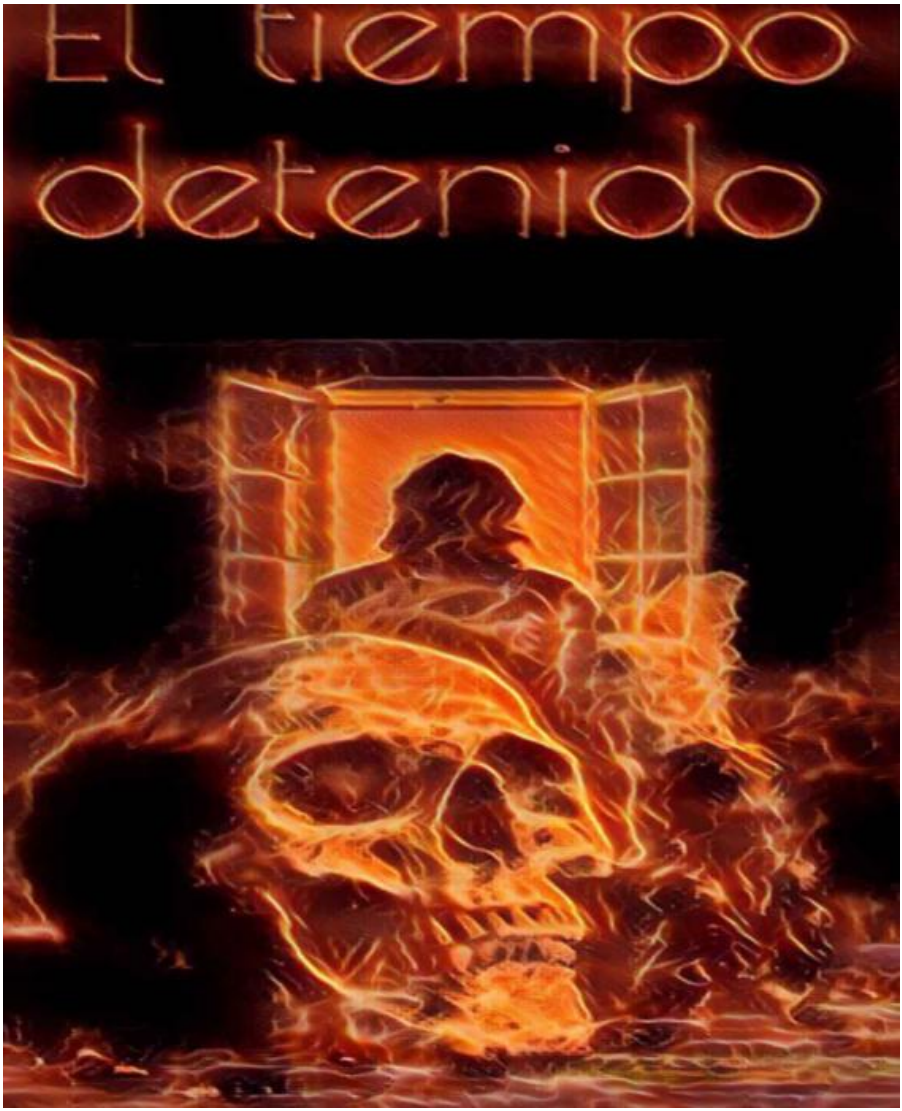
El círculo estaba a punto de cerrarse.

CONTINUARÁ EN DOS MUNDOS…

BIOGRAFÍA DETENIDA

Guillem Esteban Durán, nacido en Barcelona, 1987. Recientemente ha autopublicado la Saga de terror Los Condenados dividida en cinco partes (El legado de Esther, El Hotel de la redención, El tiempo detenido, Dos mundos y El vals del infierno) y, ha empezado otra saga, La espiral del miedo (La mujer sin forma, El asesino de las mil caras, El funeral de los vivos, La casa de los recuerdos olvidados y una última parte aún no publicada que será el broche final a una historia que lleva en mí desde los dieciocho años, El fuego que consume). También ha escrito otras obras individuales que contienen constantes guiños a otros títulos. Uróboros, La escalera de corazones, J. Rider Detective Paranormal y su homónima La novela sin fin, El devorador de mundos, El mejor amigo del hombre, No se lo cuentes a tu vecino además de dos libros antología titulados Micro relatos de lo intangible y Los engranajes de la muerte, con más de una quincena de relatos de terror y ciencia ficción, son solo algunos de los ejemplos.

También a destacar mi participación en el libro "7 pecados. Antología de relatos" y en "Mitogénesis. Antología de relatos" donde participo en varios fragmentos de los libros del sello de LdSangre Books (@letrasde.sangre).


El tiempo
detenido

El tiempo detenido

GUILLEM ESTEBAN DURAN

El tiempo detenido

GUILLEM ESTEBAN DURÁN

SAGA

Los Condenados

DOS MUNDOS

Dos Mundos

Los Condenados 4

“Esther y Alex, o cómo dos demonios se conocieron”.

INTRODUCCIÓN

Parecía que el tiempo no había transcurrido o que tan solo era un pasajero del mismo que había vuelto al lugar donde volvió a nacer. Aquella figura emergía varada en mitad de un muelle, donde en lugar de embarcaciones solo descansaba el recuerdo de la barbarie junto a los gritos de los cuerpos que, aún se balanceaban retorciéndose en su mente. Y lo que ella supuso que es dónde debía terminar lo que empezó todo. Aguardó paciente su encuentro. Ambos lo hicieron.

LA CORAZONADA DE THOMAS

El detective Thomas contempló la escena del crimen con algo de escepticismo mientras rebasaba el cordón policial. Se apostó frente al arcén y repasó mentalmente lo que había sucedido en aquella autopista, donde dos vehículos y todos sus ocupantes, habían muerto. A excepción de una mujer.

—Parece que tenemos una guerra de bandas entre manos. ¿Te acuerdas lo que sucedió hace ya dos años en aquel hotel? Parece que los hombres de Jasper siguen cabreando a la gente equivocada. De todas formas, si quieres mi opinión personal, te diré que por mí encantado, que sigan matándose encarnizadamente. Este mundo será más seguro sin esa basura —alegó un oficial al inspector Thomas, mientras este hacía oídos sordos a todas las palabras que le llegaban.

Thomas escuchó sin demasiado atención lo que uno de los oficiales al mando le relató del atestado. Y estaba disconforme con sus palabras. El mundo no era un lugar más seguro por aquello. Por varias razones, pero en especial por los hechos que rodeaban aquel ajuste de cuentas, que lo convertían en la repetición de una escena que le resultó espeluznantemente familiar. Aunque no habían atracadores en esta ocasión, el componente ético sobre lo que era correcto o no, estaba sobre la mesa y jugaba un papel primordial para interpretar lo que había pasado. Justo, como en la anterior ocasión acaecida en el banco.

Repasó cronológicamente lo que sucedió. Dos cuerpos sin vida, yacían apartados de los demás integrantes de sus respectivos vehículos. Algo les detuvo para que les hicieran salir de su habitáculo. “Un cebo. Alguien apostado en mitad de la autovía, quizás. Los sicarios salen de sus coches y se acercan para apartar un cuerpo apostado en mitad de la nada, pero ambos son sorprendidos y mueren al acto por un arma que les causa un orificio de entrada por debajo de sus mandíbulas, respectivamente, y otro de salida que atraviesa sus cerebros fracturándoles el cráneo por la parte superior de este. Una muerte terrible, digna del asesino del muelle. A continuación, uno de los pasajeros del asiento trasero del primero vehículo, se percata de algo extraño, y pasa a ocupar el puesto de piloto precipitadamente, probablemente para disparar a un blanco que se les aproxima. Pero antes de poder siquiera apuntarlo, es atravesado por un filamento que perfora el cristal frontal del bólido y alcanza su torso hasta penetrar del todo su asiento, quedando muerto

en el acto sin comprender qué ha ocurrido. Posiblemente "alguien" subido al capó, realizó esta maniobra para acto y seguido, escalar el techo del vehículo y atacar al segundo ocupante del coche desde una posición elevada. El informe del atestado policial, recalca que hubieron disparos desde el interior del vehículo desde el asiento trasero, pero parece ser que ninguno de ellos llegó a impactar en nada, como sino supiera a lo que disparaba o el miedo lo cegara. Sí que impactaron sin embargo, sus homónimas afiladas en el lado opuesto del exterior del vehículo, que agujerearon verticalmente el cuerpo del cuarto integrante situado en el asiento de acompañantes como si de un colador se tratara, tanto en manos, pecho, hombros y cuello, respectivamente. No tuvo precisamente una muerte plácida", divagó Thomas para sus adentros, visualizando lo que nadie más, podía ver ni percibir. Pero ahí no acababa todo. "Uno de los ocupantes del segundo coche que permaneció a tan solo a unos metros del incidente, y que probablemente se encontraba armado, salió de su carcasa y se acercó al atacante con el objetivo de neutralizarlo. Sin embargo, debió calcular mal la distancia a la hora de apuntarlo o quizás simplemente lo subestimó, pues no tuvo capacidad de reacción cuando le fue amputado la mitad de su brazo con el arma incluida. Murió del shock o de la hemorragia masiva. Pero aún restaba un último ocupante, probablemente el lugarteniente de la organización criminal que había ocupado el puesto vacante desde que Jasper, se había ausentado por problemas personales. Curiosamente no debía ir armado, pues no lo requirió necesario con toda la escolta que llevaba a su lado. Salió del vehículo y mantuvo una pequeña charla con el atacante. Desconozco cuál fue el contenido de la misma, pero seguro que le obligó a ponerse de rodillas y rogar por su alma. Quizás hasta le prometió que le salvaría la vida con una actuación humillante que le entretuviera un mínimo exigible, pero la cuestión es que incumplió la promesa, cuando le decapitó con un movimiento seco y limpio que, envío la cabeza del susodicho a varios metros del arcén de donde se halló el resto del cuerpo", volvió a divagar, trazando una perfecta sincronización de aquel sangriento suceso. O al menos, aquellos eran los hechos acaecidos según el detective Thomas, que parecía trazar una línea temporal de principio a fin que pudiese dar sentido a lo que estaba presenciando. Pero… y la superviviente… "¿Dónde estuvo situada todo este tiempo?".

—Detective, tenemos la única superviviente preparada para interrogarla, nos la llevamos a comisaría para...

—¡No! Antes que sigáis vuestro protocolo, me gustara hacerle una preguntas personalmente y a poder ser, querría que el resto de tus hombres se retiraran un poco para darle más espacio, porque… ¿No está detenida, supongo? —incidió el detective Thomas, que vio en aquella potencial testigo la oportunidad de hallar las respuestas que jamás obtuvo.

—No... por supuesto que… —balbuceó el oficial al cargo, antes de ser nuevamente interrumpido por el indescifrable detective.

—¡Bien! Entonces déjenme a solas con ella y vayan a hacer su trabajo, si es que saben diferenciar un sospechoso de un testigo —añadió Thomas, harto de las molestas introspecciones de los demás oficiales al cargo.

Por un momento, Thomas esperó encontrarse con un rostro del pasado. Su corazón le palpitaba hasta el extremo de no diferenciar si su preocupación, venía producida por el hecho de que la hubieran atrapado, o por tener un conflicto interno hacia ella. En cualquier caso, la respuesta iba a tener que esperar para desgracia y posterior alivio suyos. Una mujer de aspecto normal y con signos de haber sido torturada, estaba siendo atendida, pero sus heridas más graves no eran las que mostraba a simple vista.

—¿Se encuentra bien señorita? Acompáñeme un momento si es tan amable, solo será una formalidad y luego podrá irse a su casa. No tendrá que ir de momento a ningún sitio a declarar, no en el estado en el que se encuentra actualmente. Dígame... ¿Usted vio quién fue el responsable de toda esta carnicería? —le preguntó Thomas encadenadamente y suma delicadeza a aquella mujer que, aún permanecía en estado casi catatónico.

—… A mí solo me dijo que cuidara de su hijo hasta que solucionara unos problemas… se suponía que solo era algo temporal… pero cuando en vez de ella, apareció otra persona en su nombre. Pensé que era uno de los hombres que trabajaban para su ex marido... aunque no tenía aspecto de serlo. Solo vino él y fue realmente amable. Sabía cosas que solo un amigo suyo, podría saber. Así es cómo se presentó. Debía estar en serios problemas si no podía venir ella en persona... pero por otro lado, me tranquilizó el que hubiera conocido a alguien de tanta confianza. Supongo que debía significar algo para ella si le había confiado aquella tarea. Aunque... poco

después me enteré sobre la masacre en ese hotel... y no pude parar de llorar cuando mencionaron su nombre entre la lista de fallecidos… —dijo la única testigo de la masacre, a quien Joana le había encomendado la misión de proteger a su hijo hasta que regresara.

Thomas ofreció su hombro a la desconsolada mujer mientras esta, se recomponía emocionalmente de los hechos que le había narrado a la par que aprovechaba para tomar una bocanada de aire y continuar la narración del relato.

—Dígame, hay algo que me tiene que aclarar… ¿Me ha contado todo esto porque la persona que se presentó en su casa es la responsable de todo esto? —le preguntó Thomas, intentando aclarar los puntos ciegos.

—Sí.

—¿Está usted segura que no era una mujer o si había alguna mujer acompañándole? —volvió a incidir Thomas, ansioso por hallar una explicación lógica que le diera un sentido a todo.

—No, iba solo. Tenía una capucha negra cubriéndole la cara, pero cuando acabó con el último de ellos, pasó a mi lado y me miró a los ojos fijamente. Yo iba sentada en la parte de atrás del primer vehículo. Jamás llegó a tocarme ni una sola vez. Es más, cuando se despidió de mí al recoger el chico hace ya casi dos años, me estrechó la mano de forma inusual en vez de darme dos besos como despedida, y acto y seguido se quedó estático mirando impertérrito su brazo. Luego me sonrió como si el diablo se tratase y se marchó. Ahora sé el porqué. ¿Sabe ese dicho que dice que hay que tener amigos hasta en el infierno, detective? Pues parece que Joana los tenía literalmente, pero no le bastaron para sobrevivir. Espero que a su hijo sí le sirvan —concluyó la amiga de Joana, emocionándose mientras contaba la cronología de los hechos.

Thomas abrazó a la mujer y se compadeció por todo lo que había sufrido. No en vano esperaba poder abrazar a otra mujer en su lugar, pero al menos sabía que estaba más cerca de ella de lo que jamás lo había estado desde su particular desencuentro. No sabía las causas quizás porque era una espina clavada que tenía, o bien porque necesitaba hablar con la única persona con la que sentía una

conexión especial, pero por alguna razón no dejaba de hacerse las mismas preguntas una y otra vez. “¿Por qué no me mató en el muelle?”, Y lo más importante, “¿Dónde has estado todo este tiempo desaparecida, Esther?”.

ALEX Y ROGER

A centenares de kilómetros de distancia, un coche robado conducía a dos pasajeros a un destino más que incierto. No eran unos ocupantes cualquiera, ellos. Se conocían desde hacía poco relativamente, pero ambos habían establecido un vinculo especial, aunque ninguno de ellos se mostrara reticente a hablar sobre el pasado. Quizás, aún era demasiado doloroso para cerrar las heridas que los habían unido.

—¿Has observado la cara de sorpresa que han puesto cuando han visto salir esas cosas de tus mangas? —preguntó inquisitivamente un joven adolescente, la que otrora aterrorizó a todo un hotel no hacía tanto.

—Claro. ¿Cómo no lo voy a saber si estás hablando de mí como si no estuviera presente, señorito Roger? —dijo orgulloso Alex, en un tono irritante que hasta cierto punto, agradaba a su fiel acompañante Roger.

—Aunque no sé qué necesidad tenías de llevar esa capucha negra si ya tenías pensado matarlos a todos —de nuevo volvió a incidir sin miramientos aquel joven arrogante a un Alex, fuera de los avatares de su antigua vida.

—Ninguna. Bueno, sí, una en realidad. La de sentirme importante. Mi ego no es algo que pueda dejar de alimentar —afirmó Alex, mientras hacía absurdas ondulaciones con la mano fuera de la ventanilla, copiando aquel famoso anuncio de la televisión al que tanto detestaban ambos. Alex se refería a aquello como el verdadero significado de vivir el “Sueño Americano”, con un tono sarcástico que habría hecho palidecer hasta al mismísimo “Tío Sam”.

—Y algunas poses tuyas... en especial cuando has decapitado a ese pobre desgraciado… totalmente gratuitas —añadió Roger, como si no fuera la primera vez que mantenía aquel tipo de conversación con aquel sanguinario asesino.

—Solo puedo culpar a Hollywood de ello —contestó eufórico Alex, a la par que tanteaba de la guantera del coche robado una gafas de sol, y se las colocaba de un solo y eficaz movimiento. Como si una cámara

estuviera enfocándole constantemente.

—Bueno, no te voy a negar que ha sido un espectáculo de primera, pero… ¿habrá que esperar mucho para que se vuelva a repetir? —incidió Roger, esperando una contestación digna de un maestro sensei.

—Pues depende. Supongo, que los jefes de Jasper estarán reclutando a niños de las escuelas, porque he dejado muchos puestos vacantes en su organización —replicó Alex, haciendo que su compañero Roger estallara en un mar de carcajadas.

—Creo que eres un poco demasiado duro con ellos. Quizás deberías dejarlos más tiempo con vida. ¿Qué crees que hubiera opinado mi madre sobre todo esto? —preguntó Roger, sacando un tema del todo espinoso.

—A tu madre le hubiera parecido demasiado blando mi trato hacia ellos. Ella si les tenía la medida bien cogida. Dijo Alex, evitando mirar a Roger para que sus ojos no delataran lo que en verdad sentía por ella.

—Sabes, nunca me has dicho cómo la conociste ya que jamás me habló de ti antes que aparecieras —apuntilló Roger, intentando sonsacar información.

—Bueno, digamos que nos conocimos mientras trabajaba en un hotel. Yo le relevaba en el turno de noche. Y ya sabes… al final acabas contándole tu vida a un desconocido cualquiera —salió del apuro Alex, en un magnífico juego de palabras que en nada tenía que envidiar al de sus muñecas.

—O sea… ¿os liasteis? —insinuó Roger airadamente, con menos tacto que sutileza.

—¡No, claro que no! Eso solo pasa en los telefilmes alemanes y en las discotecas de hoy en día, donde no es necesario ni aprenderse el nombre de la persona con la que amanecerás con resaca. Y también en esos reality shows donde obligan a hedonistas y liberales, a convivir en un casa o en una isla repletas ambas de peligros más mortales que su propia ineptitud o cultura.

Desafortunadamente, a tu madre la conocí en la vida real. Quizás en alguna app de móvil, habríamos tenido alguna cita y pronto me hubiera bloqueado. Pero si te hace ilusión, te puedo decir que nos liamos —alegó Alex, desviando el auténtico quid de la cuestión.

—¡Lo sabía! Oye… ¿no serás por casualidad mi padre biológico, y todo este viaje es para compensarme todo el tiempo que estuviste haciendo el irresponsable? Lo digo porque tenía un amigo que… —presupuso Roger, sin estar del todo convencido de su absurda teoría.

—¿De verdad tengo pinta de ser padre? —sentenció Alex, sin añadir ninguna connotación sarcástica de más.

—No. Pero ahora estoy del todo seguro. Una cosa más… —volvió a la carga Roger.

—¿No te han dicho que hablas demasiado? —contextualizó Alex, mientras rezaba para que algún autoestopista apareciese y se lo pudiera llevar de un volantazo. Aunque solo fuera en su imaginación.

—¿…Pero cómo es posible que pasaras de trabajar de recepcionista en un hotel a matar a criminales como si lo llevaras haciendo toda la vida? ¿Eres algún especie de vigilante… o es que te dio el gusanillo ahora que están de moda? —planteó Roger, sacando su vena humorista.

—La verdad es que no te sabría contestar ni yo mismo. Cuando llegaron esas personas para matar a tu madre, el instinto de supervivencia me obligó a ponerme entre las balas y ella. Fue algo innato que no sabes que tienes dentro de ti, hasta que no peligra la vida de alguien o la tuya misma. Y respecto a tu segunda pregunta… respeto mucho a los que confeccionan esos trajes tan “cool”, pero me traicionaría a mí mismo el solo hecho de llevarlos. Entiéndelo, no va conmigo ese aire retro pasado de moda. Aunque sí te podría admitir, que de vez en cuando suelto algunas parrafadas en determinados momentos, que uno jamás se creería capaz de pronunciar hasta llegado el momento de la verdad. De hecho, recuerdo uno concretamente en el mismo hotel, que se murió de la risa mientras se desangraba por una herida que le causé por accidente. Casi me agradeció que nos conociésemos, pero no tuvimos apenas tiempo de charlar debidamente y contarnos lo mal que nos trataba la vida. Ya

sabes, por la cantidad de sangre que perdía y todo eso. Aunque murió pensando que formaba parte del servicio de habitaciones y hasta me dejó una propina —dijo orgulloso Alex, ocultando una verdad que le remordía todo su ser.

—¡Eso sí que me lo creo! Tienes una habilidad única para sacar de quicio a cualquiera —exclamó Roger vehemente y con gran ironía.

La conversación fue interrumpida irremediablemente. Las carcajadas de ambos no se hicieron esperar, y aunque no lo hubieran reconocido, estaban destinados a entenderse aunque fuera mediante un lenguaje poco expresivo que, hubiera alejado a la mayoría del común de los mortales. Pero era eso, o enfrentarse a la verdad.

—Por cierto… ¿cuál es el plan ahora? ¿Tenemos algún próximo destino, o simplemente iremos improvisando como de costumbre? —preguntó Roger, más curioso de lo normal.

—Tú pasarás la noche en un motel mientras me ocupo de un asunto personal —afirmó tajante y sin ironía alguna Alex.

—Tú no tienes vida íntima, así que si no me dejas ir contigo, es porque tienes una cita con alguna chica misteriosa, ¿estoy en lo cierto? —volvió a insistir Roger.

—Algo así, pero no en el sentido que cabría esperar. Mejor que no vengas… no quiero hacer de niñera. Bastante tendré con cuidarme de mí mismo —ratificó el que una vez fue la pesadilla de todos los inquilinos de un hotel.

—¿Tan grave es…? ¿Debería de preocuparme por tu bienestar, entonces? —preguntó retóricamente Roger, en un tono de lamento fingido.

—Por favor… ¿No te pondrás sentimental a estas alturas? —zanjó Alex, mientras un punto en el horizonte les advirtió a ambos, que un autoestopista estaba plantado en mitad de la nada esperando a que le dieran aventón. Sin embargo, lo que presenciaron ambos cuando el

bólido pasó lentamente por su costado, los dejó a ambos atónitos.

—No es ese… —dijo Roger, sin que las palabras le salieran de la boca.

—Sí, sí que lo es. Es Ted Bundy, o al menos es su doble personificado —apostilló Alex, incrédulo de sí mismo.

—¿Pero no se suponía que era él que recogía a la gente que hacía autoestop y no al contrario? —argumentó Roger, no exento de razón.

—No lo sé… Pero al parecer hay más avistamientos de asesinos en serie de los 70 y 80, que del mismísimo Rey del Rock and Roll —pronosticó Alex, mientras pisaba el pedal del acelerador, y dejaba en la cuneta a aquel fantasma que hacía las veces de histeria colectiva en los allá presentes. Sea como fuese, ambos se miraron y juraron no hablar nunca más de ese tema. Al menos, no antes de que estuvieran lo suficientemente alejados de dicha presencia, como para bromear sobre la reencarnación y otros asuntos de una vis cómica políticamente incorrecta. Aunque antes de que se les pasara por la cabeza, pararon el vehículo y se aseguraron de que ningún asesino en serie se les hubiera colado en el maletero. Así es como empezaban todas las sagas de terror.

ESTHER… ¿QUIÉN ERES?

Era medianoche, cuando Alex estacionó el vehículo cerca del punto de reunión. No le costó encontrar la famosa cabaña que copó tantas y tantas portadas en un tiempo remoto que sin embargo, equivalía a siglos para alguien como él. Echó un vistazo en el interior de la misma, y el olor a tragedia que se mascaba, no tardó en hacerse patente allá por dónde pisara. Nadie más había osado entrar en aquel lugar desde entonces, pues los rumores y las malas lenguas apuntaban que alguien se paseaba por las inmediaciones del lugar para recordar lo que hizo en su día. Y a veces, dicha persona iba acompañada de una presencia que desaparecía y volvía a aparecer de la nada. No eran testimonios aislados, era un patrón demasiado frecuente. Y Alex sabía que las casualidades, no existían en su mundo.

Cuando salió de aquella cabaña o de lo que quedaba de ella, se hizo una idea aproximada de a lo que en realidad se enfrentaba y, entonces sí, siguió el estrecho sendero que se enzarzaba en mitad del bosque, cual pasaje de un cuento infantil protagonizado por los adultos atormentados que una vez fueron niños en dicho cuento. Pero los adultos querían respuestas a preguntas para las que no estaban preparados. Quién sabe, si después de todo, no fue la mejor decisión de todas la de asistir a aquel encuentro nocturno. Quizás no, pero la persona que estaba buscando, tampoco se ocultaría más. El final del sendero moría en una especie de muelle donde al final del mismo, una silueta con gabardina amarilla resaltaba varada en mitad de la nada más absoluta, pareciendo saber de antemano su llegada.

—Todavía oigo sus gritos en mi cabeza todas las noches como si fueran parte de mí. Por eso me gusta estar cerca del lago. A veces logro que se calmen y dejen de suplicarme. ¿Has conocido esa sensación alguna vez? —dijo aquella silueta con voz femenina, mirando a un punto fijo del mar, mientras le daba la espalda a Alex

—Por lo general solo suelen hablarme los vivos, pero si te refieres a tener remordimientos, claro que los tengo. Hay muchas cosas que cambiaría, pero ya no tiene sentido pensar en ello. Me conformo con la clase de persona que soy ahora —contestó Alex, algo desconfiado y con sus sentidos alerta.

—¿Y qué clase de persona es esa? ¿La que busca repuestas

desesperadas en la otra parte del mundo con una total desconocida? Por favor aclárame a quién debo dirigirme, si al autor del hotel de los horrores o al anónimo héroe que ha salvado la vida de una mujer esta mañana… —adivinó la misteriosa joven, sin que moviera un solo músculo de su cuerpo para hablarle.

—A ambos. No puedo cambiar lo que hice en el pasado, pero eso no quita que le hiciera una promesa a alguien… y la voy a mantener cueste lo que cueste. Llámalo redención si te complace —ratificó Alex, fascinado y no sin cierta preocupación por la forma en la que aquella desconocida, se dirigía a él.

—¿Redención? Qué oportuna palabra. Por un momento hasta me ha parecido que conversaba con un ser racional, porque… ¿sabes qué? No eres la única persona que ha sufrido una infancia de mierda y no por ello, justifico mis crímenes por culpa de aquello. ¿Entiendes por dónde voy? —contestó enigmáticamente aquella mujer, provocando a su vez que el oleaje del mar se expresara con furia a sus palabras.

—Curiosa forma de resumir mi vida… Te has saltado algunas cosas importantes de por medio, pero eso sí que es ser directa. No tengo derecho al perdón, supongo… pero tampoco lo quiero ni pretendería fingir que mis acciones no han tenido consecuencias devastadoras. Y tú, ¿qué excusa tienes para no mirarte en el espejo? Esther, la chica desaparecida que casualmente no fue encontrada, y que hoy en día ya casi nadie recuerda su nombre. ¿Sabes qué pienso yo? Que esa cara de niña bonita y mojigata, bien podría haberte servido para matar tanto a tus padres como a la gente del banco, ¿no crees? —provocó Alex, en un intento por sacar de quicio a su homónima sanguinaria.

—Jamás he matado a nadie que no se lo mereciera. Eso no incluye a mis progenitores y a los que fuimos secuestrados aquel fatídico día. Tampoco es mi cometido convencerte de algo de lo que carece de sentido seguir hablando. Has venido buscando repuestas, pero quizás no te las pueda dar, porque no somos lo mismo. A cambio, sí te puedo ofrecer algo más valioso —sugirió a su prójimo, de la misma manera que a ella le fue ofrecida aquella “segunda oportunidad”.

—¿Ah si… como qué? Espero que no sea otro discurso o juro que me lanzo al mar. Es más, ahora que lo pienso, a lo mejor encuentro a tus padres en el fondo del lago. Nadie les culparía por ello —incidió

Alex, buscando una reacción en aquella persona o ser si es que aún le restaba atisbo alguno de humanidad.

—“Redención” —sentenció Esther.

—¿Redención? Adelante, estoy preparado para recibirla, aunque antes que nada, me gustaría reafirmarme en lo de “guapa” teniéndote a tan solo unos escasos pasos cerca de mí, si es que no has cambiado de aspecto desde que imprimieron los carteles con tu cara por toda la ciudad. Lo de mojigata sin embargo, está por ver —bromeó Alex, en su particular tira y afloja emocional con el que solía preceder a sus matanzas.

—Te aconsejaría que no des un paso más si no quieres convertir tu redención en un purgatorio —afirmó con rotundidad Esther, en un tono que hizo prever el peor de los presagios.

Su orgullo y obstinación, habían sido dos de sus grandes virtudes con las cuales se habría definido a sí mismo hasta el momento. Pero nunca hubiera sospechado, que también fueran su mayor debilidad. Haciendo caso omiso de la advertencia, Alex, dio un paso más enfrente y antes que pudiera desplegar sus armas de sus mangas, algo proveniente de su retaguardia, lo agarró por sus brazos impidiendo la salida de sus cuchillas y lo arrastró hasta casi el punto de partida del muelle, mientras la figura de la cada vez más enigmática Esther, se alejaba más y más. Y no solo en cuanto a distancia física se refería. En términos que ni él mismo podría describir, Alex, el nihilista consumado sin respeto ni sensibilidad por nada ni casi nadie; presenció durante su arrastre cómo unos cuerpos dispuestos en hilera bocabajo, se retorcían como peces suspendidos por un sistema de poleas. Al principio dudó de lo que si estaba presenciando era real o producto de su malsana imaginación, aunque su mente no se caracterizara por percibir “cosas” en lugares donde no debieran estar. Porque de haberlo sido, claramente habría ejercido de psíquico en una sitcom de renombre resolviendo crímenes como detective privado en vez de provocarlos él mismo. Esa idea le mantuvo la cabeza ocupada de otros pensamientos que no estuvieran relacionados con fantasmas y apariciones varias, hasta que definitivamente fue liberado de la sujeción a la que había estado sometido sin razón alguna.

Boca arriba y estirado en el muelle, pudo apreciar el magnífico

firmamento que se dibujaba allá en lo más alto de todo, y se prometió a sí mismo, alzar más la vista de vez en cuando ni tan siquiera fuera para contemplar constelaciones cuyos nombres, jamás llegaría a aprenderse y quién sabe si una con la figura de un león de dibujos animados, haría también acto de presencia. También apreció la presencia del sujeto que le había estado llevando en amarras, y no parecía del tipo conversador como a él le hubiera gustado.

—¿Supongo que no me has traído aquí para compartir tus conocimientos de astrología conmigo, no? —dijo Alex, mientras sopesaba que necesitaría más que de su propio ingenio para salir con vida del aquel lugar maldito.

La respuesta no se hizo esperar, pero no fue un dialogo especialmente fluido aquel. Quizás fue por su instinto, o simplemente suerte la que le hizo girar su cuerpo lo justo para que no quedara partido en dos como el tablón de madera que sí lo hizo en su lugar. Un cuchillo alargado en forma de espiral, reposaba ensartado justo a su lado. Pero lo peor no es que no hubiera visto nada semejante a aquello en toda su vida sino que además, del mismo filo se generaron multitudes de voces de seres o entidades que no parecían estar alegres, precisamente. La sola idea de permanecer atrapado toda una eternidad en un espacio tan estrecho e incómodo, no le agradó demasiado, pero… “a quién iba engañar si ni él mismo podría tragarse tal cuento de hadas?”, se preguntó, mientras trataba de darle un sentido a todo lo que estaba sucediendo sin perder la cordura que le restaba. Algo aún más difícil de creer si cabía.

Superado el shock inicial, trató de recuperar la posición para poder encararse a su enemigo en condiciones, y de paso para no quedar empalado como si de un guiso de cerdo se tratara. Dicho y hecho, no le concedió más oportunidades para ser su blanco de prácticas, y con un rápido movimiento de evasión, se incorporó instantáneamente a su homónimo, que por algún motivo, le hizo sentir más escalofríos que cuando estaba indefenso instantes atrás a su plena merced. La razón, no era su semblante gélido ni su apariencia jovial, que contrastaban radicalmente con unos ojos que parecían haber visto cosas que estaban fuera de la comprensión de cualquiera de los común mortales. No era por nada de eso, sino más bien el hecho de estar parado frente a aquello y verse reflejado a través de un espejo que conectaba a otro mundo, sensación bastante desagradable que

jamás había experimentado y que le atormentaba por más que se resistiera. En realidad, la explicación era más sencilla que todo aquello.

—Eres uno de los rehenes que formaban parte del banco, pero a diferencia de Esther, tu destino fue drásticamente opuesto al de ella. ¿Entonces qué se supone que eres, un delirio mío o un fantasma cabreado que busca sus restos para que le hagan un funeral a la altura? —preguntó Alex a tan enigmático personaje, sin perder nunca el humor incluso en la peor de las situaciones.

Nada le impidió a Alex poder rebanarle en dos pedazos. Incluso con su oponente desarmado. Pero no lo hizo. Una fuerza parecía someterlo a un extraño influjo mientras aquel eco del pasado se acercaba lentamente hasta tenerle a un palmo. "¿Era miedo?", no lo creyó. Quizás ni existía la palabra adecuada para definir qué era, pero la noche estaba llena de sorpresas, y esta solo acababa de comenzar.

—*Fíjate, no necesito matarte para vencerte. Puedo ver el miedo en tus ojos que aún albergas y esas dudas sobre el sentido de tu existencia. Y la repuesta a todas esas preguntas, soy yo. No tiene sentido alargar más todo ese sufrimiento interno, nunca serás perdonado. Nadie te querrá cuando sepan lo que eres y lo que has sido.* ***¡Nadie lo hará!*** —entonó aquella presencia, recodando todas y cada una de las heridas que todavía no habían cauterizado en la psique de Alex. Puede que nunca lo hicieran.

REGRESO AL LUGAR DONDE COMENZÓ TODO

Cuando emprendió el viaje más importante de su vida para dar sentido a las palabras de Joana, en sus planes no contaba el enfrentarse a nada parecido que fuera una versión antigua de sí mismo. Creía con su arrogancia habitual, que nada ni nadie podría derrotarlo jamás, pero aquella no era una batalla en la que pudiera atravesar a su adversario sin dañarse a él mismo también. Lo supo en cuanto su cuerpo, un envoltorio vacío, era incapaz de obedecer cualquier orden suya que, no fuera observar cómo aquel individuo tan parecido a él y a la vez tan lejano en el tiempo, se acercaba y posaba sus manos sobre sus muñecas y las colocaba por debajo de su barbilla intencionadamente. Eso lo asustó aún más si cabe, que el hecho de que sus articulaciones no respondieran a ningún estímulo. No estaba preparado para morir y menos aún, para reunirse con la única persona con la que había conectado emocionalmente o al menos con la que había tratado de entenderlo. “Qué hipócrita de mi parte…”. “No estoy preparado para morir…”, se dijo a sí mismo sin poder aguantarse la risa, como si el resto de desafortunados que se habían topado con él en las inmediaciones de un apacible hotel, sí lo estuviesen. De todas maneras ya nada importaba. Alguien había tomado la decisión por él y nada podría cambiarlo. Cerró los ojos y esperó su sangriento final. ¿Cómo sino debería ser para alguien como él? ¿Sentado en un porche mientras contemplaba a su familia jugar en el campo, alejados del ruido de la civilización? No parecía probable. Sin embargo, algo ocurrió cuando bajó los párpados. No había rastro alguno de oscuridad. Tampoco estaba sentado en un porche mascando tabaco ni contemplando sus caballos surcando el viento, pero sí reconocía el lugar en que se hallaba. Era la sala de recepción de un hotel y no uno cualquiera. En el mostrador, una Joana pletórica y radiante, atendía a los huéspedes que se alojaban, muchos de los cuales habían sido asesinados por la misma persona que ahora los contemplaba desde la distancia. No había indicios de que nada allá, hubiera pasado. ¿Era aquello lo más parecido a la normalidad de lo que nunca estuvo? Probablemente. Y lo más extraño, es que ni siquiera portaba sus armas. Por primera en mucho tiempo, se sentía como alguien corriente sin ver a los demás como presas suyas.

—Porque no las necesitas —le respondió Joana, como si fuera capaz de leer su mente, mientras despachaba a una feliz pareja que había pasado a mejor vida.

—¿Cómo dices? ¿De verdad puedes verme? ¿Esto no es un sueño del que me despertaré y en el cual resultará que jamás he matado a nadie? Ya sabes… ¿como cuando a los guionistas se les agotan las ideas y no saben cómo terminar una historia? —preguntó de forma encadenada Alex, sin que diera crédito a lo que estaba sucediendo.

—¿Te has dado cuenta que podríamos haber sido nosotros esta pareja? Quizás en otra vida, quién sabe... aunque para ti aún no es demasiado tarde todavía —adivinó Joana, dejando cuestiones en el aire que nunca fueron resueltas.

—¿En serio? No conocía esa faceta romántica de tu parte, pero me alegro de no haberla conocido a tiempo. Por cierto, sea el cielo o el infierno donde me encuentre ahora, es de agradecer que no se proyecte el típico rayo de luz iluminando la estancia o a nosotros en especial. No soporto los tópicos y menos si van acompañados de música lacrimógena —bromeó Alex, esquivando matices de su propio ser para los que aún no estaba preparado para enfrentarse.

—Tranquilo, no estás en ninguno de los dos sitios, más que nada porque dudo que te acogieran en alguno de ellos. No podría decir lo mismo de mi hijo. He de reconocer que estás haciendo un gran trabajo y aunque no te guste admitirlo, le caes bien y tú a él —reveló la aparición de Joana, como si no hubiese apartado la mirada de ninguno de los dos desde que decidiera abandonar este mundo.

—Sí… quién lo iba a imaginar... haciendo de canguro... pero aquí me tienes. Solo enseñándole cosas malas e irresponsables porque, ¿a quién iba engañar yo? Para las cosas aburridas, no serviría —confesó Alex, quitando mérito a su labor. En realidad nunca se le dieron bien los cumplidos. Tampoco estaba acostumbrado a recibirlos.

—Puede o puede que no. Nadie está preparado para nada hasta que llega el momento. Estaba claro que para recordarte quién fuiste en el pasado, no lo estabas —dejó caer Joana, como si ella aceptara sin condiciones todo lo que había sido y lo que era Alex.

—No lo entiendo. ¿Por qué ese joven del muelle es tan parecido a

mí? Sé que no somos la misma persona, pero me da miedo contemplar el monstruo que habitaba en mí y que me controlaba —dijo Alex, algo temeroso por verse reflejado en un espejo que le juzgaba por su pasado.

—No debes tenerle miedo. Ahora tú lo controlas a él. El no actuar como hacías antes no te hace más débil, sino todo lo contrario. Te hace más fuerte. Él anhela todo lo que tienes porque jamás lo tuvo. Recuérdalo siempre —puntualizó Joana sensatamente, sin que parara de atender a la gente que venía a hospedarse y perdiera la sonrisa en ningún momento. Alex pensó, que quizás sin su presencia, el hotel habría alcanzado grandes reseñas en "hotelapp" y otras webs de hospedaje, en vez de hacerse famoso por culpa de docuseries criminales que, trataban burdamente de encontrar una explicación alternativa a un guerra territorial entre bandas. Incluso, llevaron a un médium que contactó con el verdadero artífice de tal masacre. Aquella parte, era la favorita de Alex, aunque jamás recibiera ninguna llamada de ninguna productora.

—Y esa mujer, Esther… ¿quién se supone que es? Creía que solo iba a encontrar a una persona… pero me ha cogido totalmente desprevenido esto… —prosiguió Alex, sin saber de qué modo debía de actuar.

—Vaya pregunta. Ella se replantearía lo mismo si nos viera ahora a nosotros dos en esta especie de anuncio publicitario, ¿no lo crees? Pero no esperes decírselo en el mostrador de un hotel… no reacciona bien a las hostilidades, a diferencia de otras, ¿me entiendes por dónde voy? —asintió Joana, guiñándole un ojo cómplice. Definitivamente, no sabía guiñar el ojo, pero Alex rehusó en remarcar tal anécdota.

—Puede… ¿Pero si sabes todas las respuestas, no sería más lógico que me contestaras directamente sin más acertijos? —recalcó acertadamente el artista de los horrores.

—¿Y entonces qué gracia tendría tenerlo resuelto todo? Debo entretenerme con algo mientras atiendo al personal eternamente —continuó la broma la que fue sin lugar a dudas, la mejor amiga que ningún asesino en serie, jamás podría tener.

—¿En serio estás presa eternamente? —vaciló su alma gemela, intentando hacerla reír aún después de muerta.

—No, claro que no idiota. Pero se me ocurrió que este lugar serviría para hacerte volver en sí. A todo esto… se nos agota el tiempo y ya hemos malgastado más de la mitad hablando sobre cosas sin importancia… Supongo que al menos me habrás echado de menos, ¿no? —se despidió la que fue recepcionista de un hotel que conoció demasiado bien.

—¡Es… Espera, no te vayas! Aún me faltan muchas cosas por preguntarte... ¿cuándo volveremos a vernos… cómo…? —gritó Alex, intentando que aquel momento perdurara para siempre. Como mínimo, esta vez sí que había podido despedirse de ella.

Y así fue cómo el sonido de su dulce risa se desvanecía con su silueta, y con ello toda esperanza de volver a estar con ella. También el hotel, al que afortunadamente le reconfortaba la idea de no cumplir condena eternamente en él cuando llegara su momento. Ya se había hartado de él, y la idea de cumplir condena en cualquier otro sitio, le convencía más que pasear hasta el infinito por los mismos pasillos y habitaciones en los que había acechado en tantas y tantas ocasiones a sus inquilinos. Exacto. Y afortunadamente, ese momento aún no había llegado.

Abrió los ojos y ante él una realidad completamente distinta, se plantaba delante suyo. O quizás es que ya no la veía con los mismos ojos y alguien lo hacía en su lugar. Fuera lo que fuera, apartó las cuchillas de su propia órbita y miró fijamente a aquel sujeto de igual forma que él hubiera hecho si se intercambiaran las situaciones. Ya no ejercía ningún control sobre su cabeza. Solo era un monstruo que existía en aquel lugar que lo ataba a su pasado. Y nada más que eso.

—¿Sabes qué me ha dicho una vieja amiga hace un instante? Que en realidad, quien tiene miedo es el que no ha hecho nada bueno en su vida y no tiene a nadie quien le recuerde. Me parece que entiendes de ambas cosas, pero lamento informarte que no eres la respuesta que estaba buscando. Solo eres un obstáculo más en mi camino y lo sortearé de la mejor manera que sé hacer. Dividiéndote en dos mitades.

Sus palabras fueron la entrada ideal para desplegar ambas cuchillas de sus brazos, acto que se asemejaba más a una expresión de liberación en sí misma más que a cualquier otra cosa. Pero fue una sensación a medias. Al menos así lo sintió, cuando el metal chocó contra aquel cuerpo vaporoso partiéndolo en horizontal o como supuestamente, debería haber sucedido. Pero no hablábamos de alguien cualquiera en este caso. Ni siquiera respiraba el mismo aire que el resto de los mortales, pero sus actos en vida lo mantenían aferrado a este muelle. Quizás nada del más allá podía contener su oscuridad y este era su mayor castigo. O simplemente no había explicación ninguna, y todos los personajes de aquella novela de terror, habían muerto en un accidente de coche y eran producto de un sueño. “Definitivamente, no.”, meditó Alex, pensando un final a la altura para aquella obra. Pero todavía era pronto.

—Olvidaba que eras un espíritu atormentado o alguna clase de fantasma vengati… ¡Perdón, no era mi intención! Mis disculpas por adelantado. Y, si ya has soltado todo la parrafada que tenías que decirme y has cumplido con tu cupo de apariciones por día, te agradecería perderte de vista. Si lo que pretendías era asustarme, mis felicitaciones, lo has conseguido satisfactoriamente. Pero debo atender asuntos más urgentes ahora mismo que, el ayudarte con que te reconcilies con tu pasado de mierda —le dedicó Alex a aquel espíritu que residía en los muelles, con la misma naturalidad con la que antaño solía despedazar a la gente.

—Esto no ha terminado. Nos volveremos a ver y será, cuando menos te lo esperes. Disfruta de la compañía.

Cual vaho, se desvaneció ante sus narices con aquella pérfida sonrisa que tanto le recordaba a Alex a sí mismo en otra época, pero para su alivio, ya no había rastro de él más que aquella enigmática frase de despedida. No era ningún misterio, era una advertencia sin más. Todo aquel jaleo sin embargo, le había distraído de su principal preocupación, dándole la espalda a un enemigo que se había acercado lo suficiente como para sorprenderle. Pero para su asombro, no fue Esther quien le pilló desprevenido. Dos manos putrefactas pertenecientes a uno de los cuerpos colgantes, le sujetaron por los tobillos y le hicieron caer inevitablemente sobre su propio eje. Lo delirante de la situación, es que el causante de aquella

agresión, era la primera víctima que le fue ofrecida a Esther y que paradójicamente, aún se tambaleaba antes de ser sacrificada cual regalo de iniciación por su extraño mentor. Pero aquello era otra historia perteneciente al pasado. Lo que concernía era el presente, y este no pintaba muy esperanzador a priori.

Esther se abalanzó sobre él, blandiendo el mismo cuchillo en forma de espiral que a punto estuvo de abrirle en canal momentos antes, y que ahora, había cambiado de dueño inexplicablemente pero no así de pasar a ser el blanco de su ira. En esta ocasión, trató de rebanarle la cabeza cual una guillotina deslizando su filamento por encima de su garganta, pero algo la detuvo justo cuando parecía que formaría a pasar parte de aquel grupo de cuerpos colgantes retorciéndose, cual castigo sempiterno por sus crímenes cometidos en otra vida. Las cuchillas de Alex se proyectaron en forma de cruz sobre su rostro y detuvieron el tremendo impacto, aunque no así la mirada acusatoria de aquella inclasificable mujer que apenas sobrepasaba los 20, pero que parecía acumular más vidas que la actual que pesaba sobre su afligida alma. En cierta manera, hasta le recordó a Joana, pero sin el aprendizaje previo antes de aceptar en lo que se había convertido. Eso le lleno de satisfacción y también de dudas. Si su amiga le arrancó el corazón a su mayor enemigo, ¿qué sería capaz de hacerle Esther? No esperó a comprobarlo, y la apartó de un fuerte puntapié en el estómago que le dio unos valiosos segundos para rearmarse y contraatacar, pero sin más dilación, su posterior movimiento con una de sus afiladas hojas, fue repelido inapelablemente por una Esther dotada de algo más que de un objeto utilizado para sacrificios rituales.

—¿Cómo hiciste eso? Acaso tienes ojos en la nuca… o… no es posible… no… —preguntó Alex, intentando comprender a qué y quién se enfrentaba.

—Exacto. No eres tan ignorante como te había supuesto —desveló Esther, sorprendida por lo ocurrido.

—Entonces está claro que no es un simple adorno para aparentar o en el mejor de los casos, para impresionar a tus víctimas —intuyó un Alex que ya empezaba a coquetear con mundos ocultos aparcando su escepticismo a un lado.

—Es más un órgano que un utensilio para cazar, al igual que esas láminas de acero que se esconden en tus brazos, que podrían

considerarse como una extensión más de tu cuerpo —profirió la chica a la que le fue arrebatada su vida, para que una nueva creciera en su interior.

—Esto se pone interesante, he de reconocer que nunca antes, nadie me había ocasionado tantos problemas como tú y tu amiguito. Formáis un gran tándem, aunque no sois muy sociales, todo hay que decirlo —bromeó, con su habitual tono para desquiciar tanto a humanos como a entidades más allá de su comprensión.

—No es mi amigo. Pero tampoco voy a pretender que alguien tan simple como tú, vaya a entender algo tan complejo que no sería capaz de comprender ni con un boceto hecho por niños. No obstante, si tratas de atravesarme con tu otra cuchilla, te arrastraré conmigo aunque tenga que abrirme paso a través de mi propia carne para llegar hasta ti, y créeme que lo haré. Todo el dolor que has causado a tanta gente inocente, lo sentirás como si se volviera en contra tuya. Y aunque muramos ambos, la muerte será inconmensurablemente más cruel contigo que conmigo.

—Sabes… me has convencido… Pero no porque te tenga miedo a ti o a esa cosa tuya… Es porque me recuerdas… —dejó en suspenso, sin poder terminar aquella dolorosa frase.

—Sí, lo sé, también me ocurre contigo. Aunque hablas demasiado para mi gusto. No podría soportarte demasiado tiempo a mi lado, así que no te ilusiones demasiado —tendió la mano Esther, ante el asombro de su adversario.

—No lo hago, solo meditaba cómo una joven tan bonita y aparentemente inocente, podría acabar con la vida de una madre después de perder a su hija, para acto y seguido ajusticiar a los mismos responsables de la muerte de su hija. Dios… resulta retorcido hasta para mí... pero supongo que no es la primera vez que sales a jugar y, haces realidad esas fantasías que pasan por tu cabeza... Perfecta cabeza. ¿Te suena el nombre de Margaret? —satirizó Alex, no sin cierta base verídica.

—Claro que me suena ese nombre. Aunque primero de todo, detesto los halagos. Y segundo, eres más torpe de lo que había imaginado incluso antes de que llegaras. No maté a nadie del banco, por

supuesto. Al menos a nadie que no se lo mereciera. Pero eso carece de importancia ahora mismo, y no tengo ganas de contarlo de un modo lo suficientemente básico, como para que alcances a entenderlo.

—Gracias por tu comprensión, chica desaparecida. Por cierto, ¿retiramos ya los carteles de los postes con tu foto, o les mantenemos todavía más en vilo a quienes te sigan buscando? —ironizó Alex, haciendo gala de un amplio sentido del humor y de la crueldad, al mismo tiempo.

—De nada… y en cuanto tu segunda cuestión… ni siquiera voy a perder energía en contestarte. A lo que voy, es que quien mató a esa mujer, se aprovechó de su tragedia y la utilizó para su propio divertimento, mientras le proporcionaba a los culpables en bandeja y contemplaba cómo su odio hacía el resto. Luego acabó con ella una vez terminado el juego… pero hay cosas que no logro encajar. El detective que llevaba el caso, un tal Brad, fue encontrado muerto en la misma cabaña donde fue hallado el cadáver de Margaret, y su mujer desapareció al poco que le asignaran este mismo caso. Y eso no es todo. La hija de Brad quedó traumatizada después de presenciar cómo se llevaban a sus padres. Incluso un testigo afirmó declarar cómo una criatura de ojos rojos custodiada por dos perros, era el responsable de raptarlos. Pero nadie dio credibilidad al testimonio de un niño.

—¿Entonces nos enfrentamos a una especie de demonio contemporáneo, o más al estilo clásico, con cuernos y cola? —De nuevo satirizó, sin que Esther comprendiera la magnitud de su macabro sentido del humor.

—No lo creo. Pero tampoco dudo en lo que creyó haber visto el testigo. El problema como suele ocurrir, es depende de cómo se interpreten los hechos. Lo que le parecieron unos ojos que cambiaban de color, podrían ser unas gafas de visión de nocturna.

—Qué decepción... entonces es algo humano y no un monstruo surgido del inframundo… no obstante, ¿no me negarás que lo de los perros no es mucha casualidad?

—No sé por qué, sabía que dirías algo así. Y sinceramente, es la

parte que menos me preocupa de todo lo que te he relatado... Sea como fuere, hay que detenerlo antes que alguien más sufra.

—No lo entiendo… ¿entonces estamos juntos en "esto"? Creía que querías matarme y yo a ti, estoy confuso… acuérdate que soy básico para relaciones que conlleven un gran esfuerzo de empatía por mi parte y que además, no incluyan una gran cantidad de muertes por el camino.

—No estamos juntos, pero eres lo mejor que tengo antes de ir a por él. Y honestamente, no sé a qué nos vamos a enfrentar pero voy a necesitar toda la ayuda posible. Además, no eres tan inútil como creía, te sabes defender bien a pesar de lo cretino y arrogante que eres —avanzó Esther, dando su brazo a torcer por una causa mayor.

—¡Genial pues! ¡Choca esos cinco! —dijo Alex eufórico, ofreciendo la palma de su mano sospechosamente. Esther declinó tal ofrenda de paz por motivos lógicos.

—Ni en tus sueños —aseveró firmemente, señalándole el fondo del mar con su hoja circular, o lo que era lo mismo, mostrándole dónde terminaría si intentaba alguno de sus numeritos.

—Es broma... hay que mejorar ese sentido del humor, no puedes estar tan seria todo el rato. La gente podría confundirte con mi madre, y créeme, eso no es algo bueno. Y no lo digo por la edad, que conste… De todos modos, apuesto lo que quieras a que la última vez que sonreíste, fue cuando mataste a alguien, ¿me equivoco? —provocó intencionadamente, a la que sin duda podría sustituir con total garantía de éxito a su otrora compañera y socia en el crimen, Joana.

—Oh, por Dios… creo que ha sido mala idea dejarte con vida —suspiró la joven con semblante ya no tan serio.

—Relájate, aún me tienes que contar quién es ese tipo escalofriante que te acompaña. Espero que no me aparezca detrás de alguna puerta o tras un espejo, porque creo que me moriría del mismo susto. Además, creo que no le caigo bien.

—Tranquilo, aún es pronto para ganarte mi confianza y menos, hasta que no me expliques qué ocurrió en ese hotel. Nadie cambia tanto de un día para otro.

—Yo lo hice. Aunque jamás lo hubiera hecho por mí mismo. Alguien me ayudó.

—¿Quién?

—Es largo de explicar, misteriosa “chica que los periódicos”.

—Entonces cuéntamelo por el camino. Tenemos todo el tiempo del mundo.

EPÍLOGO

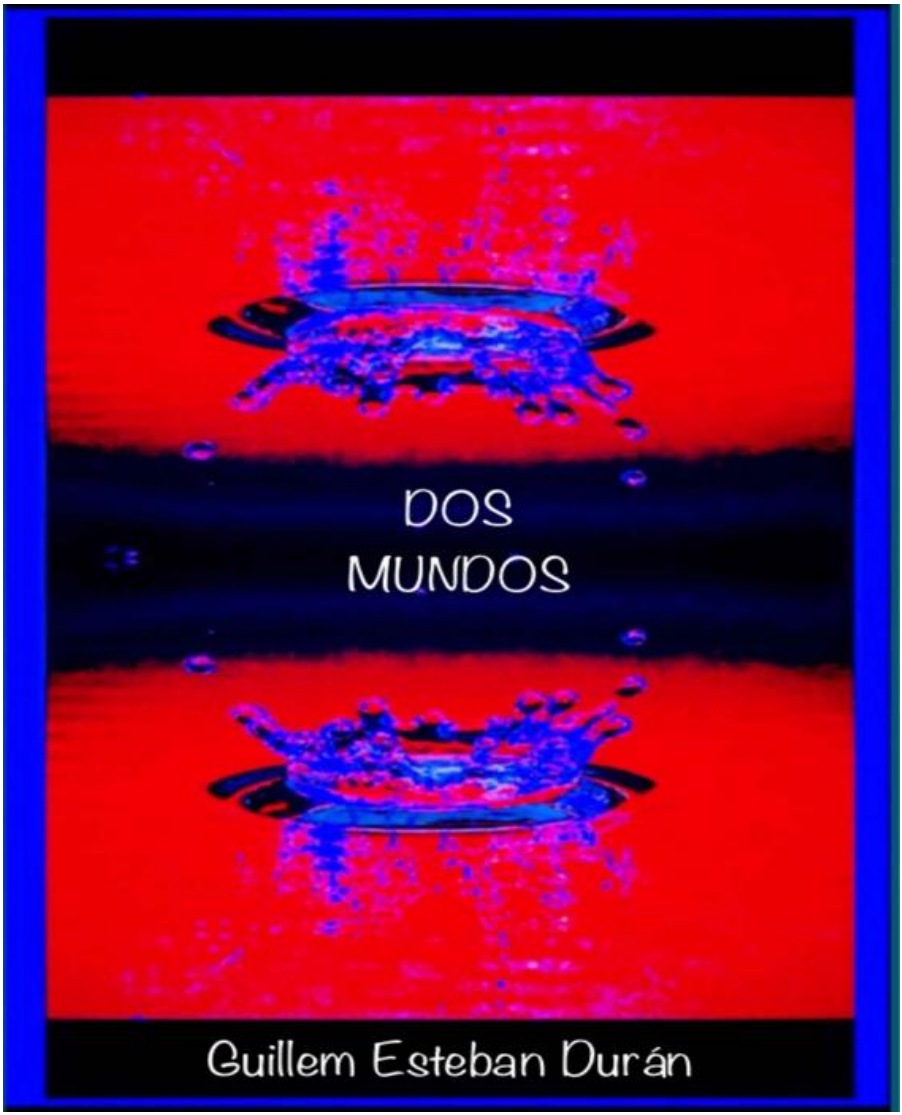
En un lugar no muy alejado de aquel muelle, dos ojos rojos han sido testigos de aquel encuentro especial y despierta en ellos, una curiosidad hasta ahora desconocida y malsana. Pero no está solo. El sonido de unas cadenas arrastrándose lo acompañaban en todo momento. Un ejército entero lo hacía.

CONTINUARÁ EN EL VALS DEL INFIERNO…

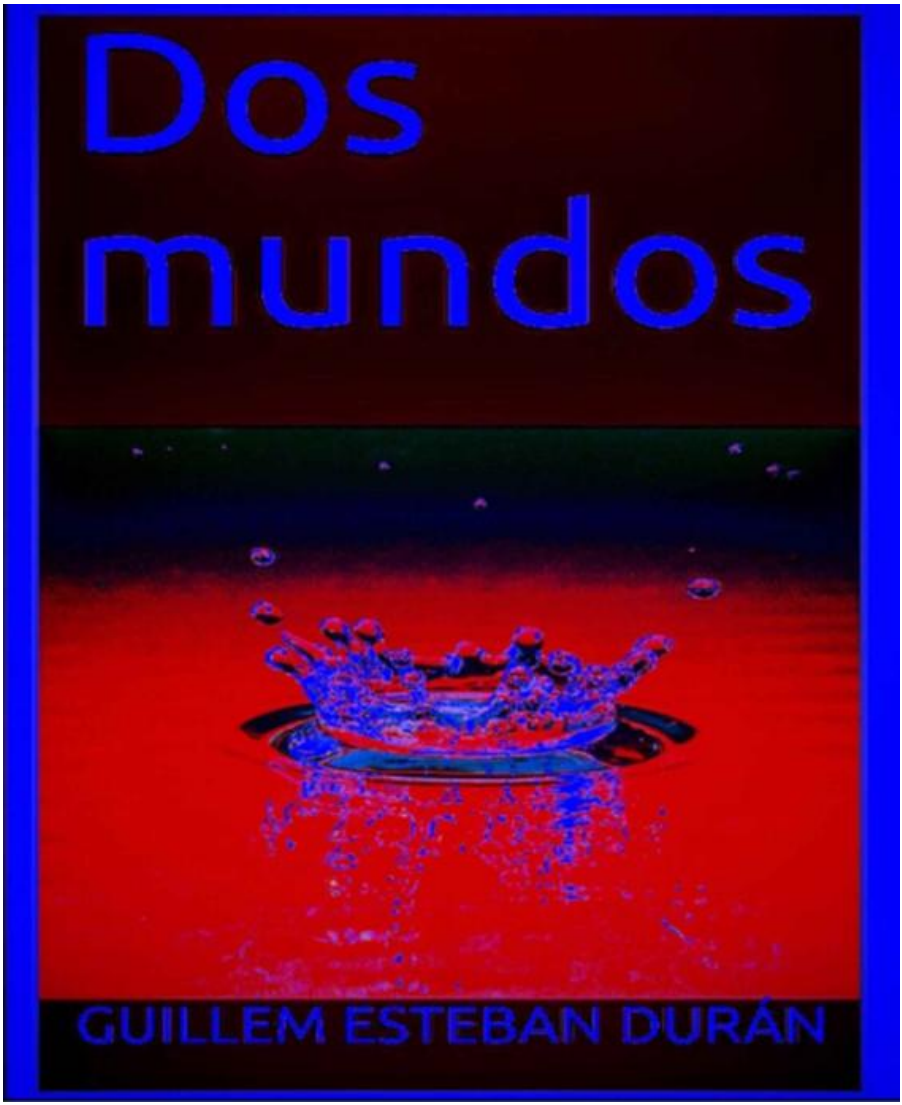
BIOGRAFÍA EN DOS MITADES

Guillem Esteban Durán, nacido en Barcelona, 1987. Recientemente ha autopublicado la Saga de terror Los Condenados dividida en cinco partes (El legado de Esther, El Hotel de la redención, El tiempo detenido, Dos mundos y El vals del infierno) y, ha empezado otra saga, La espiral del miedo (La mujer sin forma, El asesino de las mil caras, El funeral de los vivos, La casa de los recuerdos olvidados y una última parte aún no publicada que será el broche final a una historia que lleva en mí desde los dieciocho años, El fuego que consume). También ha escrito otras obras individuales que contienen constantes guiños a otros títulos. Uróboros, La escalera de corazones, J. Rider Detective Paranormal y su homónima La novela sin fin, El devorador de mundos, El mejor amigo del hombre, No se lo cuentes a tu vecino además de dos libros antología titulados Micro relatos de lo intangible y Los engranajes de la muerte, con más de una quincena de relatos de terror y ciencia ficción, son solo algunos de los ejemplos.

También a destacar mi participación en el libro "7 pecados. Antología de relatos" y en "Mitogénesis. Antología de relatos" donde participo en varios fragmentos de los libros del sello de LdSangre Books (@letrasde.sangre).


DOS
MUNDOS
Guillem Esteban Durán

Dos mundos



GUILLEM ESTEBAN DURÁN

SAGA
Los Condenados

FINAL

EL VALS DEL INFIERNO

FINAL

EL VALS DEL INFIERNO

“La serpiente de dos cabezas finalmente se miró al espejo”.

Introducción

Podría ser el final del mundo o el principio de uno nuevo. Qué más daba. Ambos habían recorrido demasiada distancia por separado como para rendirse tan pronto juntos. Estaban condenados a entenderse, por más que ella tuviera sus dudas sobre la cuestionable moralidad que rodeaba a aquel personaje tan siniestro como su mentor, pero a la vez, tan diferente y hasta cercano en ocasiones. Esther pensó que quizás para él, su existencia le recordaba a la de otra persona, quizás la misma que le cambió la vida. Pero no se atrevió a preguntar. Ninguno de los dos lo hizo. Un largo silencio reinaba desde que las historias de uno y otro, habían sido reveladas como parte de una confesión compartida. Pero nadie les iba a juzgar ni para bien ni para mal. Ellos eran los jueces de su propio destino.

—Tengo la extraña sensación que algo nos lleva observando desde que dejamos el sendero y nos introdujimos en la autopista. Tú deberías saber eso mejor que nadie —dijo Esther, sin parar de echar la vista atrás, oscilando una preocupación creciente. Alex, sin embargo, no pudo dejar de pensar en si aquel encuentro con el doble de Ted Bundy, podía estar relacionado con una extraña convención de asesinos en serie celebrada en el país de Tío Sam, o si en realidad, tenía algo que ver con la escalofriante sensación de sentirse vigilado. Sonrió levemente y continuó al volante ansioso por compartir aquella experiencia con Roger.

—Probablemente se trate de tu amigo, el de la guadaña. Me parece que el llevar muerto tanto tiempo, lo ha convertido en un ser amargado y sin sentido del humor —contestó Alex, sarcásticamente. Ya era habitual que hasta se riera de la propia muerte.

—No es él, te lo aseguro. Y por cierto, has tenido suerte en que te haya dejado vivir. Algo debe haber visto en ti, que le haya gustado mínimamente como para que no hayas acabado exhibido como un cuadro en su particular definición de museo —ratificó tajantemente, muy segura de sus propias palabras. Siempre lo estaba.

—Respecto a eso… algo te quería comentar. Hay muchas cosas que he visto esta noche que no sé ni cómo explicarlas y la verdad, es que no sé si tan siquiera quiero entenderlas. El mundo ya era bastante complicado de por sí, como para lidiar con la mierda que he

presenciado. Prefiero los gánsteres de gama alta con armas automáticas fingiendo acento… que el simple hecho de tenerme que enfrentar a ese tipo nuevamente si se diera la ocasión —confesó irónicamente el inquilino que ningún hotel querría tener para que se hospedara.

—Bueno, debe ser extraño verse a sí mismo sin pararse a pensar en el daño que has podido ocasionar a todas las personas que se han topado contigo en el pasado. Él tampoco entiende exactamente qué es lo que eres, y eso también lo ha asustado. O al menos le ha despertado la curiosidad. Nunca lo había visto tomarse las cosas de manera tan personal —reveló a modo de enigma la chica con gabardina amarilla.

—Espera un momento… ¿Quieres decir que estás en permanente contacto con ese monstruo? ¿Tenéis simbiosis… o se te aparece sin avisar en cualquier momento? —preguntó, curioso por saber más sobre todo lo que rodeaba el mundo paranormal. O quizás, solo por el gusto de incordiar.

—No exactamente, cuanto menos sepas… mejor para ti, créeme. Solo te diré que a él le da igual la sangre de quien derrame, mientras "la" utilice con un solo propósito.

—Cuando dices "la", ¿te refieres a esa cosa que llevas encima?

—Sí. Mejor que haya caído en mis manos que no en las de un perturbado. Sabía perfectamente qué es lo que hacía cuando acepté su ofrenda.

—¡Claro que sí! ¿Menos mal que no ha ido a parar en manos de ningún perturbado o perturbad "a", eh? —bromeó Alex, sin poder dejar de meter la daga en la herida.

—Obviando tu retórica, ¿qué me dices de ti? ¿Algo extraordinario más que añadir a tu extenso currículum criminal, antes de ser imbuido por una especie de conciencia parecida a la de un ser humano? —contraatacó, utilizando las mismas armas que su compañero.

—¿Bueno, no te lo creerás, pero si te dijera que una persona muerta

me hablo al oído y no fui capaz de abrir los ojos ? —dijo, aludiendo claramente a la figura de la malograda Joana.

—Te diría que tienes una imaginación desbordante para dedicarte solo a matar. Podrías alternar tu hobbie con otras actividades más sanas que no impliquen más muerte y destrucción. Sal, diviértete con más personas y asegúrate de dejarlas con vida, por aquello del seguir hablando y quedando con ellas —satirizó, contagiándose de aquel humor macabro tan propio de su afilado acompañante.

—Eso estoy haciendo ahora mismo. Aunque no me lo las puesto muy fácil para una primera cita —replicó a la altura su nuevo socio en el crimen, cuya mordaz lengua no tenía nada que envidiar a sus letales cuchillas.

—Sigue soñando. ¿Por cierto cuanto falta para llegar al motel?

—Continúa unos minutos más en esta dirección. Luego giras en el primer desvío a la derecha, y cuando veas muchas luces parpadeando de un letrero al que le faltan casi todas las letras, entonces es que hemos llegado a nuestro destino —indicó Alex, ejerciendo de guía turístico al siguiente museo de los horrores.

—Tu destino, dirás. Estamos de paso por tu cometido de niñera. Aunque tienes suerte de que me gusten los niños —deslizó Esther, abriéndose de par en par y mostrando nuevas facetas suyas desconocidas hasta para sí misma.

—¿Pero no sabes si a ellos les gustarías, cierto? Imagínate que los llevas de excursión a ese amarradero tuyo con aquellas personas balanceándose, y con la parca como atracciones principales. Creo que saldrían traumatizados. O peor aún, saldrían como nosotros.

—¿Sabes que si no fuera porque tenemos un acuerdo juntos, te mataría ahora mismo, “artista de los horrores”?

—Lo sé, cariño. ¿Te he dicho lo guapa que te pones cuando me amenazas de muerte?

PRESENTACIONES INDEBIDAS

Cuando aparcaron en mitad de la marabunta de coches que habían estacionado delante del motel, la sensación de que ambos estaban lejos del lugar donde realmente pertenecían, se hizo más que patente si cabe cuando ambos se miraron fijamente y asintieron en un claro gesto de disconformidad. No era un gran avance, pero al menos ya no tendrían que cuidarse las espaldas el uno del otro. O eso pensaron ambos sin necesidad de leerse el pensamiento. Aunque nadie los hubiera creído.

Siguieron avanzando entre una extraña mezcla de indiferencia y curiosidad perpetua que se profesaban, al ser algo así como dos especies en peligro de extinción que no tenían cabida en este mundo. Esther, no pudo soportar más el silencio que les había acompañado desde que bajaron del auto, y se quedó parada enfrente de su compañero de travesía agarrándolo de la camisa sin mediar palabra. Su 1,70 y su estilizada figura en realidad, no eran más que pura fachada. Por dentro se sentía como si todos la hubieran rechazado en cada aspecto de la vida, hasta en el amoroso. Se sentía fea, pero no era una fealdad que se pudiera traducir con palabras, sino solo a través de los actos que la habían condenado a ser lo que era. Y… ¿qué es lo que era?

—Escúchame atentamente: No me gustas, no eres mi tipo ni vamos a tener nada aunque fuésemos los últimos habitantes de este planeta, ¿te ha quedado bien claro? —le dijo Esther a su homónimo Alex, en un claro intento por romper el hielo.

—¡Menos mal Me sentía algo incómodo por el hecho de que pudieras desarrollar sentimientos hacia mí y luego, tener que romperte el corazón. Una cosa es matar y otra muy diferente, jugar con alguien. Qué poca ética tiene la gente que actúa así… —contestó Alex, deleitándose por aquel inolvidable momento.

Tras propinarle un puñetazo en el hombro, Esther se quedó más que satisfecha con haber llenado aquel silencio tan irritantemente existente entre ambos, con tal de volver a la normalidad que había imperado desde que se conocieron. Aunque ello incluyera el haberse intentado matar el uno al otro. Jamás lo admitiría, pero a pesar de ser un cretino arrogante y quién sabe qué más cosas, no estaba del todo

perdido. Profesaba una envidia sana por no haber sido “esa persona” que le hizo cambiar drásticamente. “Debería haber sido yo”, pensó en lo más profundo. Pero Esther ya no era ella misma en aquellos momentos. Había sido maldecida y desearía haber muerto junto a sus padres, en lugar de verlos perecer agónicamente. “Eso es”. Por fin encontró la palabra. Pero le dio tanto miedo, que no se atrevió a pronunciarla para sus adentros y optó por mantener la calma como de costumbre. Como si aquello fuera posible.

—Bueno... ya es hora de que te presente a mi lacayo… Al principio puede resultar un poco engorroso, ya sabes por eso de ser un crío y tener que explicarle las cosas dos veces, pero es la mar de servicial con el tiempo. – Dijo Alex, haciendo gala de su humor frívolo e insensible a ojos de todo el mundo. En otras palabras, siendo él mismo.

—Rezo por cada víctima tuya que tuviera que escuchar un sermón de estos antes de ser atravesado. Supongo que encontrarían la paz interior cuando dejaran de escuchar ese zumbido en los oídos tan molesto. De hecho, como no abras la puerta antes de que termine esta frase, juro que la echo abajo…

Las palabras de Esther no llegaron a buen puerto, pero a punto estuvo de mascarse la tragedia. Cuando por fin giró la llave de la estancia, un niño de un 1,50 alrededor de 12 años, yacía sentado al pie de la cama en lo que parecía una habitación clásica de motel de segunda. Pronto, de un salto se incorporó y se acercó con semblante risueño a la cintura de Esther. Parecían que habían congeniado.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que era una cita! Me debes aquello que nos habíamos jugado —exclamó eufórico Roger, emocionado por encontrar un nuevo compañero de viaje que no terminara bajo tierra.

Roger, el hijo de Joana, no había tenido una vida sencilla que digamos. Tras asumir que su madre no se hallaba inmersa en ningún viaje de negocios, y que jamás regresaría a por él, aceptó que la vida debía continuar a pesar de perder la única persona que le había amado de verdad. Nunca lloró en público, pero eso no significaba que lo sintiera menos. De hecho, tenía más similitudes con su mentor de las que ambos creían tener el uno respecto del otro. No era casualidad pues, que ella los hubiera unido. Parecía que había visto algo en ambos que los complementaría como seres humanos perfectamente

imperfectos. Justo, lo que estaban aprendiendo a ser.

—Un momento… se supone que esa parte no debías decirla, ¿te acuerdas que lo acordamos? —le recriminó Alex a su versión adolescente, dedicándole un gesto amenazante que le hizo estallar en carcajadas en vez de hacerle sentir culpable.

—Da igual, a estas alturas ya se habrá percatado que su cita es con un psicópata nostálgico de los 70 y amante del gore. Supéralo —le devolvió Roger, haciendo hincapié en los puntos débiles de su particular maestro.

—Un momento chicos… habláis como si yo no estuviera presente, y además, os diré para vuestra información, que tengo mejor gusto para elegir candidatos. Sin ofender —sentenció Esther, hundiendo aún más a un ya de por sí desmoralizado y petulante Alex.

—Choca esos cinco, Esther —finalizó Roger, traicionando un rito inquebrantable que mantenía con Alex mientras este, se limitaba a victimizarse nuevamente.

Ambos apenas se habían conocido y ya congeniaban. Observó detenidamente a aquellos dos especímenes humanos y pensó, que aquello debía ser lo más parecido a una vida normal que jamás había conocido o que llegaría a conocer. Eso le llenó de un sentimiento de nostalgia, pero también le hizo sentir pánico por no saber si él formaría parte alguna vez de aquella realidad ya no tan lejana.

—Sabéis… Creo que os voy a dejar a solas mientras confraternizáis y analizáis mis defectos. Mientras, buscaré alguna gasolinera ya que los vehículos robados no se alimentan del aire, precisamente. Vosotros tranquilos, no os preocupéis por mí, estaré bien. O no. ¿Qué más da? —añadió Alex, haciendo un uso indebido de lo que él llamaba “falso victimismo”.

—No lo hacemos, pero si traes algo para picar, podrías hacer que te odiáramos un poco menos Esther y yo. ¡Ah! Y de paso trae algo para beber, que estamos sedientos. ¡Gracias!

—Es en momentos como estos, cuando agradezco la inquebrantable confianza que me producen el tener a dos fieles amigos, que estarían dispuestos a hacer cualquier cosa por mí. Y no estoy hablando de vosotros dos, chicos. – Respondió Alex, en un calco idéntico a su anterior chiste. Quizás era hora de que cambiara su repertorio. Solo "quizás".

Vagó por las calles como un transeúnte perdido en mitad de un desierto. Mientras se dirigía al estacionamiento más cercano para repostar, pensamientos negativos le inundaron la cabeza sobre la posibilidad real de abandonarlos. No era por cobardía, era una cuestión de pura lógica. Ellos no eran como él afortunadamente, y eso les daba un futuro esperanzador en el que no tenían cabidas más muertes y huidas de un lugar hacia otro. Roger necesitaba una madre más que un psicópata ejerciendo de tutor, y finalmente la había encontrado. Si este era el cometido para el que había sido encomendado, ambos lo entenderían con el tiempo. Aunque no le perdonasen jamás, era un riesgo que estaba dispuesto a asumir.

Apostó cerca de una gasolinera con grandes paneles luminosos que le daban la bienvenida de una forma un tanto exagerada, que bien podría haber servido para captar a más víctimas pasajeras en su añorado hotel. “Pasen y alójense en el maravilloso hotel de los horrores… donde será atendido exclusivamente por un maníaco con grandes dotes para la oratoria que, le harán disfrutar de una estancia inolvidable”. La sola idea le hizo esbozar una mueca de solemnidad, pero al poco se desdibujó en lo que parecía tomar forma algo parecido a una conciencia. Prosiguió con su cometido de rellenar el depósito, cuando algo le llamó poderosamente la atención. La gasolinera, una especie de Mall con artículos de todo tipo a la venta, no era precisamente el lugar mejor atendido del planeta. La ausencia de gente no solo en el mostrador sino ya en el alrededor de la tienda propiamente dicha, contrastaba con la tendencia de la raza humana hacia el consumismo que, ofrecían este tipo de escaparates. Decidido, irrumpió en el interior del establecimiento con una curiosidad que le recordó a sus mejores tiempos. Los estantes parecían en orden y nada parecía estar fuera de su lugar. Ni siquiera el fluorescente de la entrada, parpadeaba como advertencia de un peligro mayor. Eso lo decepcionó bastante, acostumbrado a aquel tipo de parafernalias en una época que se le antojaba ya remota. Siguió avanzando, y la sensación de que estaba siendo observado, cobraba cada vez más protagonismo a medida que se acercaba al punto de recepción. Un perturbador ruido, proveniente del mostrador, se entremezclaba en un ambiente aparentemente tranquilo pero a la vez amenazador, que estaba a punto de romper la armonía que se respiraba. De hecho, ya no había vuelta atrás.

—Ya puedes salir de donde quiera que estés escondido… Puedo oler el miedo en cualquier lugar adonde vaya —amenazó veladamente Alex,

a la presencia invisible que se continuaba escondiendo de él.

Alex, tuvo un dilema moral desde el mismo momento en que una persona a la que apenas conocía de nada, le obligó a revelar su nombre en el que otrora había sido su coto de caza particular. Creía que si esas palabras nunca llegaban a salir de su boca, jamás nadie sabría de su existencia. No quería ser reconocido por sus crímenes ni por nada, solo quería mantenerse en el anonimato más absoluto aunque, sus actos no eran precisamente de los que no dejaran un gran rastro de cadáveres allá por donde pasara. Así pues, ya no tenía motivos para ser la misma persona que acechaba en un hotel a sus víctimas sin más razón que para alimentar su sed de sangre. No. Ahora ya no se trataba de eso. Quizá, su brújula moral había estado desviada desde el mismo día que nació, pero por ende también sabía que al entrar en aquel comercio, había supuesto firmar su sentencia de muerte. Lo habría supuesto para alguien normal, claro. ¿Qué era la normalidad al fin y al cabo? ¿Una adolescente que ejercía de señuelo varada enfrente suyo, con evidentes signos de maltrato y que estaba siendo controlada con un propósito nada edificante? ¿O la normalidad era el ruido que emitía el individuo que se escondía tras el mostrador al ritmo que blandía un cuchillo? ¿Quién lo podía saber?

—¡Lo siento de verdad! Él me dijo que esperara aquí y que no me moviera… Por favor ¡perdóname! —dijo una niña asustada y maltrecha que trataba de advertirle a Alex que todo, formaba parte de una trampa.

—No sé a qué viene tanto dramatismo por mí, caperucita. Resérvatelo para alguien que sea digno de ser salvado. No obstante, quien me temo que no va a poder ser redimido, es el hombre malo que está detrás de mí idealizando cómo va a matarme desde el preciso momento en que puse un pie aquí… pero, lo que no ha idealizado, es que está justo donde yo quería. Por favor, dime qué es un lobo vestido de anciana y lo que sostiene en una de sus manos, es una cesta y no un objeto afilado...

Alex no podía renunciar a su vertiente cómica ni en momentos en los que a nadie se le ocurriría verbalizar su mejor repertorio. Excluyendo por supuesto al malogrado Jasper, que por razones contractuales, ya no podía aparecer más si no fuera en un cameo a modo de fantasma gruñón o como recuerdo de algún “prota” de peso. “¿Pero quién iba a recordar a semejante gilipollas para restarle protagonismo a la trama

principal?", se preguntaba a sí mismo, como si la respuesta aquella vez, fuera a ser diferente de las otras tantas miles de veces que se formulaban en su psicótica cabeza cuando el aburrimiento, le consumía. Entendiendo por aburrimiento… el hecho de no matar. No podía permitirlo… no… La "gente" se hartaría de tanto relleno al ver de nuevo al mismo villano que ya fue vencido ejerciendo el mismo rol intimidatorio con las mismas frases prefabricadas. Dicho y hecho, Alex cercenó la cabeza del extraño individuo que apareció de la nada, sin siquiera girar su cuerpo. Fue un movimiento tan rápido que nadie advirtió qué ocurrió salvo para el mismo ejecutor, claro.

—Debo estar en estado de gracia, porque me salen las decapitaciones hasta sin pretenderlas. Espero que no te haya provocado algún tipo de trauma infantil porque para las productoras, los niños son inmaculados. Aunque si oyeran sus propios doblajes, entonces necesitarían terapia de por vida —dilucidó Alex, sin poder evitar introducir una crítica mordaz al sistema en su nuevo discurso de vanidades, mientras la sangre salpicaba por todos lados y el cuerpo sin vida del atacante abatido, aún se movía en círculos antes de desplomarse. Anécdota que inmortalizó Alex en un selfie conjunto en el cual, aparecía posando con el susodicho decapitado, erguido y sonriente con el gesto de victoria. La niña a su vez, no podía dar crédito a lo que estaba presenciando.

En otro momento de su existencia, "Alex, el asesino que todo hotel mataría por haber alojado", afortunada coletilla con la que se etiquetaría a sí mismo en el más que posible biopic que retrataría sus andanzas, mezcla de cine social y terror, al retratar a un niño huérfano que hacía la vida imposible a sus inquilinos; habría eliminado cualquier testigo o ser bípedo que se interpusiera entre él y su particular modo de entender el mundo. Sin embargo, cuando aquella joven del Mall se abalanzó sobre él y le rodeó con los brazos derramando lágrimas a su paso, entonces es cuando comprendió que no era la misma persona. Aunque siguiera sintiendo un especial rechazo por todos los niños del ecosistema, y también por las tendencias adolescentes incluidas las modas hípster y la gomina para tupés que en realidad, eran una forma de desviar la atención a sus cabezas huecas de cejas depiladas… en lo más profundo de su ser, sabía que su estancia en aquel universo lleno de personas infinitamente más simples que él y con menos tendencia al drama, ahora… aquella supuesta estadía tenía un significado especial de la cual, solo una persona era la responsable de dicha transformación.

—Gracias Joana por hacerme mejor persona y convertirme en una especie de antihéroe archimanido para guionistas con poco talento. Pero no me dejaste ningún traje con el que combatir el crimen y eso, jamás te lo perdonaré. En lo que respecta a ti, sujeto número uno, entiendo que no comprendas nada de lo que esté pasando… yo mismo muchas veces tampoco me entero de nada de lo que me escriben acerca de la trama —parafraseó Alex a aquella diminuta niña, en un intento por explotar su vena artística.

—No pasa nada… eres muy gracioso y simpático, aunque la mayoría de veces no entienda nada de lo que dices. Eres una buena persona —le respondió aquel inocente ser a Alex, mientras este apenas podía contenerse su risa malvada.

—Al final me lo voy a creer de tanto oírlo. Oye, por curiosidad, ¿los perros que están apostados fuera observándonos como piezas de carne… por casualidad no serán tuyos? —adivinó el sagaz asesino, preparando la cámara para subir otra publicación a su particular cuenta donde atesoraba todos sus “trofeos”.

Alex no pudo reprimir una sensación de impotencia indescriptible, cuando observó que varias de las heridas que arrastraba aquella chica, habían sido provocadas por aquellos perros de caza. La niña echó a llorar aún con más fuerza, cuando Alex adivinó de dónde procedía aquel miedo y este le correspondió con dos palmadas en la espalda para aliviar su histeria.

—Dos palmadas en la espalda es lo máximo a lo que estoy dispuesto a llegar. Nadie ha llegado tan lejos como tú. No obstante, como diría un viejo amigo mafioso que tuve… “maldita sea, al final tendrás un cameo y un spin-off, Jasper…”, hoy es día de cobro… y esos chuchos feos y desagradablemente alborotadores, no están al día. No sé si entenderás las metáforas o quizás me estoy pasando demasiado.

—Sí, las entiendo. Que les vas a hacer lo mismo que al hombre sin guion que has decapitado en el mostrador hace unos momentos. Si quieres te puedo aguantar la cámara para que no salga desenfocada la foto.

—Bueno… tanto como lo mismo no sé… no me sugiere demasiado la idea del repetir las mismas muertes una y otra vez, pero… ¿sabes qué? Siempre he querido tener una cabeza de perro disecada en mi pared, junto a otros trofeos de los que mejor no deberías estar al corriente.

—¿Personas? —intuyó la pequeña polizonte que había sido rescatada por una casualidad del destino.

—Maldita sea, qué lista eres. La cosa es que espero que a nadie se le ocurra acabar esta historia con la típica frase estadística de los animales que mueren por maltrato al año. Ya sabes, los jodidos lo hacen para concienciar y al final, parece que más que una película has visto un informativo con datos para sensibilizar a la gente… Siento mi lenguaje coloquial y poco apropiado, pero los perros acaban de atravesar los cristales y espero que esta escena sea inmortalizada por algún director que haga cine independiente de low cost. No quiero un calco de aquella con aquel adorable San Bernardo… malditos... destrozaron mi infancia… pero ahora la voy a recuperar con una sola frase. ¡Hollywood… allá voy!

LOS DEMONIOS DE ESTHER

Esther despertó con el sonido de una película que estaban emitiendo en aquel momento. Estaba sola y presumiblemente, Roger habría salido a esperar a su compañero, o simplemente, a tomar el fresco. Instantes antes, recordaba haberse reído de la parodia que este hizo de su amigo cuando comentaban el parecido que tenía el protagonista de la pantalla con el de verdad. Ambos se preguntaron si era imposible matarle a balazos o si también utilizaría el mismo cuento de una infancia dura, como pretexto para masacrar al resto de adolescentes hormonados y limitados cerebralmente que tuvieran la suerte de toparse con él. Conociéndolo, posiblemente se habría excusado en sufrir los abusos de una madrastra malvada… o el hecho de que le robaban el almuerzo en la escuela y aún no había encontrado a quienes le privaron de tal manjar en su etapa de desarrollo. En cualquier caso, también recordaba qué había soñado y preferiría no haberlo hecho. Soñó que todos los cadáveres del muelle se la llevaban al fondo del mar, y allá sus padres la estaban esperando justo para presenciar cómo eran asesinados por la misma persona que la había salvado y, condenado al mismo tiempo. Lo que ella no sabía, es que su homónimo masculino que había ido a repostar gasolina, también tuvo un sueño o pesadilla, según se mire, en el que los cuerpos del hotel volvían para reclamar venganza y se lo llevaban a las entrañas del edificio. Y una vez ahí, cual una especie de metáfora del infierno, su madre aguardaba antes que se la llevasen al manicomio. Pero claro, aquello era otra historia.

Esther miró el reloj. Habían pasado varias horas desde que se marchó y aún no había regresado. Extraño. Sopesó la idea de si quizás habría tomado la determinación de abandonarlos, pero la desechó inmediatamente. “¿Quién sino iba a soportar su horrible sentido del humor desfasado y de mal gusto?”, se dijo a sí misma sin dudar, mientras se miraba en el espejo siquiera fuera para asemejarse a una persona acabada de levantar o en el peor de los casos, para encontrarse con aquel abismo insondable que a veces tomaba su reflejo y lo hacía suyo; cuando de repente, dos faros iluminaron el interior de la estancia con un halo blanco haciendo visible las partículas de polvo, cual diminutos copos de nieve flotando a su alrededor. Aquello eran los frutos de su gran trabajo, pensó. Por fin había llamado la atención lo suficiente, como para atraer al animal más grande que amenazaba su ecosistema y el de todos, a la vez que se preguntaba si ella misma, no se convertiría en una amenaza parecida algún día. “No es tiempo para dilemas morales”, se auto indujo, mientras le daba deliberadamente la espalda a la puerta del

aseo para recibir con la mayor de las facilidades a su invitado de honor a la par, que fingía lavarse el cabello en la modesta pica del baño que venía incorporada en la habitación. Pero, no era ajena a los acontecimientos que ocurrían a su alrededor, no. Tenia ojos en todos lados, y como si de una mirilla invisible se tratara, estos le susurraban secretos que eran inalcanzables para los cinco sentidos. Incluso le advertían de cada posible amenaza que tuviera que ser detenida. "¿Representaba Alex un peligro para la sociedad o un mal necesario?", le susurraba aquel filamento forjado en las entrañas del infierno. Posiblemente ambas. Y, "¿era una amenaza la persona que había irrumpido en la habitación sigilosamente acercándose cada vez más a su posición? "Rotundamente... sí , respondió sonriendo al abismo y su propio creador. Esther clavó el cuchillo en forma de espiral, que hasta ahora habían sido sus ojos y una extensión más de su cuerpo, en el interior de la boca de una mujer que hacía la ocasión de señuelo para el siguiente invitado. En efecto, al parecer la cita se había convertido en un banquete para más invitados. Un hombre corpulento apareció detrás de la mujer con aspecto nada dialogante y acto y seguido, Esther utilizó de parapeto a la mujer para que esta recibiera todas las puñaladas que el susodicho iba asestando para abrirse paso hasta su objetivo, y que según parecía venir a decir que, "el fin justifica los medios". El objetivo de estos, sin embargo, no era una víctima indefensa. Era más bien un cazador que había ido perfeccionando sus métodos hasta el punto de que sus presas venían a buscarle, seducidas por las apariencias. Las apariencias lo son todo. Incluso, cuando aquel par de intrusos la tenían contra la pared en lo que se asemejaba más a una especie de karma maldito que estaba empecinado en repetir la misma historia del hotel, pero con diferentes personajes. Incluso así, no tenían posibilidad alguna de salir con vida. La curvilínea hoja se hartó de presenciar el espectáculo y atravesó el rostro de la mujer abriéndose paso hasta dibujar una sonrisa que se extendió hasta sus mejillas y que a continuación, penetró en la yugular de aquel gorila seccionando toda arteria que encontrará a su paso. Ambos cayeron al suelo desplomándose como pesos muertos. Y ambos portaban una collarín metálico alrededor de sus cuellos que estaba unido a su vez a sendas cadenas que provenían del exterior de la habitación y que, permanecían tirantes en todo momento. Recordó especialmente el grito de terror que hizo el hombre mientras se desangraba. Sin duda, tuvo que ser una mala persona en vida justo, lo contrario que la mujer, que murió en paz, dedujo. O quizás, las apariencias al igual que ocurría con ella, engañaban.

—¡Sal ya y da la cara en vez de enviar a gente que haga el trabajo por ti! —gritó Esther esperando provocar una reacción al verdadero

artífice de todo aquello.

Esther despachó a dos individuos más que salieron a su paso sin apenas esfuerzo. A veces le asustaba tanto lo fácil que le resultaba matar, que quizás lo mejor sería seguir los pasos de su mentor y entregar el arma para que siguiera todo su ciclo natural, si es que aquello tenía nombre. Se preguntó entonces si quizás él, o "el abismo" que es como solía referirse a su mentor, se había cansado de matar o por el contrario, aún seguía vivo atormentando las almas de sus víctimas en otro plano distinto al suyo. Sea como fuese, desechó cualquier tendencia suicida, y comprobó sorprendida que nadie estaba tensando aquellas cadenas. Estaban ancladas en el contenedor de un remolque, el mismo que había estado iluminando la estancia y que ahora, la enfocaba solo a ella como el gran foco de atención del momento. Solo la había estado poniendo a prueba, concluyó, mientras un ruido proveniente del interior del cuarto, la hizo volver sobre sus pasos. Pensó que alguno de los miembros de aquella especie de familia sectaria seguiría retorciéndose de agonía… pero no fue así. Aquel ruido procedía de la pared, más concretamente de la habitación adyacente que se comunicaba a la suya. Un sonido de arrastre se repetía una y otra vez, como la sintonía de aquella canción que jamás se te va de la cabeza hasta que no adivinases cuál es. Exacto, eso es justo lo que le ocurrió a Esther, pero cuando cayó en la cuenta de la canción, su sintonía ya no era la más apropiada para tararear. Una exclamación suya se ahogó en la estancia, antes que una figura colosal atravesara dicha pared y emergiera como un gigante salido de alguna fábula con moraleja incluida. Aquí sin embargo, no existía moraleja alguna, era simplemente la supervivencia del más fuerte. Así lo entendió, cuando sobrevivió al asesino de sus padres y este se apiadó de ella de la misma manera que pareció comprenderlo cuando aquel monstruo que atravesó la pared, la sujetó por el cuello cual una muñeca de trapo en sus manos tuviera, y la elevó del suelo. Salvo que, aquella muñeca no era una inofensiva princesa que necesitara que la rescataran. O, eso creía ella cuando su cuchillo en forma de espiral quiso separar la cabeza del resto del tronco de su adversario. Pero, aquel rival no era solo una efigie por fuera sino también, por dentro. La segadora de almas, o como a ella le gustaba referirse a lo que le fue encomendado, apenas hizo mella en la armadura del oponente, un chaleco recubierto de teflón o algo más impenetrable, que hacía inútiles cualquier intento por perforarlo. Esther asumió su inferioridad en el combate, y se predispuso a sufrir el menor de los daños, cuando el coloso decidió lanzarla por los aires y la proyectó al otro extremo de la habitación con asombrosa facilidad. Nuevamente, el karma parecía no querer olvidar las heridas del pasado. Esther ajena a toda

aquella clase de creencias, se incorporó antes que volviera a cogerla de imprevista, pero para sorpresa suya, el coloso dio media vuelta y abandonó la estancia. Pero no lo hizo solo. Mientras la tuvo sujeta, no solo fue simplemente una mera demostración de su fuerza, no. En su lugar, le había insertado un collar, el mismo que a Brad para someterlo, y exactamente el mismo que al resto de súbditos a los cuales había anulado para que cumplieran sus órdenes y sus voluntades. Sean cuales fueran estas. Esther supuso cuál sería su cometido, pero a diferencia de las demás víctimas, ella ya trabajaba para alguien más de forma indirecta. Así se convenció, cuando fue arrastrada al exterior del cuarto por aquel dispositivo que tiraba de ella sin compasión alguna. Sabía adónde iría a parar y cuál sería su función allí. Y, ¿de verdad alguien se iba a creer que se iba a rendir tan fácilmente sin oponer resistencia alguna? La respuesta, no se haría de esperar.

Todas aquellos posibles desenlaces no habían pasado desapercibidos para Esther, una erudita en toda regla para toda tipo de comportamientos y reacciones humanas, y aquella no sería la excepción que confirmara la maldita regla. Esperó lo suficiente para que la alejara de los espacios cerrados donde no podía tener ninguna ventaja contra él, y al mismo tiempo, tomó una distancia sideral de los encadenados que la aguardaban situados alrededor suyo los cuales, provenían de aquel tráiler que curiosamente, también servía de transporte y guarida para retener a sus presas. Entonces sí, se liberó de la cadena de la mejor manera que conocía, sin dejar de bajar la guardia ante la embestida de varios miembros de aquel extraño culto que no tardaron en atacarla, cual imbuidos por un falso credo. Uno a uno fueron cayendo como alimañas, atravesados por su particular guadaña allá donde su filamento impactara en sus carnes y, las desgarrara limpia y despiadamente. Incluso, se pudo permitir el disfrutar de aquel festín de sangre sin que por ello, tuviera que odiar su reflejo en el espejo, ya que desde que aceptó su nuevo yo, nunca más había sentido el peso de su alma sobre sus espaldas. Tampoco antes se había tirado de un tobogán sin saber dónde aterrizaría, pero aquella experiencia, fue lo más cercano que estaría de hacerlo, y se conjuró que nunca más jugarían con ella como si de un juguete roto se tratara. Se parapetó tras su arma en posición defensiva, expectante hasta que las fuerzas le remitieran y pensó que un poco de ayuda, no le iría mal. Sus súplicas parecieron oírse en algún lugar, cuando una figura perfectamente reconocible volvía de su andadura con varias refrescos y un par de hamburguesas con las que amenizar la velada. Era Roger, que se detuvo en seco cuando comprobó la otra velada que se había montado en su ausencia, hecho, que provocó que soltara la

bandeja de golpe con toda la parafernalia necesaria para sobrevivir sin los chistes de su tutor en funciones. Las súplicas no habían traído la ayuda que necesitaba, sino aún más problemas. Apenas podía cuidarse de sí misma, como para proteger a alguien más… “Gajes del oficio”, supuso, pero justo antes de que el pesimismo se apoderara de ella, los faros de otro vehículo emergieron de la nada, haciendo una entrada merecedora de una sonora ovación por lo desastrosa que resultó en sí misma.

—¿Dónde demonios fuiste a buscar gasolina? —maldijo Esther para sus adentros, mientras entraba en escena el que debía erigirse en el salvador. Aunque solo en la teoría, claro… pensó.

ROSA Y SU NUEVO Y ATERRADOR AMIGO

Mientras tanto, en otro lugar no muy alejado del epicentro de la acción, dos desconocidos se dirigían directos al vórtice del mismo, sin percatarse de lo que estaban a punto de desencadenar. Ellos no lo sabían, pero tenían mucho más en común de lo que pensaban el uno del otro.

—Sujeto número uno… entonces no te parece raro que nos haya acompañado una cabeza de perro en todo este viaje? —dijo un Alex pletórico, mientras no podía dejar de mirar fascinado aquel busto colocado pertinentemente encima de la guantera, cual figura de Elvis que danzara exclusivamente para él.

—Me llamo Rosa, y creo que no es lo más extraño que me ha pasado últimamente —le respondió Rosa, a la vez que se preguntaba si había sido salvada por una versión de un hombre del saco aún por catalogar.

—Entiendo, entonces explícame tu historia. ¿Eres la típica chica que ha abandonado a sus padres por un chico malo, o eres la típica rata de biblioteca incomprendida que estaba en el lugar y hora menos apropiadas? —amenizó Alex, mientras comprobaba el número de visitas que había alcanzado su posado con el decapitado.

—Soy huérfana de madre y padre. Los asesinaron hace dos años en un hotel cuando me dejaron con mi tía para pasar una semana por su aniversario de bodas —reveló Rosa, hecho que hizo que Alex emitiera un gruñido de asombro.

—Vaya… Espero que atraparan a ese malnacido… si no, tendré que encargarme yo personalmente al igual que hice con el tipo ese del mostrador. Pobre desgraciado, la gente pierde la cabeza por cualquier cosa.

Alex no pudo confesar que el verdadero responsable se hallaba sentado a su lado. Habría sido demasiado para aquella pobre niña que encima había sufrido por partida doble una experiencia igual de traumática. Si el karma existía, los autores de ambas atrocidades iban a pagar. Él mismo se encargaría de ello.

—A todo esto… Te presentaré a mis amigos y archienemigos que he ido conociendo a lo largo de mi historia, para que te familiarices con cada uno de ellos. Esa tipa con aspecto de gótica y cabreada, es una especie de homónima mía en versión femenina. Ya sabes los cánones mandan y cualquiera se atreve a no introducir a una mujer protagonista, y si realmente piensas que tu vida es una mierda, espera a que te cuente la suya. Por otro lado, el niño con el Síndrome de Estocolmo ese al que se le acaba de caer toda la comida basura, es algo así como mi apoderado. Lo tengo como discípulo, pero me parece que no serviría ni para hacer de señuelo vestido de animadora. Otro también que ha tenido una vida de mierda, pero se deja querer si pasas por alto su acné y sus hormonas insoportables. Y para ir terminando… todos esos que están encadenados y parece que llevan sin comer una semana, esos son como testigos de Jehová cuando les cierras la puerta de tu casa en sus narices. No te dejes engañar, porque aunque parezcan víctimas, están lobotomizados y no pararan hasta que te lleven con ellos o junto a Dios. ¡Ahhhh…! Se me olvidaba el personaje que nos ha unido a todos, como eje central de la trama, más conocido como el hombre del saco o el monstruo de las galletas en versión edulcorada, si lo prefieres. Ya sabes, infancia atormentada, padres separados, de orfanato en orfanato, pirómano, comercial de teletienda o quizás algo peor —resumió Alex, intentando cambiar el estado de ánimo de su protegida sin que la culpa llegara a invadirlo.

—Se te olvida el personaje más importante de todos. — A modo de adivinanza, preguntó Rosa.

—¿Quién?

—Tú.

—¡Por supuesto! Lo hice aposta para darme más importancia que el resto del reparto. ¿Qué podría decir de mí sin que resultara pedante y al mismo tiempo heroico como nunca antes habías oído? Pues... se podría decir, que el malo malísimo de la historia se cansó de que lo encasillaran y aprendió a tomar decisiones que no repercutieran en los demás. Exceptuando el hombre de la gasolinera, claro, ese no cuenta. Bueno y unas cuantos cientos de más que no vienen al caso —genuinamente se auto proclamó Alex, golpeando un cuerpo sólido con el parachoques y apisonándolo tras pasar debidamente por las ruedas delanteras y traseras. “Alex: 2 – Culto: 0”, añadió pertinentemente con

una sonrisa endiablada en su boca. Definitivamente, aquello era más divertido que hacer guardia en el hotel y pasar lista.

—Es gracioso porque hablas muy extraño y la mitad de las cosas, no las entiendo —soltó su nueva discípula, casi normalizando la surrealista situación en la que se hallaba inmersa.

—No eres la primera persona que me lo dice, pero quizás, sí seas la última —respondió en tono melancólico, cortando al mismo tiempo la mano de un seguidor fanático que se había quedado enganchado en la ventanilla del copiloto. Rosa contempló fascinada aquel estrambótico personaje sin que dejara de admirar la cantidad de estupideces que salían por su boca cada segundo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? —dijo la joven, decidida y la vez curiosa.

—Voy a enviar a ese malnacido con su creador. Sé que ha sonado muy a frase prefabricada, pero no se me ocurrió otra mejor. Y, con tu permiso me llevaré este souvenir conmigo del asiento. Te recomiendo que te tapes los ojos, porque voy a hacer mi entrada atravesando el parabrisas. No puedo salir del coche por el asiento del piloto como si nada. Nunca se sabe cuándo algún cazatalentos puede estar presente. Nos vemos en el otro lado. Deséame suerte —concluyó finalmente, en un alegato digno de Óscar en la categoría de Drama y Comedia.

—¿Qué otro lado?

LA REUNIÓN DE LOS PROSCRITOS

El sentido del espectáculo era una de las máximas que iban implícitas en su particular forma de entender las cosas. Por eso, cuando atravesó la parte delantera del vehículo, tanto Esther como Roger no podían dar crédito a lo que estaban siendo testigos. Pero aún habría más.

Cuando Alex se quitó de encima todas las astillas que se le habían clavado, inclinó la cintura en forma de reverencia y a continuación, descubrió qué había estando ocultando con tanto misterio detrás de su brazo derecho. Era la cabeza decapitada de un perro y no uno cualquiera. Esther se echó las manos a la cabeza. Los guardianes que custodiaban la entrada al inframundo tal como relató aquel niño que lo presenció, habían caído presas de una entidad más malvada y terriblemente más sarcástica. “Aquello no haría más que enfurecer al dueño de los perros... quizás no eras tan idiota como había pensado, después de todo”, se convenció Esther para sus adentros, mientras no podía parar de imaginarse la expresión real de asombro de su amo al no poder procesar nada de lo que estaba ocurriendo. Roger, entretanto se empeñaba en salvar todo lo que podía del menú doble que tanta ilusión le había puesto, mientras permanecía fuera del ring. Sabía que su mentor le iba a proporcionar un buen espectáculo.

—¡Ohhhhh… amado padre! ¡Eres la viva imagen del primer perro que maté antes de que me convirtiera en la persona que soy! No sé si recordarás los grandes momentos que pasamos juntos, o los animales que siguieron tus pasos, pero que sepas que nunca hubo otro como tú. Te quiero Maxi, o Roxy, o como demonios te llames —parafraseó en un nuevo recital de vanidad.

Y no defraudó. Como casi siempre, tenía el extraño don o habilidad para hacer reír incluso hasta en los peores momentos. Roger por su parte, escupió la poca comida basura que había podido rescatar de los gérmenes, y casi se atragantó con la que no pudo expulsar de las carcajadas que le sobrevinieron. Pero lo más sorprendente, fue contemplar el semblante serio de Esther cómo poco a poco se descomponía, y se transformaba en el de una adolescente que le estaba riendo las gracias al típico bromista de la clase, aquel que trataría de levantar la moral del resto incluso en un día de examen. Aquello sin embargo, no era un examen ni tampoco se sumaba el hecho de que hubieran coincidido jamás en un aula, pero ambos pensaron al unísono que quizás podrían haber compartido recuerdos de infancia o de adolescencia, si no hubieran tomado caminos tan

drásticos como los que les unían y a la vez, les estigmatizaban con cada paso que daban. Hicieran lo que hicieran, sus destinos ya estaban escritos con la misma sangre que habían derramado.

—Sabía que debajo de toda esa pose de chica atormentada y huérfana bla bla… a nadie le importa… , en realidad había una chica más sensata y con un poco de sentido del humor —le provocó Alex a una desconocida Esther, que hasta ahora desconocía que poseyera algo de empatía que le hiciera cambiar aquel semblante serio y agonizante que, solía mostrar como de costumbre.

—No me río porque tengas gracia, me río porque le has hablado a la cabeza de un perro y has llorado. Me pregunto si nunca te escogieron para el papel de Hamlet, o es que tienes una vocación artística oculta después de todo. Aparte de la de inflar globos en las fiestas de los niños —verbalizó Esther, dejándolo al caer de un pedestal.

—Cariño, el arte es algo con lo que se nace y no se puede aprender, aunque bien podrías observar y tomar nota de cómo un profesional en su oficio, resuelve todo este entramado antes que esta cabeza aterrice en suelo firme.

La cabeza del perro salió despedida de un puntapié y nada hacía presagiar que esta volviera a ser vista nunca más. No era nada gratuito aquello, sino la maniobra mas antigua de provocación que jamás hubieran inventado. Cuando no habían familiares cercanos a los que amenazar, las mascotas nunca fallaban.

—Tú coleccionas personas y yo animales, ¿es eso un problema para ti o por el contrario, me vas a mandar a algún grupo de ecologistas de tu colección particular para que me rocíen a manguerazos hasta la eternidad? —enfureció nuevamente al líder de toda aquel ejército que hasta aquel momento, habían permanecido en un segundo plano. No por mucho tiempo.

La inusitada verborrea de Alex, finalmente parecía haber encontrado su destinatario ideal. Fue pasada la medianoche, cuando unas leves gotas caídas del cielo, formaron a pasar un río de lágrimas que parecían predecir los actos que estaban por acontecer. El gigante, de

dos metros de altura e imponente envergadura, decidió responder a las amenazas veladas, pero no de la forma que todos los allá presentes hubieran imaginado. La luz que emitían aquellas gafas de visión nocturna en mitad de aquella lluvia torrencial, le confirieron un aura extra corpórea cual de un ser de origen no humano. Eso, unido a la máscara de gas que le cubría el rostro anexada a la parte trasera de su traje acorazado, tampoco ayudaban en su particular defensa. Esther comprendió entonces, las razones por las cuales ninguno de los huéspedes del motel donde se habían alojado, había llamado a la policía o habían salido aterrorizados con lo puesto. O bien habría gaseado cada una de las estancias para engrosar su número de capturas en un día, o bien quería la exclusividad sin interferencia alguna sobre dos especies que, no se asemejaban a ninguna otra que hubiera tenido en su poder. En cualquiera de los casos, estaba expectante por conocer qué se traía entre manos su compañero de profesión, y aunque jamás se lo admitiría en privado, le empezaba a caer bien. Prueba de ello, es que todavía ostentaba el dudoso mérito de permanecer con vida tras una accidentada primera velada. Aunque quizás él tenía la misma impresión de ella y pensaban en círculos. De todas formas, nunca le iba a brindar más razones para que practicara con ella el tiro al blanco con su descarnado humor. Jamás de los jamases.

Alex permaneció inmóvil, la mirada fija en aquel monstruo blindado le hizo parecer más diminuto que nunca, o así lo quiso aparentar. Se preguntó a sí mismo, si sus víctimas le vieron como tal antes de decidir sus destinos o si por el contrario, el sin sentido se apoderó de la gran mayoría de ellas. No obstante, ninguna de las respuestas le tranquilizaría lo suficiente, como para mirarse en un espejo y no sentir el peso de los remordimientos en cada mirada inocente que sucumbió a su naturaleza. Aquella reflexión, le ayudó a sentirse más humano en la medida de lo posible y como mínimo, le serviría para mantener las distancias en una comparación directa con lo más “selecto” del género humano. Fuera como fuese, la muerte de Joana no iba a resultar en vano, se prometió más convencido que nunca.

Las gotas de agua rebotando sobre aquella estructura corpórea y sobre sí mismo, fueron la antesala al escenario ideal que Alex habría imaginado para cualquier final digno, incluido el suyo mismo. Le gustaba lo estético pero no en exceso, si el resultado emborronaba lo efectista. Y, ¿de qué era más partidario él? Su carta de presentación hablaba por sí sola, pero quizás había llegado el momento de incluir alguna referencia nueva. Así de sencillas eran las “cosas”, cuando se

trataba de cazar. Sin componente emocional alguno que entorpeciera el proceso, pero con la dosis justa de teatralidad para acercar a la presa y ofrecer una inmejorable escenificación. Aquella parte le encantaba, y esta, no iba a ser una excepción, porque cuando las distancias entre ambos se habían reducido a unos simples metros, en el fondo, nadie mejor que él sabía que una distancia infranqueable les separaba el uno del otro. La religión, por ejemplo. Él no sabía en qué creer ni le importaba demasiado toda aquella parafernalia, pero lo que sí estaba claro, es que su enemigo sí que creía en algo o mejor dicho, necesitaba que creyeran en él como algo u alguien superior al resto. Así lo demostraba el hecho de su imperiosa necesidad por someter a la gente que capturaba y doblegarles la voluntad, para que obedecieran cualquier mandato que les impusiera. Aunque las órdenes llegarán al extremo de quitar la vida de un desconocido o de un ser querido. Alex interpretó los pormenores de la situación, y decidió que se arrodillaría ante aquel ser supremo. En efecto, sería su mayor y más letal súbdito en reconocer su superioridad y obedecerle en todo lo que se le ordenara. Arrodillado, situó las palmas de sus brazos en posición de rezo, y puso su voluntad en disposición del mejor postor. Estaba listo para ser aceptado sin importar quiénes o cuáles fueran sus pecados, de eso se trataba todo. De ser expiado por una entidad mayor que todos nosotros, capaz de eximir el pasado y convertirlo en algo inmaculado. Alex quería reencarnarse, tener esa segunda oportunidad tan anhelada. Quizás, por esa y otras razones, no declinó la invitación a una nueva vida. Quizás por ello, extendió su mano para buscar la respuesta a todos sus problemas existenciales. En efecto, Alex no era el mismo asesino despiadado que solía acechar a desconocidos en sus habitaciones y al doblar cada pasillo. Quería conocer más sobre esa especie a la que pertenecía Joana. Y estuvo a punto de lograrlo, cuando aquel congénere suyo alargó su brazo y le tendió la mano. “Qué bonita escena” pensó, mientras su lengua no podía contener la siguiente frase para los anales que, engrosaría el ya amplio abanico de despropósitos de su habitual repertorio antemorten.

—Margaret te envía saludos. Habría venido personalmente ella misma, pero ya sabes, el hecho de estar muerta se lo ha impedido. Cosas de la vida, pero no importa. Mi “afilado” humor nunca ha dejado indiferente a nadie. ¿No serás tú al primero al que decepcione, no grandullón? – Dispuso Alex a su presa antes de atacarla. Aunque ninguna de sus presas jamás se hubiera equiparado al ejemplo que tenía por delante.

De indomable naturaleza y punzante humor. Quizás esa habría sido

una acertada descripción suya en un estúpido perfil virtual que advirtiera de su existencia. Algo así como: "!Eh!, estoy aquí y he venido a mataros, pero no os asustéis, porque le caigo bien a todo el mundo. Esa es mi máscara. Incluso en vuestros respectivos lechos de muerte, os resultaría agradable". Alex, no obstante, tenía la tendencia de despojar su mente de cualquier atisbo dramático cuando se trataba de cazar. Eso le ayudaba a separar sus emociones de sus actos más violentos sin que le repercutieran en algo parecido a remordimientos. Pero aquella pieza era radicalmente distinta a las demás. No necesitaría de ningún argumento o mecanismo psicológico para desvirtuar la verdadera esencia de su propósito. Y lo iba a disfrutar como si fuera la primera vez.

Aquel sonido que emergió de su muñeca, se mezcló con el tintineo de las gotas de lluvia creando una armonía perfecta para sus adentros. Adoraba la música que producían al chocar estas contra los parabrisas cual compañera de un largo y solitario viaje, pero aquello, era sinfonía para sus oídos. Incluso le resultaba más bello que la sangre rebotando en las paredes, en el suelo o que en cualquier otra superficie que se pudiera apreciar. Nadie conseguiría entender aquella sensación que le producía. Como adrenalina suministrada por él mismo recorriendo todo su sistema nervioso. Pero una cosa sí estaba clara. Acababa de componer una de sus mejores partituras. Lo sintió en cuanto atravesó el visor infrarrojos alcanzando el globo ocular de su adversario, como quien partía un trozo de pan en dos mitades. La analogía quizás no era la más adecuada, pero no se le ocurrió ninguna mejor mientras se deleitaba en silencio contemplando cómo aquel monstruo blindado, sacudía la cabeza tratando de desencajarse aquella arma propulsada por sus instintos más primarios. Hecho, que provocó que sus peores demonios salieran a flote nuevamente. Sus sonoras carcajadas eran la mejor prueba de ello. Su antiguo yo había regresado. Esther sin embargo, lo interpretó de varias maneras. No se entrometería de momento en algo tan personal, pero en el peor de los escenarios, le horrorizaba la idea de que fueran finalmente dos, los monstruos de su particular y retorcido cuento en la que no habían casas de chocolates pero sí, despiadadas criaturas con aspecto humano. Esperaría en cualquiera de los casos, a que la idea de provocar a la bestia no fuera producto del azar y sí parte de un complejo plan de su extravagante compañero. De lo contrario, tendrían un serio problema. Alex era muy consciente de ello, incluso en su máximo apogeo, no pudo contenerse de mostrarse ante el mundo tal como era. Pero el mundo debía estar harto de su ensimismamiento y decidió girarle la cara justo, cuando debía culminar su más perfecta composición. Se deleitó tanto observando el sufrimiento de su presa, que se olvidó que los roles podían intercambiarse en cualquier momento. Subestimar al oponente

era un precio que jamás había pagado, pero del que estaba a punto de sufrir en sus propias carnes.

Antes de que pusiera punto y final a la agonía de su blanco, este reaccionó de la misma forma que cualquiera hubiera hecho ante la ofensa de ser humillado públicamente. De idéntica forma que Esther fue presa de sus malas artes, Alex experimentó un proceso que poco o nada tenía que envidiar al que padeció su alter ego femenina. Un collar magnético se acopló alrededor de su cuello y antes que pudiera comprender la situación, su cuerpo entero fue arrastrado despiadadamente hasta un lugar que muy a priori, le devolvería a su pasado. Esther sin embargo, no pudo reprimir cierto bochorno ajeno, en la comicidad que desprendían las acciones que precedían cada discurso narcisista que salía por la boca de su irreverente camarada, y no sintió pesar alguno al regocijarse de la hilaridad del panorama. No lo admitiría públicamente, pero que lo proyectaran directamente contra un ventanal y acabara en una de las habitaciones del motel, le hizo emocionarse por primera vez en mucho tiempo aunque fuera a costa de la salud de su nuevo amigo.

—Parece que tienes una sensibilidad especial a esta clase de lugares, ¿estás seguro que no te has lanzado a propósito para captar toda la atención posible? —le recriminó una Esther álgida y ocurrente por primera vez en mucho tiempo mientras le tendía la mano muerte de risa

—¡Claro! ¿Tanto se ha notado la pared falsa? Bueno… sé lo que pensarás de lo que te voy a contar, pero si te dijera que me he encontrado una pareja recién despierta por los efectos narcóticos del aquí nuestro amigo “desencadenado” y les hubiera recomendado que llamasen a la policía, ¿cómo de estúpida te parecería la idea? —cuestionó Alex, extrayéndose más cristales de su piel de lo que un cuerpo humano debería soportar. En realidad, a ninguno de los dos les preocupó que su gran adversario se encontrará a tan solo unos metros de distancia de ambos.

—Me parecería tan estúpida como separarse en las películas de terror —aclaró Esther, haciendo gala de un cliché típico del cine de terror.

—¡Exacto! La de ocasiones que me he hecho esa misma pregunta y jamás he encontrado una respuesta que colme mi curiosidad. La cuestión, es que he avisado a las autoridades, les he dicho que un hombre de raza afroamericana iba armado y peligroso. No he

encontrado ninguna hamburguesería aquí en la redonda, así que he creído conveniente que haría falta un incentivo para que se apresuraran en llegar refuerzos —frivolizó el mismo asesino irreverente que de costumbre.

—¡Oh, Dios! Eso es tremendamente racista, ¿no crees? —corrigió Esther, inmediatamente.

—¿Yo racista? Pero si el 99 por ciento de mis víctimas han sido todas blancas. Casi se podría decir que soy un traidor de mi propia especie. Además, no tengo culpa de que el uno por ciento restante se confundieran en las mismas habitaciones oscuras por las que solía merodear.

Mientras Esther y Alex empezaron una inoportuna y acalorada discusión en mitad de la batalla más importante de sus vidas, un nuevo interlocutor pareció unirse ávido de conversación. Era Roger y había pasado tan desapercibido en este último tramo, que hasta parecía habérselas arreglado para conseguir abastecerse de más aperitivos tras su anterior interior fallido.

—Decidme la verdad… Todo esto este paripé de la parejita es una táctica para desconcertar al enemigo, a que estoy en lo cierto? —dijo un incrédulo Roger, mientras intentaba ingerir todo el colesterol que emanaba de las hamburguesas.

—¿Pero cómo puedes estar comiendo en un momento como este, eh? Y, lo más importante... como te pueden dar ganas de comer en un momento tan crucial? —añadió Esther, que cada vez consideraba a Roger como una versión en miniatura del asesino narcisista con el que se topó.

—No te preocupes por mí, suelo mantenerme a una distancia prudencial de vuestro radio de acción para no entorpecer ninguna operación, así que para combatir la inactividad, me pongo a comer como si no existiera un mañana.

—Increíble... nunca he conocido a una persona que pueda comer en cualquier situación e instante del día. De cualquier modo, esto se va a poner bastante feo, así que yo de ti me alejaría todavía más y de paso,

escoltaría a la joven dama que yace en el carruaje antes que este océano de tiburones acabe por devorarla. Ya sabes… como cuando me hice el muerto en medio de la carretera. Pero esta vez moviendo el culo en vez de ocultarte en los matorrales —espetó Alex, más serio de lo habitual. Tanto, que Roger lo asimiló directamente al tragicómico sentido del humor del que estaba dotado aquel ser o persona que cuidaba de él.

Esther no era muy dada a las metáforas, nunca lo había sido, aunque la persona que era ahora, poco o nada tenía que ver con la antigua Esther que había soñado con ser algún día. Sin familia y amigos a los que acudir a excepción de unos tíos que cuidaron de ella en ausencia de sus padres, y que continuaban buscando a su sobrina sin perder la esperanza de encontrarla aunque fuera sin vida, Esther, yacía en un cuerpo que no le pertenecía. O al menos así lo sentía. Más cuando se quedaba inmóvil observando a la hermana de su madre en la lejanía y en las tormentosas noches en las que esta, salía a esperarla al porche como si intuyera que estaba más cerca que nunca de reencontrarla. A Esther aquello la destrozaba por dentro. Deseaba en lo más hondo de sí misma, echar a correr y abrazarse con ella hasta que se extinguieran todas las estrellas del firmamento. Pero no podía. Sabía que si lo hacía, las posibilidades de que su pasado se cobrara el precio por volver a su antigua vida, eran más que elevadas. Por eso mismo, el anonimato era la mejor solución a todos sus problemas por más que le pesara en el alma. Oteó el cielo como hiciera antes de entrar en el maldito banco y maldijo a su cuchillo. Sabía quién le estaba escuchando. También conocía el nombre del monstruo con apariencia de persona que la eligió, y se juró que jamás lo pronunciaría en voz alta. También se prometió que aquella sería la última vez en que empuñaría aquel arma después de hallar la manera de destruirla… a lo que unas risas espeluznantes, inundaron toda su mente con imágenes de varios de los abominables crímenes perpetrados por aquel dantesco personaje y seguidos por una frase que se prolongaba repetidamente una y otra vez con diferentes e inhumanas voces: “***La chica que ocupó todas las portadas debería callarse… La chica que ocupó…”.***

—Esa chica ya ha crecido lo suficiente para tener el control de su propia vida —gritó al cielo enfurecida, mientras no podía reprimir unas lágrimas de liberación, las primeras desde que recordó aquel lejano día de pesca junto a sus padres.

Mientras para Alex aquello no suponía más que un delicioso patio de recreo con el que satisfacer su insaciable sed por consumir vidas humanas, para Esther era la prueba definitiva de que el destino la había escogido a ella y no a otro, para llevar a cabo tal acometida. Ambos, rodearon a aquel mastodonte acorazado que mostraba por vez primera sus ojos, uno de los cuales, inservible a efectos prácticos más que para recordar los efectos de aquel desencuentro fortuito entre dos especies de la misma cadena alimenticia.

—¿Quién le ataca primero ahora? Porque ya que no le has asestado el golpe de gracia definitivo, ahora no hay factor sorpresa posible a nuestro favor. Solo lo has conseguido cabrear más de lo que estaba, lo cual tiene un gran mérito por tu parte —dijo Esther, harta de la inoperancia de un Alex más ensimismado en sus hazañas que nunca.

—Bueno, al menos no podrá vernos a los dos al mismo tiempo, todo son ventajas —eludió Alex, a su estilo oxidado que de costumbre.

—Claro, tus cuchillas de cinco metros pasan desapercibidas en cualquier lugar del planeta. Un auténtico genio quien las diseñó. Supongo que matarías al arquitecto antes de probarlas, no fuera que vendiera la patente.

—Oye, ya que estamos con reproches, ¿por qué no le dices al amigo tuyo ese… el rarito de la parca… que salga y haga algo aparte de pasearse por los muelles y asustar a las pobres parejas que se extravían en mitad de una crisis de identidad típica debida a las hormonas, en vez de ofrecer sus servicios de guía fantasma por lugares emblemáticos donde fueron masacrados otros adolescentes que, además, fueron engañados con la promesa de perder la virginidad? ¿Se lo dices tú o ese cuchillo tuyo tiene buzón de voz al más allá?

—Creo que deberíamos emplearnos más en cómo eliminar al grandullón, antes que en erradicar los múltiples traumas y prejuicios que arrastras desde el hotel. Te prometo que haré mi mejor intento por no matarte si consigo hacer de ti una persona nueva.

Podrían haber seguido toda la noche discutiendo, y toda la vida si hubiera hecho falta, como si aquello no fuera más que un concurso de egos para saber quién mantendría el status quo de macho alfa dominante, si no fuera porque el tiempo, se les había agotado. Unas

luces, provenientes de los faros del mismo vehículo que los había rastreado hasta aquel motel, captó la atención necesaria para desplazar todo el interés de los allá presentes hacia otro punto convergente. Exactamente, hacia el misterioso contenedor que iba acoplado al remolque donde un singular bullicio, se originaba del interior del mismo. El alboroto, lejos de cesar, fue en un claro in crescendo hasta que el sonido de dos puertas abriéndose, supuso el punto álgido de la sinfonía. Los componentes de aquella inclasificable pieza musical, no eran más que una docena de solistas dirigidos por la batuta de un sádico director de orquesta. Pero en vez de instrumentos, otros eran los enseres que portaban en sus manos. Esther y Alex se miraron de inmediato y por obra divina y sin que sirviera como precedente por primera vez desde que se conocieron, coincidieron en qué era lo mejor para todos los allá implicados.

Mientras Alex esperaba recibir gentilmente a todo el comité de bienvenida acompañado tan solo de su fiel e inseparable repertorio, Esther acaparó la otra parte de la comitiva y a priori, la que más dificultad entrañaba. No en vano, se encontraba ante el artífice de una proeza de tal magnitud como la de haber conseguido reunir a distintas criaturas de diferentes mundos a punto de extinguirse. Por esa razón, alejó a su presa del resto de la manada y la atrajo hacia un territorio lo suficientemente apartado para desplegar su mejor versión. Las multitudes en espacios abiertos, las dejaría para su camarada Alex.

El último en discordia y no por ello menos importante, no utilizaría la violencia como medio afín para alcanzar sus intereses, aunque jamás habría negado declararse un acérrimo consumidor de programas que hicieran apología a dicha práctica gratuita. Así era Roger, un auténtico cerebrito que jamás se ensuciaría las manos si podía dejar que otro, lo hiciera en su lugar. Y ese otro, tenía nombre propio.

Todo ocurrió tan rápido, que apenas pudo detenerse en contemplar el mensaje subliminal que contenían aquellas imágenes cargadas de una belleza fuera de toda duda. No sería él quien se auto diagnosticara como un enfermo seguidor de todo lo que conllevara a la masacre y el sinsentido de todo acto proclive a esta actividad, pero cuando su amigo se enfundó el traje de “no cerramos por vacaciones”, entonces supo que la cosa iba realmente en serio. Nunca había visto en su breve pero intensa experiencia en este peculiar “negocio”, tal desfile de

cuerpos sucumbir uno tras otro a los designios de un ex perturbado venido a justiciero por causas humanitarias, o como a él le gustaba auto proclamarse. El ballet en sí, estaba compuesto por desmembramientos de todo tipo, decapitaciones varias y hasta hubieron algunos intentos frustrados por diversos ilusos que trataron de atacarle conjuntamente por ambos flacos, recibiendo estos una muerte más que poética y a lo sumo alegórica. Roger no solo fue testigo de aquella obra maestra y clara oda a la barbarie, sino que además, lo hizo con su propia banda sonora, alguna ópera clásica que supuso que su tutor en ciernes, también reproduciría a medida que consumía las vidas de aquellos desgraciados al servicio de aquel extraño culto. Y, todo sucedió en el reducido espacio de tiempo en el que tardó en llegar a su destino, el que le marcó un Alex con el semblante preocupado y que por vez primera, parecía más vulnerable que nunca. Quizás tenía motivos para estarlo.

Roger impactó varias ocasiones en la ventanilla del coche, desesperado por encontrar una mirada de complicidad en aquella muchacha, temerosa al principio y desconfiada luego, que no debía rebasar su edad o al menos, eso es lo que su instinto le susurraba. Por algún motivo que desconocía, la había traído al lugar menos idílico del planeta en cuanto a esperanza de vida concernía y eso, hablaba por sí solo de las facultades psíquicas de alguien, que estaba re descubriendo su faceta de empatía como un recién nacido aprendería a caminar para dejar de gatear. La analogía no le convenció demasiado y se dispuso a actuar antes que alguna otra comparativa, terminara por distraerle de la misión que le había sido encomendada.

—De superviviente en potencia a superviviente contrastado, no hay tiempo para presentaciones, así que baja del vehículo inmediatamente si quieres que tu familia y tus hijos algún día se rían cuando les cuentes quién te salvó de esta —incidió Roger, haciendo patente su inexperiencia como mensajero del optimismo.

La vis dramática de Roger, heredada directamente de su madre y moldeada drásticamente por cierta que otra personalidad, en ocasiones podía resultar algo sobreactuada y cargante en exceso, aunque en aquella ocasión, surgió los efectos deseados. Rosa salió despedida por su propio pie del vehículo, y con ello el confort y el amparo que le habían proporcionado aquel habitáculo móvil, se difuminaron también. Ambos lo sabían, motivo de sobra por el cual

Roger se apresuró en establecer una conexión emocional que hiciera de placebo al menos, hasta que pudiera mantenerla a salvo. Y casi lo consiguió a excepción de un pequeño detalle. No fue su mano la que encontró. Una mujer de tintes grotescos y melena al viento, se interpuso entre ambos y tomó a Rosa de rehén situándole un alfiler debajo de su carótida. La aceleración de la joven se acrecentó, y Roger entró en pánico como si fuera la suya la vida que pendía de un hilo. Al principio, pensó que solo se trataba de una más de tantos adeptos que seguían a aquel líder que se erigía a modo de profeta en una divinidad, pero sus sospechas pronto se disiparon inmediatamente…

—Nunca dejes a un niño hacer el trabajo de un adulto. ¿No te parece una irresponsabilidad a quien corresponda el haberte dejado solo e indefenso conmigo?

Roger intuyó que en aquel tono de voz autoritario y arrogante, no existía el más mínimo resquicio de sumisión que indicara que obedeciera ningún mandato, y por consiguiente aquello solo podía significar que se hallaba ante el cerebro de la operación. Nunca se había tratado de un solo asesino, sino de una pareja que se dividía las tareas de seleccionar y posteriormente someter a sus víctimas a su pleitesía. La sola idea le hizo enfermar, hasta que dos manos se posaron sobre sus hombros y lo tranquilizaron en la medida de lo posible. No eran las manos de su madre, pero sí las de alguien que la había conocido lo suficiente como para representarla en su nombre.

—Esto se va a poner feo, así que a partir de aquí me encargo yo. Ya has hecho suficiente por hoy —atajó Alex, sin resquicio alguno de ironía.

El semblante serio y poco amistoso de su compañero y cómplice en actividades que se extralimitaban de cualquier enseñanza habida o por haber, contrastaban con la serenidad y templanza con la que solía afrontar cada situación o adversidad que se le presentaba. Y aquella no solo no era una excepción, sino que suponía el segundo punto de inflexión más grande en su vida. Cual un manojo de nervios y sin un ápice de aquel sarcasmo tan inherente de él, posó su mirada en aquella mujer y un abismo insondable obtuvo como repuesta. Reconoció muchos síntomas en aquellas facciones que le trajeron recuerdos de infancia y otros mucho más recientes, como los acontecidos con Joana. Sin ir más lejos, aquella era la razón por la cual terminó ella misma con su sola existencia.

—Vaya… parece que no eres tan duro después de todo, ¿verdad? Quizás deberíamos sincerarnos todos aquí y contarle a esta pobre niña huérfana, quién se llevó a sus padres antes que se reúna con ellos —susurró aquella maníaca, al tiempo que revelaba el secreto más importante que aún pesaba en la atormentada alma de Alex.

—Tú no eres nadie para contarle lo que les ocurrió, solo eres otra maldita narcisista que necesita provocar sufrimiento en los demás para sentir alguna emoción. Créeme, ya conocí a alguien así y no quiero volver a incluir a ninguna más en mi vida. Por lo que te recomiendo, que la dejes estar antes que pases a ser una escultura de cera en mi museo después de la pertinente reconstrucción a la que serás sometida —amenazó Alex, seguro de sí mismo.

—Ohhhhh ya veo… Al parecer no me equivoqué con vosotros dos cuando os escogí. Sois dos piezas únicas que daríais un toque de distinción a nuestra familia —profetizó aquella pérfida mujer, capaz de transmitir odio con su sola mirada.

—¿A esto llamas familia? ¿Gente encadenada por el cuello que, ha sido raptada a la fuerza mediante el asesinato de miembros de su familia o de amigos que estuvieran presentes en ese preciso instante? Curioso concepto el que tenéis tu novio y tú o quien quiera que sea tu compañero. Pero os aviso de antemano, que estoy harto de historias en las que una mierda de infancia, justifique vuestras acciones y las de cualquier otro que partan de la misma premisa. Así que mientras mi amiga se encarga del grandullón, yo bailaré con la hermana incestuosa del tándem —amenazó Alex a la susodicha, esperando que fuera reacia a cualquier tipo de provocación a la que la sometiese.

—No conseguirás que pierda los nervios, si es lo que pretendes con tu juego. Tampoco podrás alcanzarme a esta distancia sin atravesar a nuestra invitada de honor de por medio. Eso si no lo hago yo primero. Difícil dilema el que se te presenta para la feliz reconciliación que había planeado entre víctima y verdugo. Tendréis mucho de qué hablar de ahora en adelante, supongo. Mientras te decides, creo que probare a nuestra invitada para saber qué gusto tiene su carne. No puedo resistirme más al aroma que desprende.

Cuando aquella mujer de nombre y origen desconocidos, se

autoproclamó la autoría de los crímenes que habían acontecido recientemente en distintos lugares casi al mismo tiempo, no solo lo hizo en calidad de actor secundario sino que además, quiso dejar patente su auténtica participación en ellos. De esta forma, sus palabras dejaron de ser simples amenazas veladas, para convertirse en la antesala del horror más primitivo que el hombre había conocido. Así lo concibió Alex, cuando aquella mujer mordió la oreja izquierda de Rosa con toda la naturalidad del mundo, y le arrancaba una parte del lóbulo ante la impotencia del mismo asesino que había visto y protagonizado toda clase de horrores inimaginables, pero ninguno comparable a este. Los gritos de Rosa, certificaban la rabia contenida de un Alex que estaba dispuesto a cualquier cosa, si con ello conseguía apaciguar el sufrimiento por el que estaba pasando alguien cuyos padres, habían sido víctimas suyas en su turbulento pasado. Demasiado sufrimiento para alguien tan joven.

—¿Vas a hacer algo al respecto, o esperarás a ver cómo la devoro lentamente hasta llegar a sus ojos? Te advierto, que nadie antes ha soportado este proceso sin desmayarse, así que podrías ser testigo de cómo todo su ser pasa a formar parte de mí en un acto de una belleza, todavía incomprendida para la gran mayoría —profirió aquella descarnada mujer, mostrando cómo sus dientes se habían alimentado de carne inocente.

La moralidad o el deber eran cosas, que jamás habían sido una prioridad para alguien carente de cualquier tipo de emoción o empatía hacia otro congénere suyo. Aquel hubiera sido el lema de su antiguo yo, pero el que ahora ocupaba su presente, algo debía decir al respecto. No se quedaría estupefacto ante una injusticia de tal sadismo gratuito hacia cualquiera que apreciara la vida como un regalo y le fuera arrebatada por el azar de unas personas. Por ese motivo, estaba dispuesto a llegar a esa mujer, ni que fuera atravesando el cuerpo de una niña inocente y de paso, poniendo punto y final a su pesar. No era una decisión fácil pero ya la había tomado justo, cuando la susodicha cambió de apetito y dirigió sus fauces hasta la oreja derecha de Rosa. No iba a permitir que pasara por un agravio semejante, y sus cuchillas estaban dispuestas para dar el equilibrio perfecto a la situación. Lo hubieran hecho, pero algo o alguien se anticipó. Fue un alivio que el cañón de una pistola, se posara sobre el cráneo de la fémina psicótica con experiencia en el canibalismo y avanzada inducción en el sectarismo, y se descerrajara un disparo que le desfigurara el rostro extinguiendo así, su repugnante existencia. Alex contempló las facciones del cadáver y su aspecto actual reflejaba el monstruo que

yacía dentro de ella. Se lamentó por no poder haberle puesto las manos encima, pero se alegró que Rosa siguiera viva en contrapartida. Era un precio bastante justo asumiendo que los riesgos no habían superado las pérdidas a menos que, aquel cañón dirigiera su objetivo hacia alguno más de los allá presentes. No fue así, para alivio y sorpresa de Alex, que contempló cómo el rostro de un hombre afroamericano desconocido hasta la fecha, hacia acto de presencia. Sus facciones marcadas y contrastadas, no revelaban la verdadera edad de alguien que, parecía haber estado persiguiendo fantasmas en vez de capturarlos toda su vida. Fuera como fuese, aquel invitado de honor tenía un importante mensaje que transmitir y por primera vez en mucho tiempo, no se trataba de ninguna amenaza de muerte ni tampoco, de ningún enigma con forma corpórea encerrado en su tortuoso subconsciente. Era algo totalmente distinto.

—¡Tenéis que llevarme con Esther lo más rápido posible, corre un grave peligro! —exclamó Thomas, mientras volvía a acomodar el percutor se su revólver y el humo que desprendía su cañón, lo dotaba de un alma mística al descubrir las facciones de su cara.

Sin entrar en más formalismos y preámbulos, Alex sintió que las presentaciones sobraban y que quien quiera que fuese aquel extraño individuo, no era un enemigo, sino el portador de más malas noticias. Hizo un gesto para que Roger procediera a atender a Rosa con la máxima celeridad posible, y oteó con una faz inédita su siguiente destino. Si las palabras de aquel mensajero eran ciertas, tenia que salvarla antes que fuera consumida como el resto de almas que languidecerían eternamente en aquel purgatorio, donde había quedado anclado un mal inconmensurable. Pero antes, tendría que llegar hasta ella.

LA CHICA DE LOS PERIÓDICOS
QUE NUNCA QUISO SER FAMOSA

Esther había estado dos largos años en paradero desconocido en los cuales, se había convertido en una persona adulta capaz de sacrificar su vida en pos del porvenir de otros. Suya era la responsabilidad de que aquel arma, no cayera en las manos equivocadas y también el de hacer un buen uso de ella, si es que por buen uso se podía entender el de poner fin al ciclo de un ser humano, por indeseable que fuera. La cuestión que se le presentaba ahora, sin embargo, era radicalmente distinta. Su razón de ser y estar en aquel preciso lugar, estaba justificada sobremanera por la presencia de aquel imponente personaje de gran envergadura, que a su vez representaba todos los males que había visto aflorar en cada individuo que hubiera sido merecedor de su particular sentido de la justicia. Quizás, había llegado al final de su viaje, justo cuando su existencia empezaba a cobrar sentido, pero lo cierto es, que en ningún momento le preocupó la integridad física de su compañero mas, cuando lo abandonó al amparo de aquella multitud ávida por consumir su cuerpo, quién sabe si su espíritu también. Si es que alguna vez tuvo algo parecido a eso. La sola idea le hizo dibujar una maliciosa sonrisa en su rostro, que pronto se desvanecería a medida que el monstruo y ella, se adentraban en territorios inexplorados del alma humana. Cuanto más conocía a su propia especie, más se detestaba a sí misma. Se preguntó si Alex tenía salvación o ya pertenecía a aquel abismo insondable donde la oscuridad y la sin razón, convivían cordialmente sin molestarse mutuamente. Se lo plantearía personalmente si lo volvía a ver. Es más, se juró a sí misma de cumplir la promesa.

Cuando se introdujo en aquella pocilga donde se suponía que la gente pagaba en efectivo para alquilar una habitación decente, no pudo evitar maldecir el particular gusto de su amigo a la hora de escoger alojamiento. Definitivamente aquel no era el lugar más indicado para dos asesinos y aún menos, para una mujer que tuviera que hacer de niñera para un adulto y un menor al mismo tiempo. ¿Qué clase de personas frecuentarían aquellos lugares? Hombres de negocios con doble vida, prófugos de la justicia, ex convictos, drogadictos…? ¿O simplemente cualquiera que tuviese que esconder algo a los demás y nunca quisiera compartirlo? Sea como fuera, lo que sí le había quedado claro, es que residir media vida en un hotel, no le había servido a su cínico compañero de profesión para ser más selectivo a la hora de escoger el lugar donde morir. O al menos aquello pensó, cuando servía de carnada al pez más grande que jamás había picado, o

tal vez se habían cambiado las tornas y era el pez quien había esperado pacientemente a morder el mayor anzuelo. Fuera analogías, Esther aún podía oler los restos del gas somnífero que, se filtraban a través del conducto de ventilación hasta desembocar en cada estancia del motel provocando el escenario ideal donde nadie, interferiría en aquel juego de tintes macabros. El primero que no lo haría, sería el dueño de aquel pseudo albergue para gente "corriente " que yacía anestesiado tras el mostrador cual un bebé en su cuna, al igual que el resto de los ocupantes que residirían plácidamente en sus habitaciones, sumidos en un estado de letargo indefinido para mayor de sus preocupaciones. En contrapartida, la situación de Esther era radicalmente opuesta mientras trazaba una estrategia que le permitiera equilibrar la balanza a su favor. Una estrategia que empezó a tomar forma, a medida que se adentraba en el angosto corredor que daba acceso a las habitaciones de los extraviados que habían decidido pernoctar toda la noche en aquel estercolero. No obstante, el bloque en el que se hallaba no era el mismo en el que se habían alojados Roger y su mordaz benefactor, así que supuso que este último, optó por la opción más austera para que dos personas pasaran desapercibidas entre el reducto social allá presente. No era mala idea, más cuando quizás, aquel lugar aún le recordaba que seguía atrapado en el mismo hotel que tanto tiempo albergó a su monstruo interior. No era ese el caso de Esther, precisamente, que contempló cómo su gran objetivo se desprendía de las bombonas de gas a su espalda y las dejaba caer cual alfileres junto a la máscara de oxígeno revelando consigo facciones de su ser, todavía inéditas. Primero, fue estupefacción, luego consternación al corroborar que una pieza de aquel mosaico no había encajado desde el principio. Esther contempló atónita parte del rostro descubierto de su enemigo, y trató de contener el miedo. Había permitido que esa sensación pasara a formar parte de ella sin dejar que la dominara, pero por vez primera vez desde que empuñara semejante arma, aquello estaba a punto de cambiar. Quizás se había precipitado alejando a Alex en su ímpetu por tratar de adjudicarse su mayor trofeo de caza sin oposición alguna, pero lo cierto es que no encontró resquicio alguno de la antigua Esther que creía conocer. Es posible que Alex aún estuviera encarcelado en aquella fortaleza inexpugnable que su mente había creado a modo de castigo, pero ella aún continuaba vagando eternamente en aquel muelle buscando a sus padres. Si es que aquellos lugares habían existido en alguna ocasión o tan solo eran meras fábulas de lunáticos.

Esther siguió retrocediendo hacia lo más profundo de sus miedos ejerciendo el papel de carnada ideal, todo según lo planeado. Todo salvo la identidad de la bestia en la que tanto tiempo había empleado

en seguir la pista. O mejor dicho, identidades, pues no era uno sino numerosos rostros los que lucían alternándose en su faz como si de una diapositiva se tratara, solo que compuesta por caras que no le eran desconocidas y que juntas, formaban un mosaico del horror. Entre ellas, muchas de las que habían sucumbido a su singular hoja durante su extraña letanía, y las más dolorosas, la de sus progenitores que parecían estar padeciendo una agonía infinita aún después de muertos. Al principio se convenció de que aquello no podía ser real, que solo podía ser causado por el agotamiento de haber vivido un infierno en la tierra. Pero algo le decía que no era su imaginación quien se la estaba jugando, sino algo mucho más próximo de lo que podía llegar a concebir. Algo arcano, profano, más antiguo que este planeta y que escapaba de toda comprensión habida y por haber. Esther sintió el peso de su arma arrastrándola hasta los confines del universo, allá donde nadie podía ser encontrado jamás. Donde millones de voces suplicaban a la vez armónicamente en una orquesta coral que solo tenía como propósito, encontrar quien dirigiera aquella sinfonía que, era a su vez una Oda al sempiterno dolor en el que languidecían todas y cada una de sus víctimas. Consciente de ello, Esther conoció finalmente cuál era su destino, pero antes de sucumbir al mismo, debería liberar al mundo de un asesino más. Solo uno más y podría ser libre.

No había nadie en este mundo igual que ella. Incluso cuando los acontecimientos parecían superarla por completo, su capacidad de mantener la calma resultaba sorprendentemente fuera de lo normal, si es que aquel adjetivo se podía asociar con algún aspecto de su marcada vida. Cual una araña que espera pacientemente a su presa tejiendo hilos invisibles, y que de ser arrinconada no dudaría en mostrar toda su fiereza por prevalecer como la especie superviviente. Así se definiría a sí misma. Por aquella misma razón, no titubeó en mostrar esa singularidad que la distinguía de todo lo demás. Esa indiferencia y desprecio por la vida humana que la hacía tan especial, y a la vez la acercaba al borde del abismo donde llegaría ese temido momento en que, ya no sentiría nada al matar a gente inocente. Hasta que aquello sucediera, aún tenía una deuda pendiente que saldar consigo misma.

Esther, consciente de que los síntomas del gas pronto dejarían de surgir efecto en los residentes allá hospedados, se dispuso a hacer lo que mejor se le daba. Atenta a la proximidad de las habitaciones a las que se accedían mediante un angosto corredor que, a su vez desembocaba en unas vetustas escaleras de madera que crujían al son que marcaban las pisadas, Esther, sopesó las posibilidades de salir airosa del enfrentamiento sin provocar más bajas innecesarias que hicieran volver emerger aquella figura abisal que solo aparecería, para

recordarle lo peor de sí misma. A continuación, se situó en el extremo opuesto del pasadizo donde las escaleras ejercían de salvadoras y casi sin querer, cuál sino la misma historia que se volvía a repetir pero con diferentes protagonistas que, en esta ocasión la trasladaron a una especie de lugar donde el espacio y el tiempo, eran tan relativos como su existencia en aquel motel cual colofón a toda su obra sobre la redención. Y cuando terminó de reflexionar en el vacío de su existencia, otras puertas diferentes a la de su subconsciente, empezaron a emitir sonidos de obertura, pero esta vez no provenían de ningún artefacto diseñado para atrapar a seres humanos, no. Esta vez se trataba de vidas que habían quedado atrapadas entre dos mundos.

En cuestión de segundos, los huéspedes que se habían alojado hasta el momento, salieron aturdidos, sin saber qué les había ocurrido. El asombro se fue convirtiendo en estupefacción, cuando el miedo se apoderó de todos y cada uno de ellos, y la incertidumbre, por aquellas dos figuras que les bloqueaban el paso, crecía más y más. Entre la multitud expectante, hubo una persona que captó poderosamente la atención de Esther. Una niña que iba cogida en brazos de su madre, y que no pudo evitar verse a sí misma reflejada en aquella cría abriendo la entrada de su casa a aquel extraño que cambió su existencia para siempre. Quizás, el destino la había conducido hasta ese momento por una razón, y era para darle un sentido a todos y cada uno de sus actos. Fuera cual fuese y sin desmerecer al resto de los ocupantes que residían allí, Esther se desvivió exclusivamente en aquella niña, y no permitiría que su pasado la devorara a ella de igual forma que lo hizo consigo.

—¡Escuchad atentamente, porque no os lo repetiré dos veces! Ya sé que os estaréis preguntando quiénes somos y por qué a nosotros. Creedme, cuando os digo que me importáis todos una mierda, pero da la casualidad de que estáis en medio de un asunto que no os concierne. Dicho lo cual, si creéis que mi aspecto y mis modales son amenazantes, mejor no descubráis por vosotros mismos cómo se las gasta mi compañero de "juerga". Así que, si optáis por escoger las escaleras a mi espalda, probablemente hallaréis una salida de emergencia para que podáis seguir con vuestras banales e insignificantes vidas, mientras algunos hacemos del mundo un lugar más seguro para los demás. Es broma, obvio. Por si alguno de vosotros lo había considerado seriamente —advirtió Esther, mostrando su guadaña a aquel gentío mientras gritaba como una auténtica lunática. Supuso que aquello último, sería más convincente que el tratar de

razonar con ellos.

A diferencia de Alex, Esther no era proclive en dar discursos motivacionales y menos, ante un público desconocido. Aunque más que un discurso, aquello pareciese una amenaza a gran escala. Sea como fuese, la misiva surgió el efecto esperado y las almas desperdigadas alojadas en aquel tugurio, salieron en estampida sin importarles demasiado los motivos por los cuales aquella adolescente convertida ya en toda una mujer, profería advertencias que traspasaban cualquier atisbo de comprensión para los allá presentes. Sin embargo, el azar no fue ecuánime para todos los inquilinos y quiso que Esther, volviera a ser partícipe de su tragedia, esta vez como una espectadora más. Así lo sintió, cuando el collar magnético de su adversario, se cerró en el contorno de la desdichada madre del la niña que, sintió cómo una fuerza la arrastraba lejos de su hija y le era arrebatada sin oposición alguna a la par que sus gritos de terror se ahogaban lentamente ante los ojos inocentes de su niña. Esther, impotente, no quería que aquella niña creciera igual que ella lo hizo. Estigmatizada por una culpa que no le correspondía al haber sobrevivido a algo a lo que jamás debería haber hecho. Viviendo una vida que no le pertenecía a medida que algo antinatural crecía en su interior. Por esa y otras razones, Esther se dispuso a salvar ese peldaño que la separaba de su polo opuesto, aunque ello significara firmar su propia muerte. Dicho y hecho, blandió su arma por enésima vez y se dispuso a interceder por aquella familia como si fuera realmente la suya. Demasiado tarde, no obstante. Cuando quiso protegerla del mismo fatídico destino que el resto de las demás víctimas de aquel monstruo acorazado, el cual seguía sangrando por uno de sus ojos sin que ello pareciese debilitarlo en exceso; la niña, corrió en brazos de su madre antes que esta, exhalara su último aliento. Esther, hierática y al mismo tiempo paralizada, estaba a punto contemplar por segunda vez, cómo su historia se volvía a repetir esta vez con diferentes personajes pero con idéntico desenlace. “***Jamás podrás deshacerte mí tan fácilmente…***”, musitó una diabólica voz proveniente de aquel objeto con la que había sido marcada. Cabizbaja y abatida, solo podía conformarse con presenciar cómo madre e hija se consumían en un abrazo de despedida, antes de que aquel gigante decidiera poner fin al hilo que las había mantenido juntas. O de eso creía estar segura, antes que los acontecimientos dieran un giro inesperado.

Si hubiera un momento que hubiese definido el paso por su vida, quizás aquel hubiera sido un buen ejemplo a tomar. A pesar de todas las fatalidades que había padecido, nunca se había desviado del

camino correcto, incluso si ese sendero le había mostrado partes de sí misma que era mejor que permanecerían enterradas bajo tierra. Pero cuando se trataba de otros… entonces, todo cobraba un cariz radicalmente opuesto. Sino, no entendería el afecto que sentía por alguien cuyos defectos asomaban más que sus virtudes, pero que de alguna manera, había encontrado el modo de enmendarlos para hacer su propio camino. Esa habría sido la definición exacta de Alex. Un ser tan imperfecto como imprevisible. Capaz de lo peor y de lo mejor, sin que ello tuviera que tener un sentido que justificara cada una de sus decisiones. Afortunadamente para Esther, ambos habían tomado la misma determinación en el asunto que les concernía y ya nada volvería a ser igual para ninguno de ellos, si es que alguna vez tuvieron la oportunidad de ser normales. Lo supo en cuanto la madre quedó liberada de aquella correa como por arte de magia y pudo volver a nacer junto a su hija, como si de un milagro se tratara. Pero Esther conocía ese tipo de magia mejor nadie. La había sufrido en primera persona en el muelle y paradójicamente, se había convertido en la mejor aliada en su particular cruzada por encontrar un sentido a su existencia. Quizás ambos, la habían encontrado mutuamente sin saberlo.

—¡Detrás de mí! —espetó Alex enérgicamente, mientras madre e hija se parapetaban detrás de unas cuchillas de acero que definitivamente cerraban el paso a aquel coloso.

—¡Gracias por salvarnos! No sé quién eres pero no tengo pala… —dijo la madre de la niña que había quedado liberada, sin que fuera capaz de acabar la frase. Nadie solapaba el guión del protagonista estrella de la función.

—No sigas antes de empañar este bonito momento de reconciliación familiar que, no ha requerido de un reality show para hacerse realidad. Y créeme, ellos son peores que todos los aquí presentes sin necesidad de recitar frases de villanos amargados, o de esgrimir armas tan fantasiosas como las que llevamos para los estrenos de nuestras premiers —contestó Alex a la madre e hija que cuyas vidas había salvado, aunque no corrieran la misma suerte en lo que a sufrir su humor se concerniera.

—En serio no entiendo nada de lo que dices, pero te estamos agradeci… —intentó de nuevo, sin que no hubiera manera de que finalizara una sola oración.

—No tienes nada que entender, salvo que los malvados de los cuentos, a veces se cansan de que los cataloguen y entonces, es cuando se producen paradojas que alteran el curso de los acontecimientos hacia sendas que solo el Señor conoce. Dicho de otro modo, yo habría sido tu verdugo en otra vida, pero por alguna razón me ha tocado salvarte a ti y a tu hija de un destino poco alentador, aunque mi estilo hubiera sido más original y menos arcaico que el de nuestro amigo el gigante, que por alguna razón que la ciencia no ha descubierto aún, no hace ademán de atacarnos mientras suelto este discurso solo para vanagloriarme y engrandecer aún más mi ego. Pero no te preocupes. Si salimos de aquí con vida, explicaré todo en una biografía personal para al menos ganarme la vida honradamente con mis repercutidos actos de redención. No sería el primero ni el último en hacerlo y salir en portadas concediendo dudosas entrevistas. Por cierto, no creo en Dios, solo era una broma que mi amiga habrá entendido. Eso quiero creer. Me aterra la idea de ser un incomprendido en este mundo tan cruel.

DOS ASESINOS MEJOR QUE UNO

Había vuelto. O mejor dicho, su perspicaz y mordaz sentido del humor habían regresado. Y si aquella madre e hija no salieron huyendo por la colección de personajes en aquel motel, definitivamente sí lo hicieron por el terrorífico alegato de Alex. Esther sonrió y asintió. Cada vez que abría la boca quería matarlo, pero no podía evitar reírse.

—Esther, habíamos estado equivocados todo este tiempo. No es un cazador solitario. Tanto ver series sobre mentes de psicópatas y seguimos sin entender una mierda. Resulta que aquí el espécimen, actuaba en pareja o con su hermana y hablo en pasado, porque ya pasó a mejor vida. Supongo que nunca sabremos si el aquí el grandullón tenía una relación incestuosa con su hermana, o realmente este engendro tenia alma de Casanova. Pero lo que sí está claro, es que nunca ha sido el cerebro de la operación porque sino, sabría que su alojamiento en este motel expira inmediatamente. ¿No te parece, Esther, que ya es hora de echar a nuestro alborotador inquilino? —concluyó Alex, ante una sonora ovación que nunca se produjo.

Como si de una señal inequívoca de que sus destinos estuvieran entrelazados desde mucho antes que ambos se conocieran, Esther interpretó las palabras de Alex tal como él hubiese querido que las interpretaran, y no dejaban lugar a dudas. Quizás hubiese esperado de la otra parte algún parpadeo de ojos innecesariamente absurdo, seguido de alguna mueca aún más absurda acordes con su particular forma de desdramatizar los hechos, pero no hubo gesto alguno que delatara sus intenciones, salvo la evidencia contrastada de la intencionalidad de sus últimas palabras. Y por supuesto, dos cuchillas cerrándose en forma de equis alrededor de aquel coloso acorazado que permanecía inquietantemente impertérrito a los acontecimientos que se sucedían, eran señales más que suficiente. Esther no vaciló y aprovechó la oportunidad para asestarle el que esta vez sí, sería el golpe definitivo mientras yacía inmovilizado ensartado en la pared y sin posibilidad de escape. Sin más preámbulos, le clavó la hoja curvilínea en todo el corazón sin oposición alguna, y esperó que la maldición que portaba, hiciera el resto. Nada aconteció. La punta de la hoja apenas atravesó el grueso de la armadura de su objetivo y la respiración de este, comenzó a acelerarse hasta alcanzar su punto álgido y tornarse en una melodía infernal. Algo iba mal, terriblemente mal. Y lo peor es que ambos lo sabían.

—¿En serio, en el corazón? ¡Solo a los dragones se les mata así! Además, dudo que sea poseedor de dicho órgano si lo intercambió con una entidad superior para obtener esta masa corporal y, este traje prestado tan chulo. ¿De verdad os creéis que porque viejas estrellas de la lucha aparezcan en anuncios comerciales, vais a conseguir lucir como este tipo sin hacer sacrificios que incluyan el uso de animales de granja o la presencia de vírgenes en una última estancia? ¡Qué Ilusos!

Tras el enésimo discurso que Alex entonaba con alegoría incluida sobre el culto a los cuerpos, el gigante aún sin nombre, logró liberarse de las cuchillas que le habían obstruido el paso con tal facilidad, que parecía que solo los estuvo poniendo a prueba todo el tiempo. Tan inusitada facilidad como levantar el cuerpo de Alex por encima del suelo con una mano, y con la otra oprimir la respiración de Esther en la pared contrapuesta a la de su homónimo masculino. Una surrealista situación que hubiera supuesto una debacle en las esperanzas de cualquiera ser humano que se preciara, pero no para ellos. Como si de un chiste mal contado se tratara, estallaron en carcajadas sin explicación alguna cual dementes encerrados de por vida en un manicomio. O quizás, sí que la había pero solo en sus retorcidas mentes cabía una interpretación digna.

—Eres lo más inútil en la lucha cuerpo a cuerpo que jamás haya presenciado. Creo que cualquier bicentenario opondría más resistencia que tú al hablar de políticas que protejan a los ciudadanos de gente como nosotros. Aún así, pesan más estos momentos, que el bochorno generalizado. Te lo agradezco antes que me quede sin respiración para insultarte más —gorgoteó a duras penas una Esther fuera de sí misma, cual imbuida por una fuerza indómita denominada Alex.

-

—No me des las gracias aún… Toda la vida intentando imitar a los asesinos indestructibles de todas las sagas de películas, y ahora resulta que seré testigo de una proeza tan absurda como la de sujetar por los aires a una persona con una mano mientras estrangulas a otra con la restante. Es lo más incoherente y a la vez emotivo, que me ha sucedido jamás. Bueno, eso y que una vez alguien metió de escudo humano a su propio compañero con tal de no quedar clavado como un cuadro de estilo barroco. Qué tiempos Jasper… te echo de menos. Pronto nos reuniremos y así podré seguir atormentándote en mi hotel favorito, y no en esta ratonera indigna de considerarse la secuela… donde consagré a una tal Esther. ¡Esperadme chicos, ya voy con

vosotros! —parafraseó Alex, imposible de hacerle callar incluso cuando alguien le estaba oprimiendo las cuerdas vocales.

Apenas unos segundos de vida la separaban del lecho de su muerte antes que su respiración cesara, bien por culpa de la falta de oxígeno, o porque su cerebro colapsaría al ser incapaz de procesar aquel último panfleto como humor propiamente dicho. De todas formas, tenía su gracia el poder asistir a dos funerales al mismo tiempo sin perder la sonrisa de la cara. Aquello pensó Esther, cuando se vio a sí misma fuera de su cuerpo, mientras contemplaba la imagen completa de lo que ocurría cual piezas de un rompecabezas. Quizás era una falla de su cuerpo y mente a punto de extinguirse ambos o, tan solo era un galimatías más de aquella hoja forjada en los mismísimos adentros del infierno. Pero lo que sí era cierto, es que no era la primera vez que lo experimentaba. No sabía si eran sueños aleatorios sin conexión, o solo la conciencia por haberse despojado de su naturaleza como individuo, pero no podía ser casualidad revivir escenas que no había protagonizado, como si flotara en una burbuja invisible para el ojo humano. Ver a su tíos día y noche pegar carteles suyos, preguntando por su paradero a desconocidos que jamás moverían un dedo por nadie mientras esperaban la confirmación de lo que muy en el fondo ya se temían, le rompió el corazón en infinitos pedazos. También se preguntó si la historia de la madre de Alex era cierta, o por el contrario jamás le había contado a nadie por qué era así o quién le hizo de aquella manera. “¿Acaso eso importaba?”, se volvió a maldecir para sus arrestos. Afortunadamente, su mentor le volvió a dirigir la palabra antes que su vida se extinguiera.

Fue justo por debajo de la axila del brazo que sostenía a su perturbado comediante en potencia, cuando su mentor pareció encontrar una grieta en la armadura en la que poder penetrar y arrancarle un grito de dolor tal a su enemigo, que los liberó de la opresión mientras dicha herida, parecía corroerle por dentro como si estuviera poseído por un demonio. Sin más dilación ni tiempo para más alegorías o lamentos decorativos, la pareja de antihéroes se incorporó al trabajo no sin dificultades, y se dispuso a hacer lo que mejor se les daba. Primero fue Alex con una endiablada ráfaga de movimientos lacerantes quien intentó atravesar la piel de aquel mastodonte, ofreciendo un espectáculo pirotécnico provocado por el roce que producían sus cuchillas al chocar con aquel blindaje, que a la par resultó más efectista que efectivo. “Si algún inquilino hubiese permanecido en su habitación con el oído pegado a la pared, de buen seguro que habría terminado peor que como entró”, pensó Esther, al admirar la

velocidad y la inusitada violencia con la que aquellas armas atravesaban todo cuanto encontraban a su paso. Pronto, Alex alteró su estrategia y trató de cercenar la cabeza de su oponente en un movimiento en cruz tal como hizo con sus perros. El remedio sin embargo, no pareció ser la solución a todos los problemas, y pronto obtuvo una respuesta en forma de un brutal cabezazo que le recordó al que le propinó el carnicero, y todo ello mientras sus dispositivos de debajo de sus muñecas eran oprimidos por dos manos que buscaban más romper sus huesos que obstaculizar sus armas. Esther no se quedó impertérrita y trató de seccionar uno de los brazos que sujetaban nuevamente a su compañero, pero aquel no era el brazo de ningún secuestrador de bancos. El gigante soltó a Alex que cayó desplomado cual títere sin cabeza con la faz cubierta de sangre, mientras esbozaba otra de sus enigmáticas sonrisas que en nada se ajustaban a la realidad y el mastodonte a su vez, la agarró a ella en su lugar impulsándola brutalmente hasta el techo mientras el impacto de la caída hacia el resto y provocaba una grieta en el mismo de tamaño considerable. Detestaba eso. Que la lanzaran cual muñeco de trapo y luego la dejaran caer como si nada. “Eran ya demasiadas veces”, pensó, cuando un collar magnético rodeó su cuello a la vez que otro aprisionaba el de Alex simultáneamente, y eran arrastrados hasta fuera del motel como animales a un matadero.

—¿Te percatas que dentro de poco pasaremos a formar parte de su ejército de esclavos lobotomizados para el resto de la eternidad? Bueno, no sé tú, pero creo que lo que dije de su hermana incestuosa, estuvo fuera de contexto. Aún podría disculparme y salvar nuestras patéticas vidas para celebrar reuniones de ex psicópatas o en última instancia, hacer acampadas en los bosques con el fin de asustar a adolescentes provistos de alcohol y hierba y así recuperar nuestra autoestima poco a poco. ¿Te apuntas?

—Creo que pasaré de tu oferta por el momento. Quizás si hubieras acertado algún golpe en concreto en vez de lijar todas las paredes de este pasillo, no estaríamos teniendo esta conversación tan inverosímil. Bueno… a decir verdad, se me haría imposible diferenciar qué cosas no se podrían catalogar como “no absurdas” salidas de tu boca y créeme, cuando te digo que no tengo el placer ni las ganas de seguir conociéndote más, sin ánimo de ofenderte.

—No te preocupes, acuérdate que no podemos sentir empatía bla bla y toda esa mierda propagandística que sueltan de nosotros cuando no

nos tienen delante esos perfiladores de la policía, y de la que luego presumen para que no les cortemos en pedazos cuando su molesta oratoria les lleva directo a nuestras guaridas. Resumiendo, tengo una idea, pero vas a tener que seguirme la corriente —se jactó Alex, con un brillo especial en sus ojos tal que parecía que llevara purpurina.

—¿Tu idea es ponerte de rodillas y llorar? —satirizó Esther, en un admirable acto de contención para no asesinar a su compañero ella misma.

—Esa no es la idea. Al menos no la principal, todo depende de cómo transcurran los hechos. No me juzgues, hemos luchado de puta pena y lo sabes.

—Nadie me dijo que debía hacer de niñera de un asesino ególatra y pedante, mientras luchaba para darle un sentido a mi vida. Pruébalo un día, te lo recomiendo. - Continuó la sátira Esther, intentando adivinar el final de la película que Alex había escrito para ambos. Definitivamente, algo digno de la mejor tragedia griega.

—Lo haré, pero antes que nada… despójate de ese pesimismo. Total... ¿qué es lo peor que nos puede pasar a estas alturas? —puntualizó el aspirante a futura estrella de Hollywood, emergiendo de las cenizas.

Mientas Alex y Esther eran conducidos a su particular corredor de la muerte sin juicio previo, las últimas cartas se pusieron sobre la mesa a la espera de que alguien las mostrara definitivamente. Y ese alguien, resultó ser un invitado sorpresa. Un secundario dispuesto a robarle todo el protagonismo a los intérpretes principales. Y este, no podía ser otro que Roger.

—¡No señor, no le mate! Se lo suplico, no le haga daño. Es la única persona que me queda en este mundo... No lo haga o sino me llevarán a una terrible familia de acogida…

El último jugador se unió a la partida y se sentó en la mesa. Roger apareció atravesando la puerta del motel de los horrores, aunque era difícil saber si ya lo era antes de recibir la visita de tantas y tan disparatadas personalidades. Se situó al lado de Alex e interpretó el papel de su vida ante la estupefacta mirada de una Esther que, aún no

salía de su asombro.

—¡Márchate de aquí antes de que sea demasiado tarde! Aún tienes una vida por delante, no la desperdicies por compadecerte de un ser tan mezquino y ruin como yo —alegó Alex, en medio de un océano de lagrimas tal que dotaron aquel momento de una intensidad dramática inaudita, si no fuera por la catadura moral del actor que lo estaba llevando a cabo y los bufones que lo secundaban.

—No puedo abandonarte, ya no me queda nadie más… por favor buen hombre, deje al menos a la joven perturbada con vida. Es una buena persona. Apenas la conozco, pero sé que ha tratado de atentar contra la vida de mi amigo… y todos los que lo intentan, acaban muertos o en el infierno, así que debe significar algo que aún siga con nosotros esta buena samaritana —contra alegó Roger, en un discurso lacrimógeno más propio de un telefilm de domingo tarde, que de la propia realidad en sí misma. Esther sin embargo, no pudo evitar soltar una carcajada tragicómica por el ambiente que se respiraba en aquel lugar, donde la naturalidad había dejado paso a un histerismo colectivo parecido al de un vodevil, con enredos y vendettas servidos para no dejar indiferente a ningún telespectador. Y eso que la mejor parte del culebrón estaba aún por venir.

—¡¡Llévame a mí pero deja al muchacho en paz!! Te lo ruego, él no es como nosotros, solo es un estudiante de intercambio con el Síndrome de Estocolmo que casualmente, estaba trabajando en una tesis sobre personas desequilibradas. Y mi compañera desequilibrada y yo, nos ofrecimos voluntarios para su causa. Además, este insensato no tiene más medio de transporte que lo lleve a su destino de origen que un patinete ecológico, porque no puede soportar la polución que emiten los autobuses escolares ni los camiones que transportan a gente encadenada con fines puramente egoístas. ¡Es inocente, por Dios!

Las palabras de Alex, puñales afilados destinados a penetrar en sus objetivos hasta desangrarlos, parecieron alcanzar su cometido a la perfección. El mastodonte acorazado olvidó sus dos principales referencias y trató de consumar su ira con el más débil de los eslabones. Mala elección. Cuando ambos asesinos dejaron de sentir presión en sus respectivos cuellos, tiraron hacia lados opuestos obligando a su captor a hacer un esfuerzo casi sobrehumano por mantenerlos a la misma distancia prudencial donde los había contenido hasta el momento. De repente, las cadenas de ambos

empezaron a ganar el terreno perdido al tirar de sus cuerpos cual imanes polarizados hacia su inevitable destino, que no era otro que el de morir por asfixia. Conscientes de ello, la pareja opuso la máxima resistencia posible a los invites por quererles obligar a formar parte de la peculiar familia que había reunido aquel gigantesco monstruo, y de la que ellos mismos suponían la mayor amenaza para preservar dicha existencia. Enzarzados en una batalla desigual por sus vidas, Esther y Alex empezaron a asumir que las opciones se les empezaban a agotar, y que sus esfuerzos por encontrar un lugar en el mundo, serían en vano si morían sin haber podido cambiar nada de sus legados. Aquello mismo se les debió pasar por la cabeza a ambos, cuando se miraron mutuamente y pudieron ver el pasado del otro reflejado en su retina. Como si estuvieran visionando una proyección de diapositivas con más gente alrededor que solo podían intuir, pero no ver. En ellas, las risas enlatadas del peculiar público que les asistía, se entremezclaban con sollozos y lamentos, al pasar de las imágenes de sus infancias a otras fotografías que jamás fueron tomadas, y que retrataban el monstruo que llevaba cada uno en el interior. Escenas de huéspedes brutalmente asesinados en un hotel, seguidas de otras en las que se apreciaba a sí mismo como un verdugo varado en mitad de la noche más oscura, en una de las tantas estancias que albergaba su infausto hotel, a medida que su madre muerta confeccionaba el árbol genealógico de sus víctimas hasta comprenderlo en un mosaico; contrastaban con las de cuerpos retorciéndose en un muelle infinito como peces aleteando fuera de su hábitat, y balbuceando palabras ininteligibles pero al mismo tiempo, señalando en el centro a una única responsable que destacaba en mitad de un oasis de sangre y dolor yaciendo atrapada en mitad de un naufragio donde todos los cuerpos sin vida, se apilaban sin cesar. También el de aquellos dos niños encadenados a los que no pudo salvar. Estas y muchas otras, eran las diapositivas que contemplaron el uno del otro antes de que sus vidas llegaran a su final y fueran juzgados debidamente. A menos que, alguien hubiera pensado otro final para el cuento de terror que protagonizaban donde todos ellos, pudieran ser felices y convivir como personas normales. ¿Era aquello posible? Así debió imaginarlo Alex en su particular cruzada por lograr la redención a cualquier precio, donde cualquier utopía por descabellada que fuese, seria bien recibida si lograba salvar más vidas inocentes de las que había quitado. Una hazaña que tenía nombre propio, y del que no iba a permitir que su muerte delante de sus propios ojos, resultase en vano. Ya no.

Cuando las cadenas que tiraban de sus collares cedieron a sus límites, y estuvieron lo suficientemente cerca de su enemigo en común como para estar a su merced, algo pareció indicar en sus semblantes

desgastados a la vez que despreocupados, bien fuese por la falta de oxígeno en sus cerebros o por la desesperación que se respiraba en el ambiente, que en realidad jamás habían estado a merced de nadie más que de ellos mismos. El primero en demostrarlo fue Alex, con un movimiento que le hizo recordar que los grandes clásicos nunca mueren. Agazapado y casi sin ángulo, sus alfileres ocultos se proyectaron cual dos arpones en su presa, concretamente en sus respectivas hombros, manteniéndolo inmóvil durante unos segundos que, Esther, aprovechó para ahondar en la herida que anteriormente le había provocado en uno de sus costados, allá donde la armadura no alcanzaba a proteger y que conseguiría agrandar más si cabía. No solo hizo eso, sino que además, su hoja extirpó de dentro hacía fuera fragmentos del blindaje y con ello, la posibilidad real de herirlo de gravedad, ya no era tan remota. El gigante emitió un alarido de dolor como nunca antes lo había hecho, al sentirse tan vulnerable como el más común de los mortales y al que respondió inmediatamente, cuando trató de zafarse de la presión que ejercían las cuchillas de Alex, mientras este mantenía su cuerpo agazapado para oponer aún más resistencia. Fiel a su estilo, Alex se desprendió de sus pinchos cual muñequeras y evadió las garras de su enemigo que se quedó sujetando el vacío, hecho que provocó que Esther se desprendiera de su hoja en forma de espiral y la intercambiara por una de las cuchillas que pendían del hombro del coloso. Alex hizo lo mismo con la que colgaba de su lado y ambos perforaron al unísono por debajo de los respectivos hombros hasta que el monstruo finalmente cayó abatido y con él, la pareja de pérfidos asesinos que aún permanecían encadenados, también le siguieron como fichas de dominó. Habían ganado su primera batalla conjunta. Ahora solo les faltaba librar la mayor y más difícil de ellas, que era contra sí mismos.

DESPEDIDAS

Cuando por fin consiguieron liberarse de los collares magnéticos no sin antes hacer gala de sus habilidades, ambos exhalaron un soplo de aire fresco que pareció alargarse en el tiempo por espacio indeterminado, mientras a duras penas podían mantenerse en pie sin evitar reírse del aspecto del otro. Esther, consciente de que el mal aún no se había erradicado y que había que extirparlo, miró por vez última a su hoja y en ella pudo anticipar los ojos del asesino de su padres clamando por ser liberado a través del único camino que conocía. Esther, rehusó tal ofrecimiento y en vez de ello, remató a su ya maltrecho oponente que yacía en el suelo, ahogándole en su propio charco de sangre, mientras lo abría en canal de un costado a otro rebanándole cada órgano que encontró a su paso convirtiendo su muerte, en una oda destinada exclusivamente al dolor y el sufrimiento. Alex, sorprendido, creyó haber escuchado aquella partitura no hacía tanto en un lugar parecido al que se encontraba en aquel momento, pero diferente en todos los aspectos.

—Creía que saldría proyectado un rayo de tu arma directo al cielo para llevarse el alma de nuestro amigo el gigantón… pero en vez de eso solo has montado un espectáculo dantesco para quedar por encima de mí. Decepcionante para las expectativas que tenía depositadas en ti pero gratificante a nivel visual lo reconozco —añadió Alex, a punto de desfallecer por la extenuación, pero con las palabras a punto de perforar a su enemigo.

—Esto no es ninguna película con supervillano en la que tengamos que salvar el mundo de sus garras. De hecho, pienso que somos las últimas personas a las que les ofrecerían ese dudoso honor. Por cierto, he estado tentada de comprobar si saldrían esos famosos rayos de luz si degustaba mi arma en tu lengua, pero prefiero una buena conversación a un gran espectáculo pirotécnico.

Después de un coloquio largo y tendido donde ambos parecieron sentirse en su hábitat natural intercambiando palabras cual golpes en un ring, Roger decidió incorporase definitivamente al grupo después de haber interpretado el papel de ruegos y súplicas a la perfección. Nadie lo diría, pero parecía que cada vez más, se asemejaba al tipo de personas que tenían que cuidar de él y que curiosamente, le habían sido encomendados para su tutela o custodio. Alex lo miró con gesto de complicidad y chocaron sus puños, pero de repente un escalofrío le

sobrevino y su semblante cambió como nunca antes, había sido testigo su discípulo.

—¿No se suponía que tenías que estar vigilando también a Rosa? No sabemos si ese detective es de fi…

Antes que Alex terminara de expresar su malestar, un punzón frío y metálico se adhirió a uno de sus costados y le recorrió el cuerpo como una descarga. En cuestión de décimas de segundos, adivinó de quién se trataba mientras se desplomaba al suelo ipso facto como un peso muerto en el mar y, acompañando en su lecho al gigante que tan solo yacía escasos metros de su vista. No pudo evitar soltar una carcajada al saber que moriría por quien menos se lo esperaba.

Rosa soltó el alfiler ensangrentado presa del pánico y lo lanzó lejos de su alcance. Justo después, arrancó a llorar y cautiva de sus remordimientos, se abrazó a Alex como acto final de su perdón. Esther y Roger no podían dar crédito a lo que estaban asistiendo. Ni siquiera salían palabras coherentes que pudiesen arrojar algo de luz a lo que estaban presenciando. Cuando ambos se sobrepusieron del shock, se acercaron a taparle la hemorragia de la herida con las manos, mientras le acomodaban la cabeza en su regazo. El final estaba más cerca que nunca.

—No os preocupéis... es una larga historia. Se podría resumir con que yo maté a sus padres y ahora ella ha hecho lo que creía justo arrebatándome la vida. Pero no os preocupéis… que solo es un pinchazo de nada... he pasado por cosas peores, creedme. Si he sobrevivido al servicio del hotel donde me alojaba… puedo sobrevivir a esto.

—¿Cómo es posible que sigas riéndote de todo aún muriéndote? ¿Es que no ves que estamos fingiendo por parecer preocupados delante tuyo? —le recriminó una compungida Esther, que no pudo fingir sin embargo, no estarlo del todo.

—Es que no estoy muriéndome en realidad... es algo que había

ensayado con Rosa antes de encontraros aquí y ver cómo un gorila, os daba una paliza sin paliativos. Suerte que llegué a tiempo para presenciar en vivo el ridículo que hacíais. Solo os falto hacer cantar el Kumbayá alrededor suyo.

Mientras la charla entre ambos se prolongaba y continuaba desangrándose, Roger no pudo ocultar su preocupación por perder a la que había sido la única persona que había ayudado a su madre cuando nadie más lo hizo, aunque fuese sin saber qué relación les había unido en el pasado. Aunque fuese sin saber que su madre compartía la misma naturaleza que la persona que lo adoptó. Un mar de dudas asaltaban la mente de Roger, cuando de repente, alguien más entró en escena y sobrecogió a los presentes. Thomas, el detective encargado del caso de Esther y que posteriormente se obsesionaría hasta el punto de perseguirla por todos los rincones del mundo, apareció súbitamente con su gabardina y semblante serio, aderezados de unos rasgos marcados como el de un soldado curtido en infinitas batallas que no había podido ganar, pero de las que jamás desistiría en darse por vencido. El tiempo parecía haber pasado más rápido para él que para ninguno de los demás mortales, y era plenamente consciente que aún le transcurriría más rápido a partir de aquel preciso instante.

—No estoy aquí de visita oficial para deteneros ni juzgaros, esa tarea no me corresponde a mí. Solo estoy aquí por Esther y así poder comprender cómo una chica de 18 años pudo convertirse en el santo grial de todas mis preguntas sin respuesta. Necesito saber quién eres, antes de que la policía os tirotee y con ello, todas las razones de mi existencia y vuestro paso por la tierra, desaparezcan —profirió Thomas, decidido y muy seguro de sus intenciones.

Thomas desenfundó el arma que llevaba, pero no hizo ademán de usarla sino más bien como medida de precaución extrema. Poco o nada le importaba lo que hubiera pasado en aquel lugar, aunque no pudo sentir cierta curiosidad por aquel personaje que yacía ensangrentado a las puertas de la muerte y en conocer qué historia llevaba a sus espaldas que la uniese a su caso. No obstante, solo fue una distracción en su cabeza que no le desvió de su principal objetivo, que no era otro que el de la comprensión de la mente de un psicópata. Sin embargo, el precio por tal conocimiento, quizás era demasiado alto como para que no renunciara a todos sus principios. Unos principios que comenzaban a tambalearse a cada segundo que contemplaba detenidamente a todos aquellos personajes, víctimas

convertidas en verdugos y verdugos convertidos en víctimas, convivir cual personas normales. Miró a Esther nuevamente y sintió que todo lo que tenía que decirle, ya se lo dijo en aquel muelle y lo demás, eran silencios que hablaban como susurros para rellenar los espacios en blanco que había dejado durante dos años. Dos años en los que se había transformado en una mujer completamente distinta a la que fue raptada, pero que indudablemente, aún conservaba aquella mirada inocente casi inmaculada. Thomas fue aún más allá, y sus sospechas tomaron nombre propio en la forma de aquel cuchillo ritualístico que, permanecía horadado en aquel cuerpo desproporcionado, como si no hubiera pasado el tiempo desde que a Thomas le fuera relevada la naturaleza diabólica del mismo en los cuerpos de los atracadores. Dicho y hecho, se acercó hasta la enigmática hoja propagadora de innumerables males, y posó los ojos en su portadora por vez última, antes de empuñarla. No hubo intercambio de palabras previo, pero Thomas sintió que le quería transmitir algo sin articular palabra alguna. Nunca supo el qué ni siquiera si alguna vez aquellas palabras fueron formuladas, pero cuando asió el mango del cuchillo, una fuerza indescriptible le recorrió el cuerpo y la mente, como una mecha en combustión que le otorgó las repuestas a todas las preguntas que había tratado de hallarles un significado único y personal. Las halló en medio de un proceso de deshumanización que él mismo, había predicho que le sucedería a Esther, si volvía a entrar en contacto con aquel artilugio que actuaba como catalizador de toda la sangre que se derramaba por su filo. Asumió la responsabilidad y liberó a Esther de su propio destino concediéndole la oportunidad de volver a nacer, para acto y seguido despojarse de su condición humana y desparecer hasta el fin de su existencia. Por fin había encontrado la última pieza del rompecabezas que jamás pudo terminar. Y esa pieza siempre había sido él. ***"Hasta la próxima vez que nos veamos, Esther***", profirió una terrible voz que solo pudo escuchar la misma destinataria de tal profético mensaje.

—No sé qué tipo de gente habrás conocido en tu otra vida, pero me parece descarado que me tengan que robar protagonismo personajes que apenas aparecen salvo en breves cameos casi anecdóticos y encima, lo tengan que hacer en mi propio lecho de muerte —interrumpió Alex, tratando de recuperar los índices de audiencia perdidos en los últimos minutos.

—Es una larga historia. Quizás te la cuente cuando salgamos de aquí y bromeemos sobre este hecho u otros en particular. Sinceramente, es la segunda vez en mi vida que veo a este hombre, y creía que mi mensaje

fue lo suficientemente contundente como para alejarle de mí. Pero no sabía que su obsesión por mí o por el caso, le fuera a corroer como un veneno durante mi ausencia. Pobre desgraciado. Quizás ahora que ha encontrado un significado a su existencia, sea feliz si es que es él quien sigue a cargo de su cuerpo. Aunque sus ojos al despedirse de mí, no eran los suyos. Eran dos abismos insondables.

Las elucubraciones de Esther no harían que Alex mejorara. De hecho, cuanto más hablaba, más vida parecía escapársele de sus manos. Roger, que no guardaba ningún rencor a Rosa a pesar de lo sucedido, continuaba presionado la herida inútilmente. Sus esfuerzos eran iguales que el equivalente a poner un parche en una herida de bala mortal y eso, se adivinaba en cada facción de su consternado semblante. "Estaba claro que sería un jugador de póker pésimo". Es lo que ambos debieron de pensar antes de despedirse.

—Será mejor que te llevemos a un hospital… aunque te tengamos que tirar de un coche en marcha para ello. Aquí no hacemos nada. Y la policía, estará al caer. Y lo último que quiero es que me asocien contigo o peor aún, que nos acribillen juntos y salgamos en los libros como parejas criminales. No me hagas pasar ese mal trago, te lo ruego —dijo con lágrimas en los ojos Esther. No podía evitarlo, pero le había acabado cogiendo afecto a aquel psicópata parlanchín.

—¿La policía? No te preocupes, son como en las películas, solo aparecen después de la tormenta y cuando ha amainado. No suelen interrumpir momentos como estos con sus molestas y ensordecedoras sirenas para luego leernos nuestros derechos. Piénsalo… Seguro que están buscando en el hotel equivocado. Tampoco les culpo, pues mi fetichismo hacia estos lugares tan acogedores, es digno de estudio.

—Sabía que no dirías nada acerca de los hospitales… Es la única opción firme que nos queda si quieres seguir manteniendo este tipo de conversaciones con alguien a tu altura —añadió Esther, más compungida de lo que creía.

—Tengo fobia a los hospitales… aunque, el que me tiren de un coche en marcha, es una experiencia que tengo pendiente por cumplir desde la infancia. Dicho lo cual, si me permites este inciso, me gustaría que escucharas atentamente, porque será la primera y última vez que te hable seriamente aunque cueste de creerlo. La cuestión es la siguiente.

Quiero que te hagas cargo de Roger y Rosa y los lleves hasta los confines del universo si hace falta, hasta que hayáis borrado todo rastro de nuestro paso por el mundo. Y, lo más importante… no dejes que esta vez ningún fan se obsesione contigo. Casi me roba todo el prota…

EPÍLOGO

Antes de que terminara la frase, los ojos de Alex se cerraron definitivamente y con ellos, la imagen en su retina de la familia que siempre quiso tener, se desvaneció en algún lugar de su memoria. No supo qué pasó a continuación ni qué dijeron de él a partir de aquel momento. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse adecuadamente de todos ellos aunque no lo hubiera hecho de ninguna de las maneras, pues su ego no lo hubiese permitido. De repente, todo se oscureció súbitamente y tuvo un sueño de lo más enigmático. En él no solo no había muerto, sino que estaba sentado en un auto al lado del conductor que, curiosamente resultaba ser Esther, quien lucía un cabello distinto y totalmente desatado aderezado de un brillo en sus ojos azules que jamás había exhibido anteriormente. En los asientos traseros, Roger y Rosa parecían divertirse con alguna anécdota que no alcanzaba a discernir del gran catálogo que habían protagonizado. Todo parecía transcurrir con la supuesta normalidad que se debía presuponer, hasta que el bólido frenó en seco sin más mediación. El leitmotiv de la cuestión, una pareja de autoestopistas que permanecía varada en mitad de ninguna parte con el coche averiado, a priori era razón más que suficiente como para dispensar la ayuda que correspondiera. El sueño transcurría apaciblemente con normalidad, hasta que una total oscuridad invadió a los susodichos lugareños apostados en la carretera, e hizo que uno de ellos, extrajera un arma de fuego mientras el otro vociferara amenazas de muerte a los integrantes del vehículo e instara a que lo abandonaran uno a uno. Por extraño que pareciese, ninguno de los integrantes de dicho automóvil entre los que se incluía, parecía estar mínimamente preocupado por la situación, y Esther mismamente, seguía luciendo la misma postura ecléctica que antes de toparse con aquellos asaltantes de poca monta. Postura que parecía haber contagiado a los ocupantes del asiento trasero, que continuaban discutiendo sobre temas poco o nada trascendentales, y que terminaron de irritar por completo a unos escépticos a la par que ingenuos atracadores. Alex, analizó el panorama desde una óptica menos conservadora y se abrió a la posibilidad de que quizás, todo aquello no fuera un sueño sino la interpretación que su subconsciente hizo del mismo infierno. Pero era un infierno distinto a como se lo había imaginado. Sin convenciones de asesinos en serie ni mafiosos desfilando en hoteles. Quizás era el justo premio que se merecía después haberse ganado la anhelada redención que tanto ansiaba alcanzar. O quizás, ambas eran producto de su inagotable fuente de imaginación, y todo estaba sucediendo mientras lo mantenían postrado en una especie de coma irreversible cual serial televisivo, mientras otras subtramas de relleno se

desarrollaban hasta llegar a su trágica muerte, y clímax correspondiente. Detestaba aquella posibilidad y se juró a sí mismo, que si algún guionista le había utilizado con dicho recurso lacrimógeno, volvería de la muerte y aplacaría su ira contra los estudios de producción encargados de tan desdichado y cómico final. Y de paso, emularía la época dorada de los asesinos en serie de los setenta y ochenta que, resucitaban sin líneas de guión y con la sed de sangre intacta a cada nueva película que se estrenara de su interminable franquicia. Saboreó esa posibilidad, y miró furtivamente a Esther. Ella le devolvió el gesto con innata complicidad como si supiese de sus intenciones por anticipado, mientras Roger y "Rosita", encendían sus móviles y se preparaban para posar en ellos cual selfie vacacional con los atracadores de fondo y con la etiqueta "*Todo queda en familia*". Alex les sonrió por el retrovisor, y entendió que poco o nada, importaba si se trataba o no de un sueño o del final de temporada de aquel serial televisivo. Por fin, había conseguido formar parte de una familia.

¿FINAL?

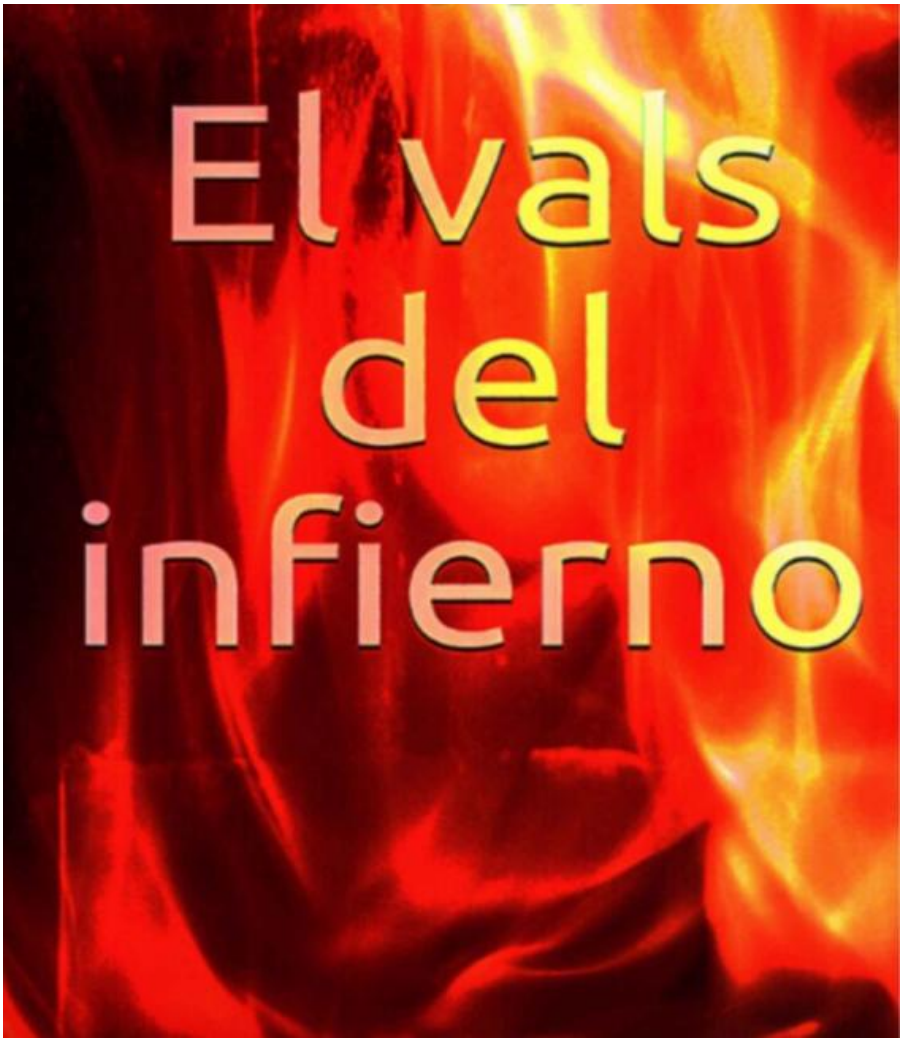
BIOGRAFÍA INFERNAL

Guillem Esteban Durán, nacido en Barcelona, 1987. Recientemente ha autopublicado la Saga de terror Los Condenados dividida en cinco partes (El legado de Esther, El Hotel de la redención, El tiempo detenido, Dos mundos y El vals del infierno) y, ha empezado otra saga, La espiral del miedo (La mujer sin forma, El asesino de las mil caras, El funeral de los vivos, La casa de los recuerdos olvidados y una última parte aún no publicada que será el broche final a una historia que lleva en mí desde los dieciocho años, El fuego que consume). También ha escrito otras obras individuales que contienen constantes guiños a otros títulos. Uróboros, La escalera de corazones, J. Rider Detective Paranormal y su homónima La novela sin fin, El devorador de mundos, El mejor amigo del hombre, No se lo cuentes a tu vecino además de dos libros antología titulados Micro relatos de lo intangible y Los engranajes de la muerte, con más de una quincena de relatos de terror y ciencia ficción, son solo algunos de los ejemplos.

También a destacar mi participación en el libro "7 pecados. Antología de relatos" y en "Mitogénesis. Antología de relatos" donde participo en varios fragmentos de los libros del sello de LdSangre Books (@letrasde.sangre).

facebook.com/guillemesteb/ @historias_guillem

Guillem Esteban Durán
El vals del infierno
El legado de Esther
Guillem Esteban Durán
El Hotel de la redención
Guillem Esteban Durán
El tiempo detenido
GUILLEM ESTEBAN DURAN
Dos mundos


El vals
del
infierno

SAGA
Los Condenados